



~ Viaje a Samoa ~

Cartas a Margarita Moreno

Marcel Schwob

precedido de

La Tumba de las Aventuras

por Enrique Vila-Matas



VIAJE A SAMOA

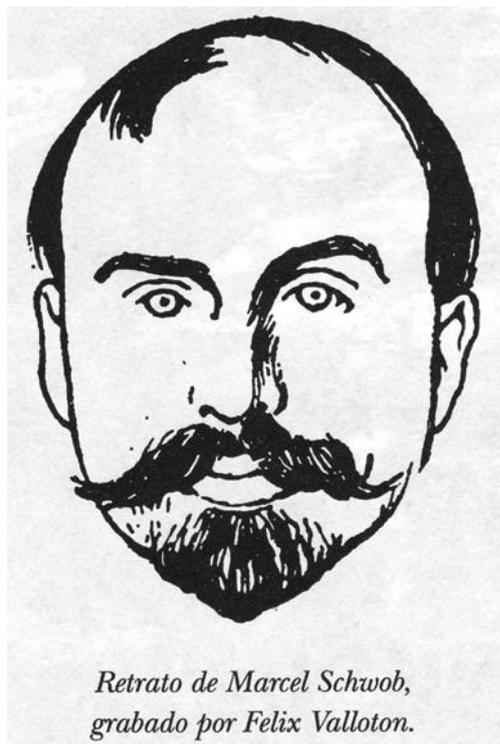
CARTAS A MARGARITA MORENO

(Le voyage à Samoa. Lettres à
Marguerite Moreno, 1902)

MARCEL SCHWOB

ÍNDICE

LA TUMBA DE LAS AVENTURAS	5
SAMOA COMO ESPECTRO	8
VIDA DE MARCEL SCHWOB	9
VIAJE A SAMOA.....	15
I.....	15
II	21
III.....	30
IV.....	31
V	36



*Retrato de Marcel Schwob,
grabado por Felix Valloton.*



*Gustave Moreau: Jinete
(Óleo sobre tela: 46 × 38 cm.) Museo Moreau.*

LA TUMBA DE LAS AVENTURAS

Por

Enrique Vila-Matas

Todos recordamos el estupor del Dr. Jekyll, reconociendo, al despertar, que su propia mano, extendida sobre la sábana de su cama, se ha convertido en la velluda mano de Mr. Hyde. Para Schwob, el sentimiento de misterio de este acontecimiento era insuperable. Admiraba la capacidad de Stevenson para aplicar los medios más sencillos y más reales a los temas más complicados y más inexistentes. Pero es evidente que la risa sucede al misterio insuperable, y así es fácil imaginarnos la carcajada de Schwob si hubiera podido leer el despertar de Gregor Samsa o ver a Stan Laurel confundiendo, en un ensueño tonto, la mano de un gordo con una de las propias, con toda la suerte de complicaciones que comporta tener que elegir una mano. Schwob, que, sin pensarlo dos veces, había elegido la mano de Stevenson, sintió, al saber que éste había muerto, que entraba en la difícil edad del solitario empeño en uno mismo.

Tenía que morir el autor admirado para que Schwob, que llevaba varios años sin rumbo, viera indicado un trayecto llamado deseo, en cuyo inicio iban a convivir el vértigo de la edad difícil y el impulso, certero y fatal, que le permitiría despedirse, e intentar en vano librarse, de Stevenson a través de un ensayo en el que formuló las razones por las que el autor admirado había sido, para él, el objeto de una transferencia. Tarea difícil cuando no imposible, porque es sabido que lo característico de la transferencia es su gratuidad, ya que se instaura sin razón aparente. Pero Schwob necesitaba fijar las razones de su pasión para acabar con ésta. Y comenzó su ensayo tratando de fijar la escena inicial, como un enamorado que deseara reencontrar esa cosa capital que rige tantas de nuestras acciones, el primer placer.

Y el primer placer nació de la lectura: «Recuerdo la especie de inquietud en la que me sumergió el primer libro que leí de Stevenson. Se trataba de *Treasure Island*. Lo había llevado conmigo para un largo viaje hacia el Midi. Mi lectura comenzó bajo la luz vacilante de una lámpara de ferrocarril. Los cristales del vagón se teñían del rojo de la aurora meridional cuando desperté del sueño de mi libro. Como Jim Hawkins, tenía ante mis ojos a John Silver y su botella de ron». Tiempo de pasión y lectura en un largo viaje al Midi, un viaje al estilo de otro mucho más largo, sin mucho tiempo para la vida. Pero los signos de una verdadera pasión son casi siempre algo incongruentes, fútiles y diminutos. En Schwob son razones de peso, y esto hace que desconfiemos de él. Dice que le fascina el realismo de los medios de Stevenson porque tiene una vivacidad especial, y que esta vivacidad nace de la irrealidad del realismo de Stevenson. «Me gustaría – escribe – aún ir un poco más lejos. Estas imágenes irreales de Stevenson son la esencia de sus libros.» No debemos tomarle al pie de la letra, porque caeríamos en la trampa que nos tiende y deduciríamos – como tan alegremente han hecho algunos críticos franceses – que también el estilo de Schwob se distinguió por ese realismo irreal. Una deducción sólo parcialmente cierta, porque no sirve, por ejemplo, para ese raro libro que es *Vidas imaginarias* ni puede aplicarse siempre al que fue gran amante de las apariencias y en *El libro de Monelle* escribió: «Conténtate con toda apariencia. Pero abandona la apariencia y no te des vuelta». ¿No será su ensayo sobre Stevenson un texto que esconde irónicamente otro ensayo, más difícil, más peligroso, del que se entreven algunas sombras y el ambicioso proyecto? Es necesario volverlo a leer, pero sería vano esperar que Schwob

desvele sus secretos. Sólo el profundo malestar que expresa al final del ensayo autoriza la relación con el fondo real del texto, el drama que late bajo las líneas y que le lleva a conmovernos cuando deja a un lado la teoría literaria y se lamenta con el mayor desgarró:

«Ahora el creador de tantas visiones descansa en la isla afortunada de los mares australes. ¡Ay! Por desgracia, todas las bellas fantasmagorías que tenía aún en potencia dormitan en una estrecha tumba polinesia, no muy lejos de una franja relumbrante de espuma: última imaginación, quizás también irreal, de una vida dulce y trágica.»

Última imaginación: Schwob encuentra en la franja relumbrante la verdad más honda, porque ha llegado al momento de la claridad más temible: la espuma de los siglos y el blanco como color que es reflejo de nuestra desnudez, de nuestro frío. Para el hombre ávido de ver ha llegado el momento en que, observando la franja relumbrante, corre el riesgo de volverse más ciego que un ciego, especie de vidente que recuerda al sol como una mancha gris, molesta. Se han hundido, para él, todas las teorías que le protegían del sol que nos calcina. Porque el drama que late bajo el sueño de las líneas no es otro que el de la muerte, y Stevenson ha muerto, ésa es la única realidad, intolerable para Schwob, el gran amante de las apariencias, el hombre incapaz de distinguir entre lo falso y lo verdadero, refugiado siempre en el arte, el gran estimulante de la vida, que sabe convertir la apariencia en esencia, la forma en fondo, y logra que se acepte la falsedad como la verdad más honda y más potente, más jubilosa también. Al término del ensayo, la grieta de espuma es, para Schwob, la imagen creada para poder refugiarse en el misterio de las letras y no tener que ver el infausto carruaje de la realidad.

Pero pasados unos años de febril y afortunada creatividad, la estrecha tumba polinesia le reclama con esa fuerza más poderosa que la vida. Embarca sin saber exactamente adonde va, porque imagina que viaja hacia la tumba del otro, nunca la propia. Y a bordo del Ville de la Ciotat inicia un diario que tiene el carácter, desazonante y libre, de las existencias fatales, como si la libertad y los impulsos personales, más que cualquier otro mecanismo, fueran los verdaderos caminos de la fatalidad. El diario son cartas a la esposa, la actriz que, en gira teatral, representa *Fedra*, la tragedia del silencio, imagen de la muerte: «Una mujer moribunda que busca la muerte», en palabras de Terámenes en los primeros versos de la obra que tanto desea Schwob que interprete su esposa: «Te deseo éxito durante tu gira. Representa *Fedra* y así me sentiré orgulloso de ti, adorada». *Fedra* es la imagen de la muerte y a esa figura quiere Schwob, de un modo inconsciente, dirigirse en su diario de viaje. Al igual que Fedra, quiere revelar lo que pertenece a la noche y cede a la angustia de revelar el misterio. Moribundo, sin saberlo. Viajero que ignora que se dirige hacia su propia tumba.

En el primer día de viaje, una nota cómica: Ting, el sirviente chino, se acuesta en la cama de su señor. «Mala señal», apunta Schwob con humor. En los mares de Arabia aparece otra señal, la franja relumbrante: «En lo alto del golfo de Adén merodean inmensas gaviotas blancas. A lo lejos, se extiende una luminosa lámina de agua clara dividida en franjas tan nítidas que parece que tengamos ante nosotros, bajo un cielo blanco, un campo de hielo cortado por acequias. La luz, la desolación, los pájaros, la magia boreal del color. Todo parece polar». Por los mares de Arabia, Schwob se dirige hacia la luz y la desolación de la franja cegadora, hacia un silencio litoral sin pájaros. En Djibouti, degusta el café de Harrar, diez años después de que, en los mismos parajes, Rimbaud, en una plantación de café se hiciera una fotografía que, una vez revelada, quedó sorprendentemente blanca. Va hacia la luz. Ting parece entenderlo así y en Ceilán rompe su silencio

señalando a su señor una ciudad de hielo en las nubes. Al partir de Colombo, Schwob evoca los cipreses de su casa natal. Y cuando llegan a Melbourne registra que allí las playas son de una blancura macabra, de una palidez cadavérica. Sopla un viento helado en los acantilados de Australia y Schwob se acerca ya a la tumba de todas sus aventuras.

Ya no evoca cipreses cuando divisa Upola, en Samoa, porque llega enfermo. Entra en la rada de Apia y sólo ve una línea de casitas bajas de madera sostenidas por pilones. Abatido por la fiebre, cree morir. Mira hacia lo alto, y la luna es un inmenso machete de plata que flota en el Pacífico. Desembarca y, en su delirio, sólo tropieza con sórdidos aventureros y hermanos maristas, barbudos todos, sucios y estúpidos. Y al ver la resaca gris sobre los arrecifes de coral, piensa en arrojar al mar. Decide obturar, con la pantalla neblinosa de las apariencias, la realidad. No se aventurará a ver la tumba. No verá la franja relumbrante. Odia los abanicos constantes de Samoa y todo tiene, para él, el fondo ritmado de una música sobre un bambú vacío. Ya sólo piensa en abandonar la isla porque no desea ver lo que iba a ver. Una noche, en el hotel de Moors, se entera de que el Manapouri está amarrado en el puerto y, con grandes esfuerzos, envía un mensaje al capitán Crawshaw, que se apiadará de él. El tiempo de las aventuras ha terminado. Transportado a bordo, en angarillas, sin dinero, y con Ting a su lado, también enfermo, se hace a la mar bajo la cegadora luz del alba.

Una noche, navegando hacia Francia, sueña que ha vuelto al hotel de Moors, pero el decorado es idéntico al de su casa en París. Violeta y azul dominan el colorido de los almohadones, y más lejos esos colores reaparecen en la ventana, en la pequeña bóveda, estrecha y gótica, y en los cortinajes de pesados pliegues. Hay huellas de violeta en la nieve, porque en el sueño nieva, y todo está en calma en la suntuosa estancia. Así es como de la pena con el sueño escapa, aunque es real la pena, y el sueño, al encerrar los sentidos, todo lo apresa. Olor de encierro, de tabaco de pipa y de sedas viejas y viejos pergaminos. Marcel Schwob está, ahora lo sabe, abrazando un cadáver.

SAMOA COMO ESPECTRO

El hombrecillo calvo y rechoncho, esa tos de judío silencioso que ha fatigado día tras día con una misma mueca de tristeza el limbo polvoriento de la rue Richelieu lo delata, se asoma ahora a la barandilla del vapor por entre las brumas y las quimeras de un amanecer de otoño. El mar en calma, el fulgor de las cabriolas va remansándose en su cerebro, donde dormitará sonriente junto a la pequeña prostituta que alguna vez llamó Monelle y los huesos renegridos de los brigantes picardos que asolaran en tiempos los desdichados dominios del orate Carlos VII. El deseo, que se deslizara otrora pausadamente como el mar del trópico o los meandros de la morfina, se funde con la placidez de los alisios y la inmovilidad maloliente del sol. Allá a lo lejos, en la isla verde y rumorosa, le esperan los ecos de un fagot desparramándose doliente entre los áloes, los retazos de una conversación que hace ya tanto arrastrara el viento con el reyezuelo destronado de ojos tristes, las consejas de vieja que se oyeron al amor del atardecer junto a la «verandah», la lápida sobre el resplandor rocoso del océano, la noche vasta y estrellada... Y los pasos del escocés resonando aún entre los árboles, su descarnada silueta refulge recortada contra el lubricán en la mente de este hombrecillo melancólico que escupiría si pudiera: «No tenemos muchas probabilidades de encontrarnos revestidos de carne mortal», fueron las últimas palabras que conjuraran los sonos del mar contra los acantilados, el viento royendo la maleza en septiembre, los rugidos de júbilo de los piratas de la Hispaniola.

La carne marchita navega ahora en un único viaje inútil en pos de los fuegos fatuos del recuerdo. El espectro agita sus brazos en lontananza. La carne macilenta –el hombrecillo calvo y rechoncho– sigue en la toldilla de popa meciéndose frente a la inmensidad dorada. Nunca besará a los espectros: sigámosle.

EDUARDO JORDÁ

VIDA DE MARCEL SCHWOB

Marcel Schwob nació en Chaville, en la calle de la Iglesia, el 23 de agosto de 1867. Desciende de una familia de rabinos y de médicos. Su padre, Isaac-Georges Schwob, originario de Gray, fue un periodista ilustrado que firmó una obra con Julio Verne y escribió en el *Corsaire Satan* de Baudelaire. Muy introducido en el movimiento fourierista, colaboró en la *Démocratie pacifique*. Muy pronto Georges Schwob renunció a la literatura y pasó a Egipto, donde vivió durante diez años como secretario del Instituto y jefe del gabinete de Chérif-Pacha, ministro de Asuntos Exteriores del Khédive. Al regresar a Francia nació Marcel Schwob.

Su madre, Mathilde Cahun, descendía de los Caym Champenois, a menudo recordados por Marcel Schwob: uno de ellos había viajado a ultramar con Joinville, parando un sablazo dirigido al senescal de San Luis, según una tradición familiar.

Estos Cahun, que encontramos de nuevo en Alsacia, eran judíos cultos y amigos de Francia. Anselme, el abuelo, enseñaba francés a los niños de la comunidad de Hochfelden. Emigró a París y educó a sus hijos en el Liceo Saint-Louis. Uno de ellos sería Léon Cahun, orientalista, bibliotecario en la Biblioteca Mazarino, hermano de la madre de Marcel Schwob, la cual fue también una notable maestra.

Desde su cuna, pues, Marcel Schwob estableció contacto con la tradición judía y el culto de las letras francesas.

Su primera infancia transcurrió en Nantes, donde su padre había comprado a la familia Mangin el *Phare de la Loire*. Fue un niño de una sorprendente precocidad, muy bien educado por los suyos, formado por preceptores alemanes e institutrices inglesas. Desde sus primeros años, habló corrientemente el alemán y el inglés. Realizó sus primeros estudios en el colegio de Nantes, donde los premios avalaron las más diversas dotes del pequeño Marcel.

Niño encantador, expansivo, gran lector de las narraciones de Edgar Poe, libro regalo de un capitán inglés y que leyó en una edición popular. Desde el principio tiene el gusto por la aventura, y se apasiona por la exploración del capitán inglés que acaba de cruzar la Mancha a nado; escribe a Julio Verne que, en aquellos momentos, muy bien puede representar su dios. Es sensible a la música, y asombra a su profesor de sexto devorando la *Gramática Comparada* de Brachet.

En 1882, Marcel Schwob debía pasar al Colegio Sainte-Barbe, en París, y residir en casa de su tío Léon Cahun, es decir, en la Biblioteca Mazarino.

El joven provinciano descubre París en las riberas del Sena, en uno de los más bellos cuadros que se pueda imaginar. Vive entre libros, junto a su tío, que es un humanista y un orientalista de prestigio y que le trata con gran amabilidad y humor. Léon Cahun le corrige sus versiones latinas, le revela la Antigüedad y el Asia. Este bibliotecario conocía la historia de todos los aventureros, marinos y soldados. Es un historiador, pero tiene estilo e imaginación. Sabe ponerse a la altura de un niño, habiendo escrito tantas novelas históricas y de aventuras, documentadas al tiempo que muy divertidas. Junto a él, hacia 1883, Marcel Schwob inicia una traducción de Catulo, «al viejo francés del tiempo de Marot», para la cual redacta una declaración que muestra su precocidad y su gusto literario.

Escribe un trabajo titulado *Ilusiones y Desilusiones, Sueños y Realidades*, en el cual, quienes lo conocen bien, pueden encontrarle ya. Pasa por la influencia romántica y profesa un culto idolátrico por Victor Hugo.

Encontramos de nuevo a Marcel Schwob en los bancos del Liceo Louis-le-Grand, donde conoce a quienes serán sus compañeros de juventud. Léon Daudet, Paul Claudel, Paul Gsell y Georges Guieysse. Con este último, prepara la licenciatura de letras, trabaja el griego y el sánscrito, colabora en estudios sobre la jerga. Georges Guieysse muere trágicamente a los veinte años.

Viene el período pesimista típico de cualquier juventud intelectual, llega el tiempo de no saber reír. El adolescente se evade del Liceo hacia la poesía, y escribe dos poemas que él creyó inmensos: *Faust*, de un romanticismo primerizo y trivial, y un *Prometeo*, que le decidió a trabajar el sánscrito.

Si estos versos de juventud, de los cuales Marcel Schwob renegó, dan testimonio de su facilidad, las prosas que escribe preparando el bachillerato y la Escuela Normal indican la presencia de un escritor que, poco a poco, se desprende de la inspiración de Flaubert. Inventa cuentos de hadas, historias realistas o sentimentales. Entonces Marcel Schwob es un adolescente sujeto a bruscas pasiones, que disimula su sensibilidad y su timidez bajo una afectación de dandismo. Ha leído mucho, los griegos y los latinos, Apuleyo, Petronio, Catulo, Longo, Anacreonte.

Entre 1885-1886, Marcel Schwob, anticipándose a su movilización, se presenta voluntario en Vannes, en el 35º regimiento de artillería. Se emancipa y se vigoriza en el país bretón. Sus compañeros, expertos en bombas, saben saltar muros, son buenos andarines. Evoca en versos realistas, que valen tanto como los de Richepin, los marineros, las muchachas y los cuchitriles. Marcel Schwob es ya un experto en argot, un admirador de Villon, la obra del cual transcribe, y compone su *Lanterne Rouge*.

Reaparece en el Liceo Louis-le-Grand como veterano, preparando la Escuela Normal, con espíritu distanciado y cáustico, singularmente brillante, bajo la dirección de Merlet, Hatzfeld y Jacob. Y escribe continuamente versos al modo de Marcial. Marcel Schwob debía fracasar en la Normal; pero, a su manera, prepara la licenciatura, siguiendo las clases de Boutroux, que tuvo una notable influencia sobre este joven. Pasa con éxito el examen y deja el Palacio Mazarino para instalarse en su propia casa, en la calle de la Universidad, en situación de estudiante que trabaja y permite que los suyos crean que prepara la agregaduría.

En realidad, Marcel Schwob se aleja de la filosofía que había llenado su cerebro desde las clases de Burdeau. Estudia alemán superior, paleografía griega, especialmente con Jacob y Bréal, y sánscrito con F. de Saussure en la Escuela de Altos Estudios. Prepara a los aspirantes a bachiller que repiten, enseña en la Sociedad Filosófica y Literaria de los Institutores de Francia. Pero Marcel Schwob tiene ya multitud de ideas literarias en la cabeza. Ha empezado una novela sobre la vida latina y escribe narraciones humorísticas, al modo de Mark Twain. Ha establecido relación con Robert-Louis Stevenson. Admira a Walt Whitman, diserta sobre Esquilo y Shakespeare, lee a Pascal y a Villon sobre todo.

Marcel Schwob se estrena en la carrera como un lingüista humanista. Su primer trabajo, escrito en colaboración con su camarada del Liceo Georges Guieysse, es un *Ensayo sobre la jerga*,

que relega a la nada las explicaciones metafóricas o poéticas de Víctor Hugo y de Francisque Michel. Empieza a frecuentar la salita de los Archivos Nacionales, donde Auguste Longnon le acoge con gran amistad. Este último investiga sobre Villon y sus legatarios. Marcel Schwob descubre a su lado las informaciones criminales relativas al hito del *Pet-au-Diable*, y coteja la lengua de las baladas enjerga de Villon con la que revelaba la información de Dijon relativa a la banda de los *Coquillards*. Dedicó a este tema una importante comunicación en la Academia de Inscripciones y Bellas Letras.

En *L'Evenement*, dirigido por el extravagante director Edouard Magnier, Marcel Schwob se estrena con artículos de crítica literaria, en 1890. Su primer artículo está dedicado a Anatole France, la amistad del cual continuará. Y publica cuentos en *L'Echo de París*, dominado en aquella época por Catulle Mendès. Junto a él, dirige un suplemento literario que resulta totalmente representativo del espíritu del tiempo.

Marcel Schwob continuará sus primeros cuentos con *Corazón Doble* (1892) y *El Rey de la Máscara de Oro* (1893).

Alphonse Daudet, que admira al compañero de su hijo Léon, vigila paternalmente sus inicios. Y, a sus veinticinco años, Marcel Schwob conoce el éxito que sitúa a un escritor.

Se relaciona con Maurice Pottecher, Edouard Julia, Henri Barbusse, Courteline y Jean Veber, sus primeros compañeros. Jules Renard es su confidente; Paul Claudel, su amigo. Ve con frecuencia a Willy y a Colette, cuyo genio adivina, y la adorará. Frecuenta la buhardilla de Edmond de Goncourt.

Marcel Schwob pasa por la anarquía en 1893. Descubre sinceramente su personalidad en *El libro de Monelle*, aparecido en 1894: un librito vehemente y velado, uno de los que mejor lo representan. ¡Cuánto camino recorrido desde la escuela! La sensibilidad de su raza aumenta en él. Marcel Schwob profetiza, y concuerda el son de su alma, apasionada y doliente, con las nuevas imágenes del simbolismo. Este libro, escrito bajo el sentimiento de un verdadero dolor, le clasifica definitivamente junto a Maurice Barrès, Jules Renard, Maeterlinck, entre los hombres nuevos.

Pero Marcel Schwob sabe consolarse; vuelve a sus trabajos, a los estudios griegos que le inspiran una deliciosa obra maestra: *Mimes*, imitando a Herondas (1894). En esta época es un habitual de la casa del «Mercure de France», donde Vallette le acoge, pues estuvo entre los fundadores de la revista. En el *Théâtre de l'Oeuvre* da una conferencia sobre *Anabella et Griovanni*, de John Ford; comenta el *Peer Gynt* de Ibsen. Jarry le dedica su *Ubu Roi*.

En este tiempo, la vida de Marcel Schwob, que sólo podía conocer sentimientos extremos, fue traspasada por el amor que experimentó por Mlle. Marguerite Moreno, la cual más tarde se convertiría en su esposa. Pero poco después de un período maravilloso de felicidad y de exaltación, Marcel Schwob, a los veinticinco años, se convierte, después de una operación grave, en un gran herido que sobrevive al éxito brillante de sus estrenos.

Cambia por completo. El hombrecito lleno de vida y de ideas, orondo y rellenito, adelgaza mucho y padece fiebres. Irá a parar a las manos de los cirujanos. Le prohíben cualquier paseo. Se

afeita el bigote. Sus ojos brillan debido a la fiebre; muere y resucita; se convertirá en el Marcel Schwob de su propia leyenda.

Su trabajo, orientado hacia la imaginación, cambia de carácter. Marcel Schwob se encierra en los archivos, en la Biblioteca Nacional, o bien permanece entre sus libros. Empieza su ciclo histórico.

Marcel Schwob se inicia como traductor trasladando al francés la aventura de *Moll Flanders*, contada por Daniel Defoe. Y es un traductor admirable, no tanto porque conozca bien el inglés, sino por el arte de las equivalencias, la vida creativa que imprime a sus traducciones. Este hermoso libro aparece en Ollendorf en 1895.

Luego Marcel Schwob saca de la lectura de los hagiógrafos, de los predicadores y de las crónicas de la Edad Media, este maravilloso librito que es *La Cruzada de los Niños*. Un libro muy simple y santificado, un «librito milagroso», según la bella expresión de Remy de Gourmont.

De tiempo atrás, desde los bancos del colegio, Marcel Schwob estaba preocupado por el arte de la biografía. Pensaba que el arte del biógrafo consiste en la singular elección de los hechos, que debe preocuparse menos de ser verdadero que de crear rasgos humanos en un caos. Imaginaba al biógrafo como un demiurgo. Es lo que fue él al trazar *Las Vidas Imaginarias*, a mi modo de ver su mejor libro. Marcel Schwob aparece aquí como un alucinado. Realiza una especie de «Leyenda de los Siglos», y su prosa conecta con la poesía. A esta misma vertiente pertenece *Spicilège*, que da en 1896 al «Mercure de France», otro libro muy hermoso, en cualquier caso más cercano a la crítica que a la imaginación.

Marcel Schwob sigue colaborando en *L'Echo de Paris* y también en el *Journal*; es amigo de Jean Lorrain, de Bataille; mantiene correspondencia con Georges Meredith, con Paul Valéry y el gran crítico europeo W. G. C. Byvanck; frecuenta a Remy de Gourmont, Octave Mirbeau, Paul Hervieu, admiradores suyos. Marcel Schwob pasa por un período de trabajo y de lucidez, herido en su carne, pero con el espíritu brillante y agitado como siempre.

Realiza una estancia en Londres durante los meses de agosto y septiembre de 1900, y se casa, ante el registrador de Bartholomews Close, una vieja parroquia de Londres, con Marguerite Moreno. Encuentra de nuevo a su gran amigo, el erudito Charles Whibley, y visita a Meredith.

Al año siguiente, en los meses de abril y de julio, Marcel Schwob permanece tristemente en la Isla de Jersey, mientras remite a Gastón Paris notas para *Romania* sobre Villon. Sueña con escribir un gran libro sobre el poeta del siglo XV que tan bien conoce; pero en realidad sufre terriblemente y se siente demasiado disminuido físicamente para realizarlo. ¡Jersey es la prisión de Marcel Schwob! Le encontramos de nuevo en Uriage, proyectando un gran viaje por Oceanía, esperando que el aire del mar le devuelva las fuerzas y la salud (agosto de 1901).

Desde hacía mucho, el espíritu de Marcel Schwob estaba obsesionado por el pensamiento de Robert-Louis Stevenson, que acababa de morir en Samoa. Stevenson y Schwob nunca se habían visto; intercambiaron cartas, y Stevenson le dio la esperanza de encontrarse en París, en casa de Lapérouse, no lejos del Petit-Pont donde Villon callejeaba. Marcel Schwob escribió algunos importantes ensayos sobre su amigo y prologó la traducción del *Dynamiteur*.

Stevenson ya no existía: reposaba en una tumba polinesia, y Marcel Schwob había imaginado dirigirse hacia él, en la isla silenciosa. Embarca en el mes de octubre de 1901 en el Ville de la Ciotat, redactando una especie de diario bajo la forma de cartas dirigidas a su «Margarita muy amada». Pero estas cartas forman un verdadero libro, un libro de esbozos, donde él anota, como un pintor, los espejismos del cielo y del mar.

Hace escala en Colombo, donde visita el gran Buda. Recorre las ciudades ruinosas de Ceilán, entra en relación con los bóers prisioneros de los ingleses. A bordo del Polynésien, cruza el océano Austral, describe Sidney y se embarca en el Manapouri, que le lleva a Apia. Por fin en Samoa, Marcel Schwob se relaciona con los indígenas, a los cuales seduce por su amabilidad y las narraciones que les cuenta. En el mes de enero de 1902, una grave pulmonía le pone en peligro de muerte; se salva gracias a los cuidados de un doctor americano y de una enfermera de la secta de los adventistas del séptimo día. Felizmente para él, Marcel Schwob tiene fuerzas para regresar en el Manapouri, donde encuentra al alegre capitán Crawshaw, quien hace que le transporten en camilla, y sin dinero, a bordo de su navío.

Siguiendo el mismo itinerario, Marcel Schwob regresa a Marsella, en compañía de su doméstico chino Ting.

Los lectores encontrarán la relación de este viaje en la presente edición. Leerán las descripciones entusiastas que sólo denotan a un hombre hastiado de todo bajo el influjo mágico de los mares australes. Sin embargo, Marcel Schwob habló poco de este viaje; no visitó la tumba de su amigo; no penetró, como esperaba, siguiendo los pasos de Robert-Louis Stevenson, en el conocimiento completo del alma de los indígenas. Su estado físico no mejoró, ni mucho menos. Quien sólo había soñado aventuras, por fin podía vivir una. Trazó el retrato de algunos aventureros; y llevaba en su cabeza diversas obras que no realizó jamás, tales como *Océanide*, *Vaililoo*, *Captain Crabbe*, *Cissy*, *De la pourpre des mers à la pourpre des flots*.

Pero nos queda sobre todo su pobre grito: «Nunca más volveré a irme».

Cuando regresó a París, a finales de marzo de 1902, Marcel Schwob no dio continuación alguna a los proyectos forjados en los mares. Sueña sobre todo en el teatro, después del éxito obtenido con su traducción de *Hamlet*. Lee a Sara Bernhardt la traducción que ha iniciado de *Macbeth*. Se le ve a menudo en el Teatro Francés, en otras salitas del *boulevard*, donde se divierte con los *music-hall*. Cada vez se ha vuelto más crítico y acerbo. Anota con alegría los errores de sus contemporáneos, colecciona las *betisiana* que dirige al *Mercure de France*. Este hijo de periodista, periodista brillante él mismo, que escribe durante muchos años en el *Phare de la Loire* las «*Lettres parisiennes*», cuenta la leyenda del periodismo y hace la sátira de la misma.

Estas páginas, inspiradas en Rabelais, se convierten en las *Moeurs des Diurnales*, una especie de «Manual» irónico que finge inocentemente dirigir a un cándido debutante. Marcel Schwob firma este libro con un pseudónimo: Loyson-Bridet. De este modo se divierte a costa de los malos artistas, él, que tiempo atrás le había dicho a Jules Renard que después de los esfuerzos de las generaciones clásicas y románticas, sólo podíamos hacer una cosa: «escribir bien».

En 1903, Marcel Schwob dejó su segundo piso de la calle de Valois, para establecerse en una casa antigua de la Ile-Saint Louis, en el nº 11. Un hermoso apartamento donde puede recibir, en este viejo barrio de París que le encanta y hace los honores a su espíritu.

Dirige al *Echo de París* las *Lettres à Valmont*, firmadas con el pseudónimo de la Marquise de Merteuil. Bajo el título *La Lampe de Psyché*, Marcel Schwob da al *Mercure de France* una colección de antiguos escritos.

En la calle de Saint-Louis-en-l'Île se encuentra con Mme. Tinayre, los Gasquet, Paul Léautaud, Maurice Donnay, Pierre Louys, François Porche, Paul Fort, Mme. Pauline Ménéard-Dorian, Mme. de Noailles, Henri de Régnier, Paul Clémenceau, Painlevé, Léon Bailby, jóvenes como André Rouveyre, Emile Despax, Gabriel Nigond, Sacha Guitry.

En 1904, Marcel Schwob hace una nueva escapada. Se embarca en el Havre, toca Oporto, Lisboa, Barcelona y Marsella; desembarca en San Agnello de Sorrento, en casa de su amigo Marion Crawford, el novelista americano, cuya *Francesca de Rimini* había adaptado. Su salud no mejora demasiado. Le encontramos el mes de julio en Montreux, atormentado por terribles crisis, y regresa a París en un estado físico lamentable, el mes de octubre de 1904.

Marcel Schwob continúa, mientras puede, su trabajo en los Archivos y la Biblioteca Nacional. Parece haber renunciado a la creación literaria para volver a la erudición y a la historia. Inicia unas clases en la Escuela de Altos Estudios Sociales, donde explica y comenta el *Gran Testamento* de François Villon. Se apodera de él una febril actividad. Corrige las pruebas de su *Parnasse satyrique*, prepara una introducción al facsímil de la edición más antigua de Villon. En *Versos y Prosas*, de Paul Fort, Marcel Schwob entrega sus últimas páginas, donde estiliza su dibujo de primitivo. Está preocupado por las relaciones de Charles Dickens con la novela rusa. Traza el retrato del *Cyprien d'Anarque*, que tanto se le parece, y evoca el recuerdo de sus primeras lecturas infantiles.

Sus conferencias en la Escuela de Altos Estudios Sociales tienen un gran éxito. Marcel Schwob, cuya conversación era bella, descubre el medio de expresión del cual se servirá en adelante. Finalmente se convertirá en un profesor, con título expedido en la Sorbona, como sus maestros. Anuncia la publicación de su gran libro sobre Villon, aunque no haya escrito del mismo más que algunos capítulos. Moribundo durante diez años, Marcel Schwob se extingue el 26 de febrero de 1905, después de unos días de enfermedad. Tenía treinta y siete años.

PIERRE CHAMPION

VIAJE A SAMOA

I

A bordo del Ville de la Ciotat.

Lunes, 21 de octubre de 1901.

Diez de la mañana.

Mi adorada Margarita:

Empiezo hoy esta carta que sólo podré enviarte desde Port-Saïd. En primer lugar, gracias por tu cariñoso telegrama que encontré a bordo... ¡Qué buena eres, querida esposa! ¡Cuánto te quiero y cómo deseo de todo corazón volver sin novedad! Encontré también una nota de mamá y de Mauricio. Ayer, después de escribirte, mandé dos telegramas, uno para ti y otro al *Temps*. Después, a las diez y media, subimos a bordo con D...

El Ville de la Ciotat es un enorme barco nuevo, pero desgraciadamente se balancea mucho. Mi camarote al principio me pareció minúsculo, pero estoy solo en él (!) y puedo arreglármelas con calma. La litera es muy cómoda, pero tuve una feliz inspiración al traerme mi almohada.

Salimos de La Joliette alrededor de las cinco menos cuarto. Durante toda la noche el tiempo había sido espantoso y la jornada en Marsella, muy fatigosa. Oleaje suave al zarpar. Pero a las cinco y media el barco empieza a moverse mucho. A las seis y media casi todo el pasaje se encontraba mal. El balanceo se hace infernal. Preparan la mesa para las siete. A las siete, cuando íbamos a cenar, dos bandazos violentos volcaron la cena de ciento cincuenta personas, rompieron toda la vajilla, y convirtieron el comedor en un lago de vino, de loza y de cascotes de botella, entre los cuales nadaban calandracas y avellanas, almendras, higos y pasas. Se ha hecho necesario, pues, poner los «violines», es decir, como sabes, tensar las cuerdas sobre los marcos de caoba para sujetar platos, vasos, etc. La operación ha terminado hacia las ocho. No quedaba nadie allí. D... sentíase ya muy mal. He intentado comer, luego he tenido que bajar a acostarme y me he sentido mareado durante un cuarto de hora. En ese momento el barco se balanceaba locamente y cada golpe de mar inundaba la cubierta. (Nota: la chupeta está unos diez metros por encima de la línea de flotación). Ting, que había empezado por dormir en mi cama (mala señal), ha salido de mi camarote con el tiempo justo para no vomitar y no ha podido regresar para ayudarme. El mayordomo me ha traído un limón (!); luego me he dormido fácilmente y he soportado bien la tempestad que hemos atravesado.

Esta mañana me he levantado a las seis y media: hace muy buen tiempo, algo fresco, y hemos pasado el estrecho de Bonifacio. El mar se ha puesto hermoso, pero este enorme barco se balancea al menor viento. El paso del estrecho es magnífico. La costa corsa no parece maravillosa, pero Cerdeña se me antoja una tierra bellísima. Altas montañas y acantilados que parecen de basalto y de granito coloreado de rosa bajo el sol, se sumergen directamente en el mar. De cualquier modo,

está decidido que no me gusta demasiado el Mediterráneo y su colorido no me parece tan atractivo. Es azul-negro, sin transparencia alguna; sólo bajo el sol adquiere violentas tonalidades de plata fundida.

D... es amable, pero inquieto, insoportable y formalista. Ayer noche me obligó a vestirme para cenar. Según parece, el reglamento establece el color negro para la cena: no tengo trajes negros.

Como tiranía me resulta insoportable y no pienso ponerme de etiqueta todos los días. A bordo viajan diversos diplomáticos y exploradores belgas, bastantes oficiales, y (esto para nuestra mamá), dos nodrizas anamitas que creo que cuidan y divierten perfectamente a los niños. Y ahora hasta mañana, querida mía, creo que nos encontramos a la altura de Mesina.

Martes, 22 de octubre.

Ayer por la mañana hacía buen tiempo. Pero por la tarde todo se ha estropeado y hemos sido atrapados, a lo largo de la costa italiana, por una formidable tempestad. Al principio sólo era borrasca y una lluvia torrencial; pero a continuación, al final de la cena, hacia las siete, el balanceo ha empezado a ir en aumento. Me he acostado a las nueve y media y a las diez han venido a atornillar a fondo mi ojo de buoy en previsión de un mar embravecido durante la noche. Efectivamente, poco después se ha desencadenado. Todo el buque resoplaba como un animal cansado a través del mar. En cuanto al balanceo, que en relación a mi litera es una continua socollada, no puedes hacerte ni idea. El maderamen cruje, las campanas suenan cada cuarto de hora, pasos apresurados en cubierta, el embate de las olas contra el casco del buque, todo en conjunto forma un tumulto que no favorece el sueño. Ha durado hasta las cuatro de la mañana. Quería ver el Stromboli, pero hemos pasado por allí de noche. A las siete estábamos en el estrecho de Mesina, que es admirable. La ciudad de Mesina se extiende al pie de las montañas verdes, con casas pintadas, de tejados claros, cúbicas o en bloques alargados. Aquí el cielo y el mar cambian de color. El cielo es de un turquesa pálido. Hace un momento, el mar, de un verde lechoso cerca del buque, se fundía hacia la costa siciliana en una ancha franja añil intenso, casi púrpura violeta. Y, sobre esta púrpura, una montaña algo brumosa se perfilaba contra el azul pálido del cielo, la cima coronada por un copo blanco, con estrías estrelladas de nieve.

En este momento vemos aún Sicilia; pero estamos alejándonos de ella. Cruzamos un mar de zafiro, hermoso, pero muy desagradable. Ahora empieza otra tormenta, y mientras te escribo, va en aumento. Seguirá así por lo menos todo el día.

La calidad de los pasajeros es odiosa. El encargado de comercio de Bélgica en Pekín, sombrero gris Mores y monóculo: conversación y figura en armonía. El ministro del Japón en Rusia y su esposa, gran personaje, de hecho sólo un japonésito, feo con ganas en pijama. Comerciantes de seda, funcionarios horteras, magistrados coloniales y *tutti quanti*. Una familia repelente compuesta de hijas taurinas, bovinas, pelirrojas; un joven bovino y albino con aspecto de granjera gorda

vestida de hombre; la madre, de cráneo oprimido, parece salir de la última caverna prehistórica recientemente abierta. Es la familia de un tal M. C..., que pretende construir un ferrocarril en Annam y que hace llegar a toda su gente de Lang-Biang, lugar al cual sólo se puede llegar a lomos de mula. El conde de P..., su joven hermano, y M. de N..., nobleza lorena. Estos señores, muy amables de otra parte, viajan primero a Batavia, y de allí a Annam, para la caza del tigre. Luego piensan llegarse hasta Core. Curiosamente, el joven de P... acaba de salir de la Escuela de Chartres y, claro está, conocemos a la misma gente.

Miércoles, 23 de octubre.

El día de ayer fue odioso. Un cabeceo ininterrumpido bajo una atmósfera pesada. En cubierta todo recordaba la balsa de la Medusa. Sólo se veían formas pálidas y abatidas. Unas pobres religiosas (hay cuatro a bordo), se arrastraban cada cuarto de hora a lo largo de la borda para ir a vomitar. A trancas y barrancas me he impuesto la obligación de comer, aunque he estado mareado buena parte del día, y finalmente he cenado muy tranquilo mientras se agitaba un mar encrespado. Naturalmente, no cesamos de comer, pese a quien pese, y te aseguro que los comensales no son numerosos. Es un lugar detestable. Finalmente, hacia las seis, ha estallado la tormenta. En el oeste, una puesta de sol rojo sangre, con nubes estriadas en abanico, que hacían del cielo una bóveda engalanada, vagamente reflejada en el oleaje. El mar espumoso, zafiro oscuro. Al sudeste, grandes rayos iluminando el fondo del horizonte, desparramados, rayados, dejando, al apagarse, el agua como un desierto oscuro donde el barco se hundía; después, haciendo temblar el cielo, la espuma y la gran planicie de zafiro, se han fundido en una especie de sendero eléctrico.

A las nueve y media, al irme a acostar, Ting estaba mareado. He dormido bastante bien. Esta mañana el cielo ha amanecido cubierto y tenemos una mala mar descolorida. Balanceo y cabeceo combinados. Según parece, hacemos quince nudos por hora, y, según las previsiones, llegaremos a Port-Saïd mañana por la noche, jueves 24, hacia las seis. Tengo que comprar ropa blanca o caqui: me han dicho que el Mar Rojo únicamente se puede soportar en este uniforme. Dios sabe que no será por placer que me vista así.

Mismo día. Las dos.

El tiempo ha cambiado; es bueno y, decididamente, no me resisto a la belleza del Jónico. Aquí la realidad satisface la imaginación. El cielo azul pálido está salpicado de borreguitos blancos; el mar, que chapotea con movimiento inútil, es de un azul profundo indecible; es agua hecha de zafiro fundido, y zafiro de la India, como el de tu anillo. Hace un momento, a babor, a cinco metros,

se balanceaba en el chapoteo de zafiro un barco completamente blanco, de alto velamen dividido en cuadradillos. Parecía una gaviota que eriza sus plumas. Y a la derecha de la gaviota blanca, separadas de ella por un lago de zafiro en fusión, las montañas de Creta, áridas como las cimas de los Pirineos, moteadas de hierba y ensombrecidas por altas montañas que se extienden hacia el este y avanzan ascendiendo, con una sola casa resplandeciente de blancura sobre un puerto amarillento; después picos más altos, con planchas rocosas que brillan y ligeras nubes donde se pierden.

Una vez consultado el punto, parece que estaremos en Port-Saïd mañana jueves por la noche, hacia las doce: demasiado tarde para comprar nada. Sólo permaneceremos allí tres o cuatro horas. A continuación la escala es en Djibouti, desde donde podré aún escribirte. También espero telegrafarte desde Port-Saïd, de modo que tendrás noticias mías antes de que esta carta te llegue.

La estulticia de los pasajeros, como la belleza del mar Jónico, satisface la imaginación. He aquí la conversación que oí ayer desde mi sillón, mantenida por tres hombres del mejor mundo, que van de *smoking* todas las noches.

A. –Querido, ¿ha leído usted *Quo Vadis*? ¿Le parece buena? Hay descripciones...

B. –Sí, sí, y he leído *A hierro y a fuego*. Admirables, estos polacos. Son como niños en medio de sus matanzas, ¿no? Y estos cuatro héroes... ¿Sabe qué me recuerdan, querido? Sorprendentemente me hacen pensar en *Los tres mosqueteros*. Y esto, señor, lo fastidia todo.

C. –También yo he leído todo esto. Pero me resulta difícil debido a la gran cantidad de personajes. Veamos... ¿Popea era la mujer de César?

A. –Hay tantos Césares de estos... Pero no importa, «Sicossié» (Sienckiewicz) es un hombre rudo. Mire otra cosa, «Salenbeau» (*Salamm 'bô*), pues bien, allí hay pasajes de las armadas, con la descripción de todos los diversos pueblos, y es magnífico. ¡Qué fuerte es «Salenbeau»! Pero no se puede comparar con «Sicossié». Allí hay matanzas, querido...

B. –Sí, sí. Vi esto en el teatro, *Quo Vadis*? no dice nada.

A. –Porque no han sabido interpretarlo. Yo siempre lo he dicho... La escena de las arenas –magnífica– hace que se represente entre bastidores. Con el gusto moderno por los deportes, si nos hubiesen enseñado esto, la arena, los juegos antiguos, querido...

B. –Sí, pero la escena de la Puerta de San Martín... Se habría necesitado el Hipódromo.

C. –Sí, sí, ¡el Hipódromo!

A. –¡Bah! ¡Bah!

C. (*Sacando su cuaderno de notas.*) –Por cierto, dígame, hay algo que me han recomendado leer. Según parece es muy curioso. Se llama *El festín de Trimalción*. Es de Petronio.

A. (*Con desprecio.*) –Pues es una traducción. Además, no es de «Sicossié», por si quiere saberlo. Lea, querido, *A hierro y a fuego*, ¿entiende?

B. –Si es lo que yo digo, *Los tres mosqueteros*.

A. (*Chasqueando la lengua.*) –¡Ah, este «Sicossié»! No quiero oír hablar de otro.

Jueves, 24 de octubre, a las diez de la mañana.

Hasta hoy no habré terminado esta carta. Nos balanceamos terriblemente y lo único que puedo hacer es escribirte. Nos hemos movido durante toda la noche; pero estoy bien. Ayer, como te decía, costeamos Creta y vimos de cerca la isleta de Gavdo. Es una especie de narval pizarroso que se extiende sobre el mar; y este animal monstruoso tiene detrás a su hijito: un islote denominado Gavdopoulo –el hijo de Gavdo–. Sólo pizarra manchada por una lepra negra, árida; una cresta donde se perfilan árboles tenebrosos, de copa frondosa, enclenques; manchas de ocre por doquier; la roca laminada sumergiéndose desde la cima directamente al mar; un farito blanco solitario sobre la espalda del monstruo. Y el largo hocico del narval se halla agujereado en su extremo por tres arcos de roca a través de los cuales se ven tres zafiros hechos de mar Jónico. Más adelante, en medio de la bruma, algo que al principio parecía un velamen cuadrado de fuego; luego resultaron ser rocas triangulares y cuadradas, que emergen del mar y que el sol poniente hace resplandecer. Diríase un dolmen marino en una niebla de incendio. El cielo es azul turquesa pálido, luego verde como la turquesa que se muere y, justo en medio de este verdecer delicado, una nubecilla parece una mancha de aviso del Mediterráneo; es precisamente su azul. El zafiro ha dejado su marca sobre la turquesa como una estela de oro sobre la piedra de toque. Las nubes se ponen violeta oscuro; dos espejos de plata hirviendo estallan; el disco rojo del sol se sumerge en el azul oscuro y, seguidamente, la noche y los reflejos de la luna en el oleaje.

Ayer noche bailamos. Hablé mucho tiempo con el primer ministro japonés. Es inteligente, pero sólo habla inglés. Estaba interesadísimo por el éxito de Sada Yacco. Es desconocida en Japón. Kawakami es más conocido. No existe oficio que no haya ejercido. Él es (como tú supiste muy bien ver) quien tiene talento y quien ha instruido a Sada Yacco. Tendrá casi cuarenta años. Cuando le contaba al ministro la triste recepción de la legación china, me ha guiñado un ojo y me ha contestado: «*Why did you not ask for the daughters of Mr. Yu? They would have been delighted, I assure you, and they can speak English, if the secretaries cannot*».

A medianoche ha empezado el balanceo. He tenido que llamar para que apretasen los tornillos de mi ojo de buey. Y esta mañana los «violines» están tensados, como debe ser. Pero el aire es delicioso. El oleaje es tan bonito que sería una pena que no lo hubiese. ¿Cómo explicarte el azul intenso de este mar? Es zafiro, pero zafiro vivo; es el color de los ojos de las mujeres que nunca se han visto, y que son transparentes, pero insondables, con una especie de pureza a la vez límpida y sólida, alegres, vivos, únicos bajo este cielo azul pálido y blanco de bruma. Y la cresta de este oleaje de zafiro está hecha de polvo de diamantes líquidos, que escapa como un ligero copete de plumas, a través del cual el sol introduce el arco iris.

Quería intentar escribir estas cosas para mí, pero no tengo ánimos para hacerlo. A ti puedo decírtelas; están mal dichas, pero de cualquier modo guárdamelas –me servirán de diario y espero que te hagan vivir un poco de mi vida–.

Puedes suponer lo triste que estoy, separado de ti, aunque soporto bien este viaje y me gusta apasionadamente el mar; será necesario que me sienta bien. Hasta Djibouti, ahora...

II

A bordo del Ville de la Ciotat. Golfo de Adén.

Miércoles, 30 de octubre de 1901.

Ayer terminé mi carta hacia las tres. Poco después entrábamos en el estrecho propiamente dicho de Bab el Mandeb. Nuestro barco avanzaba a toda máquina: era la primera vez que el capitán Fiaschi navegaba por las costas de Djibouti, y temía llegar a los arrecifes peligrosos de noche. En este caso, habríamos esperado la llegada de la mañana. Pasamos junto a numerosos islotes montañosos y estériles. Pronto divisamos Périm, su fuerte inglés, su faro y sus hangares de carbón. Es una isla plana, alargada y desierta, en medio del estrecho. Apenas una línea verde oscuro a lo largo del lomo del asno que forma el cuerpo de la isla da indicios de su escasa vegetación. Los oficiales ingleses son relevados cada tres meses. Del lado del Yemen se ve elevarse en el cielo el macizo de rocas negras donde se talló, en un recoveco del paisaje, el fuerte en avanzada de Adén. El aspecto de la base abisinia, hacia el país de los Gallas, es bastante diferente. Hay montañas tabulares cuyo plano se eleva poco a poco. Después, una caída perpendicular –y más lejos el esfuerzo recomienza–. Son los prodigiosos juguetes de algún terrible dios negro. Las montañas de África son así desde el sur argelino hasta El Cabo. La construcción geológica del continente negro parece fúnebre.

Nada puede representar la radiante luz bajo la cual arribamos a Djibouti. Después de Obock, algunos bloques de casas esparcidos en una playa desnuda, al pie de montañas macizas y sombrías, el mar se vuelve tranquilo como un espejo. Es un golfo que se ahonda; y la ensenada de Djibouti está en la punta extrema. Al este, a ras del agua, barras negras dispuestas regularmente: los alineamientos del puerto. A lo lejos se extiende una lámina de agua limpia, dividida en franjas ligeramente amarillas, azul celeste, malva y azul noche, un espectro solar líquido, y como helado de luz. Por encima merodean unas inmensas gaviotas blancas y negras. Estas franjas coloreadas son tan nítidas que se diría tener ante sí, bajo un cielo casi blanco, un campo de hielo cortado por acequias. La luz, la desolación, los pájaros, la magia boreal del color; todo parece polar. Al oeste las montañas violáceas de Abisinia, violetas de bruma. Detrás de la cresta de la cordillera extrema el sol se oculta a las cinco y media. Su disco rojo se hunde a cada segundo. Al este el mar liso se enciende de matices huidizos; el cielo espejea colores; es una atmósfera aérea y líquida hecha de plumas de bengalí, de peligros, y de pájaros azules, de colchón de plumas de todo lo que vuela bajo los trópicos, de escamas multicolores de todo lo que nada en el mar de Arabia, de alas de peces volando que quizá mueren; porque los tonos huyen, reaparecen, se funden, enrojecen, verdean, amarillean, se hacen azul, añil, carmín, oro y diamante. Y ahora el rey de la luz morirá: una última llama roja incendia las montañas lejanas que un halo anaranjado difumina en el cielo. Bruscamente el cielo de Arabia se ha hecho gris plomo; el mar oriental gris y amarillo, sucio como el mar del Norte, siempre polar por su triste desamparo y el frío que exhala después de haber entregado su alma luminosa. Entonces, en occidente, detrás de las montañas, se levanta la aurora boreal que anuncia para el día de mañana la resurrección del sol muerto. Un arco-iris bajo se ilumina, con su

cima frotada de luz pálida, hacia la cual brotan penachos de rojo vaporoso y de amarillo brumoso. Las montañas lejanas se hallan cubiertas por un velo azul cobalto; las que se sumergen en el mar son bloques de hulla muy negra. El horror de un mundo desconocido me rodea; me siento transportado a un nuevo astro.

Todas las operaciones de llegada se han efectuado durante la cena. En el momento de los postres, una nube de negritos ha invadido la cubierta. Asomaban sus cabezas rapadas por las ventanas del salón, mostrando unos hermosos ojos y una sonrisa iluminada por dientes deslumbrantes. Alargaban sus finas manos, con los huecos a modo de concha rosada, para pedir dinero.

Terminado el café, me dirijo hacia el portalón, donde encuentro a Ting, que me devuelve mi revólver. Nos precipitamos sobre una gran piragua con sólo dos remeros, aunque éramos diez a bordo; y ya nos tienes en marcha. Son las siete y media. El mar está liso y suave; nos envuelve un tierno vaho; las estrellas límpidas se estremecen en un cielo pálido; algunos fuegos puntean la costa; dejamos atrás el gran paquebote donde se encienden los faroles eléctricos, como un cetáceo blanco varado que se hiciese fosforescente. Necesitamos veinticinco minutos para llegar al extremo del muelle de Djibouti. Los negros de cabeza rapada nadan con energía y se rascan alternativamente el cráneo. Nada iguala en el tacto a la suave caricia del aire que agitamos mientras nos deslizamos sobre el agua muerta. Una larga línea negra se extiende hacia nosotros desde la orilla; tomamos tierra en el extremo. Algunos negros nos esperan. Unos van vestidos con taparrabos, otros con una túnica blanquecina, colgada sobre los hombros al modo antiguo. Un pequeño somalí camina junto a mí. Lleva sus andrajos con una gracia inexpresable y sostiene en la mano la tarjeta de un café. Tiene diez años, ojos soberbios, una sonrisa de muchacha y dientes blancos. Dos abisinios nos acompañan y hablan árabe. El camino hasta el palacio del gobernador es largo, bungalow de troncos de árbol y de cemento. El pequeño somalí se detiene ante una terraza iluminada: «Esto palacio gobernador». Ahora llegamos a un bloque macizo y gris, agujereado por ventanucos enrejados, severo bajo la noche clara. El pequeño somalí se ríe: «Esto cárcel», dice. Y yo pregunto: «¿Cuántos prisioneros?». «Oh, muchos, muchos –responde–, todo, todo lleno.» «¿Blancos?», pregunto. «Oh, no, hombres negros.» Y se ríe de nuevo, enseñando la dentadura.

Ahora la gran plaza de Djibouti, cuadrada, rodeada de hoteles, de cafés, de tiendas. Ting y yo nos sentamos en el café del Louvre, y tomamos *mastics (raki)*. Doy diez céntimos a mi pequeño guía. No se va, sino que permanece cerca de mí, y me abanica el rostro con su cartulina. «Yo dar viento a ti, hacer fresco», dice. Y sonrío. Tiene el cabello crespo, completamente dorado por el jabón somalí. Quiero darle de beber: agita la cabeza: «Somalí nunca bebe», dice con gravedad. Dos negros se aproximan, y nos enseñan, para vendérselas, ágatas de Ceilán, cristales de roca del tamojal, sortijas de plata, cuernos de gacela, plumas de avestruz, un escudo somalí; los policías indígenas que rodean la plaza, tocados con birretes a la inglesa, látigo en mano, les apalean para echarles. Huyen y vuelven arrastrándose, tan pronto como el policía negro les pierde de vista. Un desdichado, pequeño y lisiado, a gatas junto a nosotros, nos implora con ojos de gacela. Como llevo una gorra blanca, un somalí vestido con harapos rojos me pregunta: «*Captain, are you English?*». Nació en el país de Adén. Quiero que el pequeño Alí, que fuma un cigarrillo que le he dado, se siente: le echan a latigazos. El gobernador de la República prohíbe que los negros se sienten en las sillas de los cafés, cerca de los blancos.

Pronto somos alcanzados por dos amigos de Ting, otro mozo chino y un comerciante japonés. Dos somalíes (el de Adén y otro) nos llevarán al pueblo somalí. El pequeño Alí anda siempre cerca de mí, abanicándome. Es una extraña y disparatada agrupación, como ves, que se aventura por una primera calle sombría, detrás de la plaza. Nos hallamos rodeados de negros que ríen y parlotean. Una calle transversal con chozas blancas a la derecha, iluminadas por la luna, a la izquierda por las antorchas plantadas bajo los cobertizos. Una especie de veranda de pilares cubre unos bancos de paja trenzada, muy ligera. Es un café indígena. Apenas nos hemos sentado cuando una multitud negra se arrima a nosotros. Nos sirven cuatro tazas de café de Harrar, de exquisito sabor. Un negro me trae un cabrito recién nacido, de color leonado y blanco, que muge. Entre las risotadas ensordecedoras hacen beber a lengüetadas, al pobre cabrito, café en una mancerina –y el pobre animal lo lame todo–. Alí no cesa de abanicarme, de pie detrás de mí, siempre sonriendo. Después de la querrela para pagar, la batalla por los *bakchich*, los gritos de *Roh! Roh!* que debo proferir para hacer retroceder a la turba negra, caminamos bajo la luna entre las casas blancas y cuadradas. El otro mozo chino y el japonés desaparecen. ¿Adónde van? No quiero saberlo. Oímos rumores. Un policía indígena se cruza con nosotros y se sumerge en las tinieblas del pueblo.

Luego, otra vez la plaza y sus cafés iluminados. El somalí de Adén me acompañará al barco: lleva una caja de *cheroots* de Trickingopolis que he comprado. Alto. El pobre somalí es detenido por un agente negro que se lo llevará a prisión. Otros somalíes llegan e imploran. El agente permanece sordo. Le explico que lo que lleva es mío, que voy a pagarle: tiempo perdido. El agente nos acompaña y, en cuanto me haya ido, encerrará al pobre negro en una celda. El desdichado me mira suplicante. No, ciertamente no voy a permitirlo. Volvemos todos a la plaza. Allí encuentro al francés gordo, jefe de la policía, bebiendo cañas de cerveza, tocado con su casco blanco. Apenas he hablado: «Muy bien, muy bien –dice–, este hombre es libre». «Entonces –digo– ¿por qué se le castiga si no ha hecho nada?». «Es que, señor, tememos que los negros molesten a los europeos, nos vemos forzados...». ¡Pobre exiliado de Adén, vestido con su harapo rojo, que sigue con la vista mi piragua! ¡Pobre pequeño Alí, con su pelambarrera teñida, sonriendo tristemente en el malecón, la mano por encima de la cabeza para decirme adiós! La bestialidad de la raza blanca tiene un fondo de estupidez y de ferocidad desconocidas –como la gorra de Bovary.

He aquí lo que vi en la cubierta del barco, a medianoche, mientras la grúa gemía y los sacos de carbón se vaciaban en el almacén. Empecé metiendo mis pies en el agua al pasar del dique a la piragua. Es tan suave y cálida que apenas lo noté. Nos deslizamos a la luz de una luna todavía amarillenta sobre el mar tranquilo, hacia el gran cetáceo blanco que sopla un aliento negro hacia el cielo. La escalera colgada del portalón tiembla suspendida en el aire. En lo alto, el coronel de S..., me para y charlamos. Es el jefe de estado mayor del general Dodds, un militar completo, inteligente, valeroso, franco, y que no tiene pelos en la lengua para decir lo que piensa acerca de Voulet, Chauvine o Marchand, Galliéni y *tutti quanti*. Abisinios y somalíes pululan en cubierta. Un grupo de pasajeros de segunda, que ha traspasado sus límites, rodea a un negro que ofrece arrojar desde lo alto del palo de mesana. Le prometen cinco francos. Clavado sordo desde doce metros de altura. El negro vuelve a subir a bordo chorreante. Yo seguía hablando con el coronel, cuando de repente me dice: «Vamos a ver; sucede algo extraño en el fumadero». Cuando nos aproximamos sale un negro desdichado a quien los blancos han llenado de jabón so pretexto de blanquearlo. Le persiguen a puntapiés mientras chillan. Una mujer protesta tímidamente, y una voz unánime le grita: «¡Qué más da! ¡Es un salvaje!».

La nación que proclamó los Derechos del Hombre trata a una bella raza inteligente peor que al ganado en el matadero. Les fustigan; les ponen en manos de otros negros feroces que les meten en prisión para hacerles devolver los escasos francos que han podido ganar; hacen befa de ellos, peor que lo que se hace con los esclavos en América. ¡Y es Francia la que da este ejemplo!

M. Clausson, un explorador belga de a bordo, y que ha pasado su vida en China, en Mongolia y en el Tíbet, se ha sublevado de indignación. Él también había dado de beber a un pequeño somalí. Y el niño le respondió: «Somalí no bebe, nunca. Si somalí bebe, loco, y madre cortar cabeza». M. Clausson le ha ofrecido un franco, dos francos, cinco francos, para probar un vaso de cerveza. El niño ha permanecido firme en sus trece.

¡Y somos nosotros, destiladores de frutos y bebedores de absenta, quienes les tratamos como salvajes!

A la vista del Cabo Guardafui.

Jueves, 31 de octubre.

Llegamos al final de la tierra africana. Salimos del golfo de Adén. A estribor se levanta un promontorio estéril, con grandes arenales llenos de chozas de paja. Allí viven los somalíes bárbaros y provocadores de naufragios, con falsas señales. Cuando un bajel se pierde en este cabo maldito, los somalíes saquean y se quedan con los restos. País desierto y sembrado de peligros. El cabo Guardafui dirige hacia el mar de Arabia un gigantesco mugido de león dormido. Es la esfinge de África que mira hacia Oriente.

Al este, penetramos en el océano índico. Ahora ya no volveremos a ver tierra hasta la isla Mnikoï, cerca de Laquedives, jardín de verdor, según dicen, en medio del océano. Y ya el viento del mar grande se apodera de nosotros, y la marejada nos solivianta.

Viernes, 1º de noviembre.

Hoy es el día de Todos los Santos y dicen misa a bordo, sobre el *spardeck*. Bajo la tela de babor han instalado una capilla. Al fondo, un pequeño crucifijo de plata destaca sobre una tela china con un sol rojo. A la derecha, han izado diversos pabellones amarillos, rojos o azules. Cuatro velas queman sobre grandes botellas de cristal. El misionero que oficia tiene la turbia apariencia de un cerdo que llevara barba roja. Altar bajo y genuflexiones sacramentales. Preside, desde un sillón, el capitán del barco. Cuatro benedictinas blancas, dos religiosas de negro, oran arrodilladas, mientras

el viento agita las puntas de sus tocas. Los pasajeros se alinean entre la batayola y el salón de música, vestidos de blanco y de caqui, sombrero en mano. Y el Ville de la Ciotat zarandea al crucifijo, al altar, al cura y a los devotos.

El monzón frío de otoño nos ha dado la bienvenida en cuanto hemos pasado el cabo Guardafui; sopla contra nosotros y el buque se agita y se balancea con movimientos muy regulares. El océano índico es verde por la mañana, más azul al anochecer, y los vientos alisios levantan en él una marejadilla suave y continua. Hasta las dos el cielo permanece puro y limpio como nuestro cielo de Francia a las seis de la mañana. No existe la tarde. Un cielo blanco sobre una amplia franja de horizonte, con nubecillas opacas, blancas, apizarradas o rosa, estremece el aire mañanero hasta la bóveda azul celeste. El sol brilla con destellos terribles, que iluminan el mar con tonalidades de horno en alto grado de fusión. Y de repente la noche, sin crepúsculo; una franja rosácea donde las nubes oscuras se desprenden como papel negro desgarrado a capricho, y una enorme luna devorada en un tercio, que se balancea entre la batayola y el *spardeck*, como una inmensa lámpara china mutilada.

Hemos terminado las escalas. No tendremos otra. La espera de la próxima escala es la distracción primordial del pasajero. «¿Bajará usted a tierra? Nos asfixiaremos en camarotes cerrados mientras carborean.» «Si no hay nada que ver.» Clichés tradicionales. He aquí lo que nos tienen preparado para el café-concierto:

En Port-Saïd

«El Caïd»;

En Suez

Dos próceres con fez;

En Djibouti

Piel de cebú;

En Colombo

El no va más (; así lo espero!).

La vida a bordo es monótona, pero ya me he acostumbrado. Un barco es un mundillo individual en el sentido más estricto. Tiene su propio horario, que no se corresponde con el de cualquier otro punto del Universo, y que cambia oficialmente cada mediodía, después de las doce, pero en realidad cambia a cada segundo de la jornada. Su cielo es móvil y sus estrellas, errantes, como el cielo y las estrellas de otro astro que tenga una revolución distinta a la de la Tierra. Su horizonte varía sin cesar, y se mueve en aguas y aires que nunca son los mismos. El lenguaje de la vida es diferente; nunca es la una, las dos o las tres: más bien han tocado una vez, dos veces o tres veces. No es un timbre que suene en una máquina, sino un hombre que agita una campana. Babor y

estribor son dos partes distintas de este mundillo, donde no reina la misma atmósfera, ni la misma temperatura, ni el mismo tiempo. El mar puede ponerse brumoso a babor sin que nadie a estribor lo advierta. El día y la noche no son muy distintos y el sueño no llega a horas fijas, dado que en cualquier momento se pueden cerrar los batiportes o abrirlos de nuevo, y la cubierta es un dormitorio al tiempo que un lugar de paseo, un pasillo, un jardín público, un parque con guardián o el tonel de un traficante de vino donde se juega a la rana. *Spardeck*, galón, bodega, despensa, pañol, comedor de oficiales, enjaretado para cerrar las escotillas, escotillas, portañolas, se convierten en lugares familiares como el salón, el comedor o la cocina. También existen diversos dialectos entre los indígenas de este mundo minúsculo. Así, para el marinero, un golpe de mala mar es un «torbellino»; para el *maître d'hôtel*, es un «golpe de tabaco»; y el capitán dice que «cruzamos algunas ballenas». Mundo supersticioso donde aún se cree en la serpiente de mar y donde un tifón es una «mala bestia» a la cual se le puede atrapar la cola.

En el océano Indico.

Sábado, 2 de noviembre.

La madrugada de ayer nos anunciaba un recorrido de 374 millas y ya los pasajeros estarían en Colombo. Hoy ha sido necesario rectificar y el capitán ha puesto mala cara cuando le han presentado el resultado del cálculo: 318 millas. Creo que el segundo de a bordo, que no parece demasiado brillante, ayer cometió un gran error, y hoy ha intentado compensarlo. Pero tampoco es menos cierto que perdimos seis horas en falsas maniobras en el canal de Suez, y que la descarga de carbón en Djibouti nos costó otras dos. Habríamos podido llegar a Colombo el martes, 9 de noviembre, temprano: no estaremos allí hasta el martes por la tarde, o hasta la noche. Y más ahora que el barco lucha terriblemente contra el monzón, que sopla bajo un cielo denso. Las «ballenas» nos aguardan, para esta noche o mañana, y mientras tanto te escribo al balanceo de una buena marejada y al ritmo de un cabeceo que da náuseas a la mayoría de los imbéciles de a bordo.

Hay una cierta cantidad de éstos, y en primer lugar debe citarse al joven de P..., alumno de la Escuela de Leyes y futuro matador de tigres: el *taokhou*, dice Ting. Es un fideo alto y vanidoso, presumido, y que se mete en todo, indiscreto y embrollón (del tipo G...). Verás como es el nuestro. Este interesante idiota vino a entrometerse en una conversación que tenía con el capitán Fiaschi, la otra noche, cuando nos contaba un reciente siniestro en el mar, exclamando hábilmente: «Pero ¿qué más da? ¡Si sólo había corsos a bordo!». Desde entonces, no hay error entre nosotros que no se le impute. Con gravedad, le hemos aconsejado que cace el *lemp*, especie de avestruz que sólo tiene una pata, y que se apresura aserrando el árbol contra el cual se duerme; o el *camor*, en China *lang-pé*, que tiene las patas más cortas de un lado para poder correr mejor por la falda de las montañas. Estos animales, por supuesto, no pueden reproducirse más que en los collados. El joven de P... escucha, se instruye, y pide informaciones de todos lados. Se interesa por todo, el repartimiento de China, la conquista de Etiopía o la primera instalación eléctrica en Harrar. El coronel de S..., que odia a los

latosos, le endilgó el siguiente discurso, al día siguiente de salir de Djibouti. (N.B. los oficiales vieron un joven gatopardo en una tienda de Djibouti).

El coronel (a de P...): «Bien, jovencito, bajó usted a tierra ayer. ¿No mató al tigre?

»¡Cómo que no mató al tigre! Su oficio es cazador de tigres; usted pasa por un lugar donde, precisamente, hay un tigre, y no sólo no lo mata usted, ¡sino que ni siquiera lo ha visto! Pero bueno, muchacho, seré franco, usted no buscó al tigre. Me dijeron que regresó usted muy abatido. Usted es un pequeño embaucador; salió a buscar cualquier otra cosa, Dios sabe. Y sin duda la atraparía. Seamos francos, más que a la caza del tigre salió usted a la caza del alcahuete.»

Domingo, 3 de noviembre.

No nos encontramos con la supuesta «ballena», pero hemos tenido mal tiempo. «Los torbellinos son poca cosa –me dijo un veterano marinero bretón–, pero desconfíe del mal tiempo que llega lentamente.» Tenía razón. Después de tres días, unas nubecillas blancas viscosas ensombrecieron el horizonte; el sol se ocultó, luminoso, tras unos recortes de zinc negro; el océano índico, de zafiro claro pasaba a verde botella y el Ville de la Ciotat penaba contra el monzón. «Aguarde un poco –me dijo el viejo marinero–, y verá lo que viene.» Lo vi. El cielo, una bóveda de plomo; el aire, un vapor cálido; la humedad tibia y nauseabunda pringándolo todo, vestidos, butacas de cubierta, rampas, el empalmetado para los coyotes; una horrible luz, blanca y mate, derramada sobre un mar casi negro: esto es un día de lluvia en el mar de las Indias. Esta lluvia llegó a las once, como un torrente trepidante, como un diluvio cribado; las gotitas golpeaban el oleaje, plano de repente, como grano centelleante: era un muaré sombrío salpicado de azúcar. Y este muaré se extendía hasta el horizonte a través de un velo hecho de medias tintas líquidas y apretadas. Por esta trama, de vez en cuando veía pasar a un pez volador como un gran lingote de plata; sus alas húmedas se agitaban a ras de las olas, y, después de unos segundos, se sumergía de nuevo en un pequeño remolino de espuma.

Los pasajeros empiezan a gemir a lo largo de la travesía. A mí el cielo y el agua sobre todo, «ondeante y diversa», no pueden fatigarme. No puedo leer, y mi sola preocupación es escribir estas líneas para ti.

¡Ay de mí! Diría que jamás me he sentido mejor, a pesar de este calor húmedo y malsano, si no sintiera el dolor de estar lejos de ti, y si no tuviese las molestias que conoces, aunque no sufra por ellas. Ahora el balanceo me abre el apetito y me ayuda a dormir a pierna suelta. A las siete en pie, permanezco en cubierta hasta la una de la madrugada, y me acostaría allí si no temiese el monzón traicionero, denominado fresco, si bien a pesar de venir de la región nordeste es tibio y húmedo. La otra noche levantaba oleadas contra babor, donde se libraba una prolongada batalla de espuma; un enorme abanico luminoso y vacilante alumbraba el océano bajo la luna; más allá, un mar tenebroso, callado y solitario. Me hallaba solo, apoyado en la borda; cerca de mí, algunos durmientes; ningún ruido, excepto el resollar del barco y la fatiga sofocada de la hélice.

Y el monstruo que me transporta me parecía tan pequeño, me sentía tan lejano en medio de este océano nocturno tan profundo, con el suelo de coral y su oleaje opaco bajo el cual nadan el bonito y los escualos, que me sentí algo confiado al ver cómo la estela se llenaba de luces fosforescentes, que al menos mostraban una vida revelada.

Hoy no hemos podido gozar de la cubierta: el sol se había ausentado. Ha sido preciso recurrir al libro de *loch*, que no permite cálculos de una extrema precisión. Aún faltan unas 75 millas para llegar a Colombo. Mañana al mediodía nos corresponde pasar cerca de Minikoï, entre las Laquedivias y las Maldivias, y franquear, por el canal de los Nueve Grados, la barrera de escollos y de arrecifes de coral que, de norte a sur, protege la costa occidental de la India. El martes, entre las cuatro y las seis de la tarde, llegaremos a Ceilán.

Lunes, 4 de noviembre.

Ayer, al ponerse el sol, me hallaba en el camarote cuando Ting me dijo que se veía una gran ciudad en las nubes. Por el ojo de buoy abierto percibí una extraña aparición. El cielo plumizo se había abierto por el lado de poniente; se revelaban dos o tres planos por las aberturas. Era una ciudad de betún, rodeada de árboles de cenizas, a orillas de un lago de metal rojo sobre el cual flotaban islotes de escorias y de lava; y más lejos otro lago encandecido, pálido y exhalando su vapor adornado de fuego casi desde el fondo del cielo. Y por encima de este paisaje condenado, una ráfaga de nubes oscuras pasa, abriendo brechas de manchas lívidas, como en un cuadro de Salvator Rosa; son carnes en descomposición, en lo alto, que nos iluminan con su horrible grisalla tocada de verde.

La noche, misteriosamente cálida, temblaba de electricidad contenida. Negror profundo del mar y del cielo; pero las olas agitadas por la hélice son espuma de fuego blanco; la estela del Ville de la Ciotat está hecha de llama cándida y por todas partes la profundidad se estremece de vida luminosa. En el rumbo del buque, unas grandes manchas de fósforo se tensan en las tinieblas. Pero debajo de nosotros se desarrollan los misterios de las profundidades. Una procesión de antorchas verdes, fuegos líquidos, ampollas iluminadas, destellos vidriados, sostenidas y blandidas por manos invisibles. La cabellera ardiente de las antorchas parece desparramarse a través de una transparencia solidificada. Es una mirada verde de felinos a través del agua, una música de luces en una atmósfera líquida. A las once, un bólido salta del cielo negro; globo de fuego rojo, blanco, irisado, violeta, que se desploma en el océano más allá del horizonte. Cae la lluvia, y sus gotas, al pasar por el entrepuente, estrían la oscuridad con rayas encendidas.

Hasta el mediodía no avistaremos Minikoï. Ha habido errores de cálculo. Esta mañana, a las ocho, el coronel de S..., me señala un vapor. Mirándolo percibo a la derecha una línea negra: es el faro de Minikoï. El Ville de la Ciotat pasa al sur, por el canal de los Ocho Grados. En pocos instantes, el mar dibuja en el fondo una larga línea de espuma. Esta mañana el cielo es de un azul turquesa, con multitud de nubecillas rojas, violetas, apizarradas, lechosas y rasura. Sobre este fondo

se agita un escuálido abanico hecho de cocoteros, y una franja amarilla se extiende bajo los árboles. El abanico de hojarasca enjuta es una isla anular, que aparenta un oasis en el océano, unida a Minikoï por un gran arrecife de coral. Es una franja de verdura rodeada por otra franja amarillenta y por una barra de espuma deslumbrante de blancura. Hacia su izquierda, un gran faro redondo de cinco pisos, al pie del cual se distinguen dos casitas. Tras este faro un tajo largo en la masa verdeante debe marcar una ruta a través de la isla: es como un trozo de cielo en la hierba. Verdura compacta, sombría y clara a la vez, por encima de la cual se estremece, de una parte a otra, la ágil cabellera de los cocoteros. Este ha sido mi primer encuentro con una isla de coral: no será el último.

De Minikoï a Colombo median unas veintisiete horas de camino. Pero dado que hemos forzado la marcha para competir con el vapor avistado, un paquebote ruso al cual hemos dejado atrás, no se puede hacer un cálculo anticipado. Llegaremos a Colombo mañana martes, entre la una y las dos de la tarde.

Estoy a punto de finalizar esta carta: hasta mañana por la mañana no la meteré en el sobre, con el fin de besarte más tarde y más pronto. Probablemente no dormiré en Colombo: seguiré en tren hasta Kandy, en la montaña, por una ruta que, según dicen, es la más bella del mundo. Luego, cerca de Kandy, siguiendo los consejos de un propietario de plantación de Ceilán que viaja a bordo, alquilaré una carreta tirada por bueyes y tomaré a mi servicio a un mozo cingalés. Viajaré tendido en esta carreta y visitaré las ruinas de las ciudades y las cavernas donde aún viven los nativos de Ceilán, las *védahas*. De este modo conoceré el país y a los indígenas, sin apenas gastar dinero, y evitaré los gastos del hotel.

Hasta mañana por la mañana...

III

Colombo, Gran Hotel Oriental.

6 de noviembre de 1901.

... No he tenido un solo momento para escribir sosegadamente... Mañana parto para Kandy: aquí el calor es húmedo y terrorífico. Haré que me envíen tus cartas y desde allí espero poder escribirte más tranquilamente. Sin duda alquilaré una carreta para visitar Anuradhapura, la ciudad en ruinas. Durante un día y medio he visto tantas cosas que tengo la cabeza embrollada. Entre templos hindúes, budistas, jainistas, los naturales de Ceilán, los cingaleses, los musulmanes y Dios sabe qué, estoy que no me reconozco. Y no veo un solo árbol, ni una flor, ni un fruto, ni un animal, que no parezcan llegados de otro planeta. Esta mañana he caminado dos horas con un joven cingalés budista por un bosque de cocoteros, bajo un sol de plomo, para ver a los bóers y un templo donde una mujer pintada en los muros tienta a los hombres, y luego se transforma en demonio para devorarlos. Esto es la Babel de las religiones. *But more of this anon...*

IV

Ceilán. Colombo-Kandy.

5-10 de noviembre de 1901.

... Aquí continuó el diario que debí interrumpir, muy a mi pesar, debido a la cantidad de cosas por hacer y por ver.

Llegada a Ceilán, el cinco de noviembre a las doce y media del mediodía. A partir de las once se ven surgir en el este nubes azuladas, picos de brumas, masas más espesas que los vapores que se prolongan encima del horizonte. Este cielo del océano índico, bajo el monzón del nordeste, tiene un infinito número de planos. Al oeste, unas nubes espesas son verdaderamente azules, del azul índigo que debería tener el cielo puro de Extremo Oriente. Todo el contorno del mar es una franja sombría, y, por encima de ella, divididas como vedijas de lana diversificadas, penetradas de aire azul en sus intervalos, unas nubes violeta, púrpura, lechosas, rosa de aurora, recortadas, consteladas, deshojadas. Por encima de un mar gris, amarillo, verdusco, sombrío y terriblemente plomizo bajo el calor húmedo que pesa cada vez más. Después del almuerzo me encontré de nuevo con la misma aparición que en la isla de Minikoi: una línea de espuma contra una barrera amarilla de oro y, encima, el abanico enjuto y verde que se despliega sobre la cabeza de los cocoteros; más allá, unas masas verdes oscuras, como bañadas de vapor cálido, una verdura fuerte, húmeda y templada, hacia la cual avanza el Ville de la Ciotat. El horrible estrépito del cabrestante en el cual se pierde el batir de la hélice, a medida que el buque parece deslizarse en el agua entre fragor de bronce. Ahora aparecen *docks* y casas rojas, masas de carbón bajo los hangares, puentes sobre conjuntos de estacas, una inmensa multitud de grandes buques inmóviles que son balumbos en el mar. Y en el camino, por todas partes, la vela roja cuadrada de estas embarcaciones árabes o hindúes que salen, empujadas por el monzón, sin el cual no sabrían bordear. Más cerca, en el aire, enormes gaviotas de colores desconocidos que planean, una bandada de cuervos que croan; sobre el agua, una multitud de negritos, con el taparrabos mojado entre las piernas, acurrucados sobre dos maderos juntos, maneándolos desordenadamente mientras los balancean entre gritos ensordecedores: «¡A la mar! ¡A la mar! ¡A la mar!» y el periódico aullido de «Tararabum de ay». Como un grito continuo, se oye: «¡A la mar, a la mar, a la mar, a la mar!». Habrá que desembarcar. Me despido de mis compañeros de viaje. Todos nuestros bultos han sido embarcados, a trancas y barrancas, en una especie de piragua indígena (porque Colombo es una rada foránea y los barcos nunca tocan el muelle). Amarramos en una larga estacada, y pasamos entre dos grupos de cingaleses multicolores que hacen calle a nuestro paso. El empleado negro de aduanas me hace pagar veinte mil rupias por mi fusil y mi revólver —y estamos en la tierra roja de Colombo—. La carretera es roja, las casas, de estilo oriental, blancas o rojas, la luz, cegadora; y el calor húmedo me derrite. Felizmente, el Gran Hotel Oriental está muy cerca, casi enfrente. Un tumulto de cingaleses, de hindúes, de tamules, de malayos, de musulmanes; los cingaleses con sus largos pelos negros, sus ojos salvajes y su diadema de concha; los hindúes con turbante rojo, blanco o a rayas; los tamules con una mancha azul en medio de la frente (cuando se visten cubren esta mancha tatuada con polvo

de oro); otros tamules de casta más baja, con la frente barrada de líneas blancas o completamente embadurnados de tiza, con media cabeza rapada; las mujeres tamules con collares de perlas blancas, rojas y oro, florones de plata trenzada en las aletas de la nariz, sortijas en los dedos de los pies, las orejas horadadas con grandes agujeros, de donde cuelgan anillos unidos con cordeles; los malayos con un turbante o una pequeña toca; piadosos musulmanes, con la cabeza completamente rapada, cubiertos con un sombrero alto hecho de tela dura de seda anaranjada con dibujos geométricos de color rojo, otros con un fez turco y con apariencia de ridículos adefesios. El hotel, con una gran veranda abierta, donde hay dispuesta una hilera de butacas profundas de paja trenzada y grandes brazos de madera sobre los cuales uno estira las piernas; por encima de la cabeza un ventilador eléctrico gira rápidamente, sin ruido. Unos mozos negros, siempre negros, vestidos de blanco, chaquetilla blanca, blusa blanca. Y todos siempre descalzos. Un calor terrible que me disuelve. Los *jen-rikcha* te asaltan. Sus cochecitos de dos ruedas altas que basculan sobre dos largas angarillas entre las cuales el hombre corre, como un caballo, tira del coche, y hace dos leguas, siempre corriendo, con el sudor goteando sobre su negra piel. Es sublevante. Me parece que me hago transportar por los *yahoos*, y que yo soy un *yahoo* de una especie inferior. Los desdichados suplican que subas, te importunan, te explican que su *rikcha* no es chino, que está hecho en Colombo, que te llevarán a todas partes.

Necesito tres trajes blancos; el que compré en Port-Saïd, horrible saldo que me endilgaron, está hecho harapos; luego debo pasar por la casa de Cook y de M. F..., director del *Ceylon Observer*. Es una oficina de diario como las nuestras, con el tumulto de los aprendices de imprenta, pruebas, despachos en hojas sueltas. Sólo los redactores llevan pantalón y camisa, y el ventilador eléctrico gira sobre nuestras cabezas. M. F... no está allí, y mañana sale para la India; su hijo me recibe muy amablemente –pero no es brillante–. Luego, el padre F... me ha mandado el anuario de Ceilán, que redacta, y la señora F... me ha invitado a cenar: pero yo salía para Kandy. Al día siguiente todos los diarios locales anunciaban triunfalmente mi llegada y los comerciantes me rogaban que les dejase mi tarjeta. Finalmente, el joven F... me ruega que escriba para su diario un editorial sobre el debate franco-turco. Me ofrece la generosa paga de quince rupias (una libra). Creo que no voy a aceptar.

Los dependientes de joyería acosan sin cesar a los clientes de la veranda del hotel. No hay más remedio que ceder. Innumerables piedras preciosas, sobre todo ágatas y alejandritas; los rubíes son demasiado claros, los zafiros demasiado negros; los meteoritos lunares, admirables, pero sin valor; y las perlas vienen de Australia. Pero todo es muy caro, y resulta imposible conocer la densidad de las piedras que te ofrecen, porque el rubí de Ceilán tiene el mismo peso específico que el zafiro blanco. Los rubíes estrellados son curiosos, pero excepto unas enormes ágatas y un ópalo bellissimo (no cingalés), no he visto nada mejor que tu zafiro estrellado. En seguida encontré al comerciante que lo vendió. Estos joyeros, que venden con certificados, tienen las manos llenas de papeles firmados J.-C. M... Según parece, este buen M... traficaba modestamente con piedras que compraba aquí y que revendía en Calcuta o en Bombay.

Jen-rikcha sobre la explanada que denominan *Galle-Face* y en el mercado. Los colores de *Galle-Face*, bajo este cielo de metal sombrío, son sorprendentes. El camino rojo oscuro entre el césped verde; la frondosidad de los cocoteros y de las palmeras reales, de árboles verdinegros donde fulguran flores de fuego; a la derecha, junto al estrecho bañado de verde, entre el rojo sombrío de la carretera y el siniestro verdear del mar, una franja de arena amarillo-naranja. Las olas rompen

incesantemente contra toda esta línea, con estrépito lúgubre, y la espuma se esparce en el aire. El océano índico, verde de un glauco opaco, el cielo pesado y siempre cercano al mar, el horizonte sobrealzado sin impresión de infinito. Aquí el ojo se siente cautivado por estos tres colores: rojo, verde y amarillo, mezclados en una especie de tinieblas con una orla de espuma.

El mercado, increíblemente de Oriente, con sus montones de cocos frescos, verde-amarillos, o anaranjados, o también oscuros y fibrosos, abiertos, pelados; los aleros cargados de racimos de plátanos azul prusia o amarillo; sacos de tela marrón repletos de arroz, y las papayas como melones de agua tallados como esmeraldas, y el agua de coco, y las hojas plegadas donde se vende la nuez de buyo picada; y los perros cingaleses de pelo raso, cola y orejas de chacal, con el hocico puntiagudo sumergido en medio coco y su pulpa blanca; los joyeros haciendo su filigrana de plata; los barberos arrodillados afeitando en el umbral la cabeza de un cliente agachado; las mujeres despiojando las largas cabelleras de sus hijos desnudos; los jóvenes despiojando a los viejos; todo bajo la fina lluvia, entre los gritos de los nativos.

Por la noche, cena con curry; en el arroz siete ingredientes distintos, entre los cuales distingo el pescado seco y el coco; bananas azules, cohombros, y pastel de arroz con leche de coco, frito en aceite de palmera. Después, con los oficiales de a bordo, largo paseo en la noche, en *jen-rikcha*, hacia una casa donde hay cingalesas –un cuchitril, donde, subiendo por una escalera ruinosa, llegamos a un desván–. Allí se nos presentaron cinco negras horrorosas de cráneo comprimido, bajo la mirada feroz de un patrón cingalés –ojo amarillo y negro–. El hombre, desnudo excepto por un taparrabos, tiene espaldas formidables. Una botella de cerveza cuesta dos rupias; la pagamos –les pareció suficiente–. Ni que decir tiene que no objeté nada.

Noche en una habitación con tres aberturas sobre el cielo y sobre los lagos donde croan las ranas; transpiro sin esfuerzo bajo el mosquitero y este calor excita el sudor sin complicaciones.

Jen-rikcha, por la mañana a un templo hindú, de cemento blanco, en una calleja horriblemente abigarrada. Un monje limpia los clavos de cobre de la puerta: no tengo derecho a traspasar el umbral. En el interior, una horrible música de demonios, hecha de címbalos, de tam-tams, de cuernos; vagamente, por las tinieblas, se ven las formas monstruosamente doradas y rojas de Visnú, de Siva, y del dios elefante Ganesha.

Jen-rikcha, por la tarde al monte Lavinia, punta de la bahía de Colombo. Denomino la tarde a las nueve de la mañana, dado que me he levantado a las cinco. La carretera me sorprende a cada paso: cocoteros con frutos; acacias; plataneros; el árbol *jak* con sus largos frutos verdes tafileteados; el árbol del pan con sus enormes colgajos; el jazmín español; la flor de Buda, con un cáliz hecho de cinco pétalos coloreados en el exterior por un rastro rosa, un blanco denso, dispuestos en espiral, que se introducen el uno en el otro como escamas de nácar, el fondo de la corola anaranjado, exhalando un perfume de incienso cálido; la flor roja del *hibiscus*, de la cual cuelga un largo pistilo como una lengua pequeña y rosada, y es el zarcillo de las mujeres de los mares del Sur; otro árbol cuyos granos rojos son duros y brillantes, como coral; los plataneros en fruto, los bananeros de flor mustia colgando como una enorme alcachofa violeta. Y por todas partes cabañas y tiendas, con pasteles fritos, cachirulos llenos de azúcar de coco, paquetitos de betel envuelto en hojas, y por doquiera la llama anaranjada de un *King cocoa-nut*, constantemente mujeres despiojando a los niños; y en la carretera, negritos y negritas que arrojan flores sobre mi *rikcha*. Una me persigue durante dos kilómetros. Al principio suplica: «*Aïbon*, papá, *aïbon*, mamá; yo no padre, yo no madre,

tú mi padre, tú darme de comer; tú dinero en bolsillo; ¡*aibon*, papá; *aibon*, mamá!». Después *aibon*, saludo cingalés, se hace amenazador; la pequeña figura rebosa furor; *aibon* es un ladrido. Luego la súplica recomienza, interrumpida por un ladrido imperioso. Tengo el brazo martirizado, atenzado. Mi conductor me dice que la golpee: dejando aparte que se castiga con una multa de diez rupias, el hecho en sí me repugna. Sin embargo, levanto mi bastón –la niña retrocede como un perro y de nuevo se me abalanza–. Entonces detengo el *rikcha* y doy unos céntimos a otros pobres, excluyéndola. Ella gruñe como un perro apaleado –y vuelve a empezar: «*Aibon*, papá, *aibon*, mamá; tú dinero en bolsillo, tú darme». Entonces le enseño un perro cingalés y le digo: «Vete a pedir al perro, él también tiene dinero en su bolsillo». Entonces la niña se detiene por completo: me mira a los ojos, comprende que me burlo de ella, y escapa gritándome con voz dura: «*You very bad man!*».

Monte Lavinia: ¡qué espectáculo! El hotel sobre el acantilado, con su salón de grandes puertas-ventanas abiertas sobre el mar. Una lámina de agua verde oscuro golpea los arrecifes de coral con embate espumeante y monótono, sonido profundo como de campana líquida. Luego el curry y la papaya –fruta-melón con piel de naranja, llena de pulpa dulce, y que se toma después de la cena como digestivo–. Algo singular: con ayuda de la papaya todo puede digerirse: los pepinos, el pollo duro, la mantequilla rancia, la espantosa especia del curry y de sus ingredientes, y la cocina de coco y de aceite de palma.

El que tira de mi *jen-rikcha* me ha encontrado un joven cingalés, nativo de allí, salvaje, en el bosque de cocoteros, para conducirme al hospital de los bóers. Gravitamos por una pendiente y, tras un bananero, hablo ampliamente con un aldeano de Vrijstaat llamado Jacobs. Hay 250 convalecientes bajo la vigilancia de un sargento y un cabo que nos vuelven la espalda. Volveré a hablarte sobre ello.

Ahora una larga marcha por el bosque sin ramas, pero oscuro de troncos, bajo un sol de mediodía. Un templo budista, con pinturas del infierno. Son pinturas recientes: también está el demonio hembra que tienta al príncipe, tocado con birrete de plumas de avestruz de manera casquivana. El príncipe lleva perilla y un hermoso bigote. Primer cuadro: la mujer tienta. Segundo cuadro: en el momento de la consumación, ella es un demonio azul de cara roja que desgarrar, quema o devora al pobre pecador. Los avaros son tendidos atados y se les vierte en la boca metal fundido. Los pertenecientes a una casta inferior que han blasfemado contra los de una casta superior tienen la lengua horadada por horribles instrumentos –igual que los que han blasfemado contra los curas–. Buda sentado y protegido de la lluvia por una cobra que ha hinchado su garganta hasta hacer de ella un capuchón. Finalmente el Buda futuro, el Mesías, el Boddhisatva que ha de nacer, sienta cátedra en un rincón, misteriosamente.

Camino de regreso a través del bosque. Transpiro terriblemente. El joven cingalés que me guía es de una belleza salvaje: tiene dieciséis años. Su padre, me cuenta, tiene una gran plantación de cocoteros y es muy rico. Pero el muchacho se marchó de la casa hace seis años. Escapó de la escuela para irse a jugar en el recinto del cuartel de soldados Sikhs. Un día su padre le pegó para castigarle. El muchacho jamás le perdonó –y luego, aunque su madre cuida de mandarle dinero, él lo rechaza, y vaga como un animal salvaje por el bosque del monte Lavinia, con una aflicción de animal machucado por los prisioneros bóers–. Me escribe su nombre en cingalés: se llama Hermanis Gomis. Hoy he tenido una sorpresa: ahora lo sé. Todos los nombres de los cingaleses son portugueses. Los esclavos antiguamente tomaban el nombre de sus amos. La isla está llena de Pereras. También recibirás una carta de un joven Perera, James Perera, que me ha protegido bajo su

paraguas cuando iba al templo Rock (Gal-Vihara) de Kandy. El muchacho, que desconoce su edad, salía de la escuela budista con sus libros bajo el brazo. Él es católico, pero su padre es budista, sin duda católico renegado. (Volveré a hablarte de esto.) El pequeño James Perera, bajo la lluvia, me ha preguntado a bocajarro si tenía sellos franceses: ¡los colecciona! Luego me ha suplicado que le permitiera escribirme. Si recibes una carta, mándale sellos usados al pequeño cingalés. Los mestizos se denominan *burghers* y se supone que descienden de los colonos holandeses que ocupaban Ceilán antes que los ingleses. Aquí, pues, hay *burghers* con nombres portugueses. Muy pocos *burghers*, blancos, no mezclados –aquí en Kandy sólo hay tres o cuatro–. También volveré a hablarte de esto.

Retorno de Lavinia. Mi corredor es tamul y lleva el punto azul en la frente. «Yo hombre muy bueno», me explica, «nunca comer buey, nunca cordero, tampoco jamás huevos; siempre legumbres». Y cuando le interrogo acerca de su tatuaje, responde con orgullo: «*That is my caste*». Aquí es donde las manos se sumergen en el caos en el cual se forman las religiones; se toca con los dedos la pasión y el furor de creer; se ve con los propios ojos lo que sólo eran palabras: castas, religión, raza, creencia, proselitismo, devoción. Todo esto forma parte del hombre como el hambre y la sed. Sólo aquí las palabras de Jesús son profundamente verdaderas: «No sólo de pan vive el hombre». Lo primero que me preguntan los indígenas es cuál es mi religión. Y Kassim, mi guía malayo, hablando de los hindúes, decía: «¡Ya verán cuando estén muertos!».

Me detengo en este retorno a Lavinia... Te hablaré de mi viaje a Kandy, de mi estancia en Queen's Hotel, la casa del cuñado de la baronesa de R..., de los oficiales franceses prisioneros en Kandy, y sobre todo de Kandy, de su lago y del jardín de Peradeniya, la perla del mundo.

... Tal vez estos chismes puedan divertirte: como ves, te lo cuento todo, absolutamente todo... El lunes por la mañana embarco en el Polynésien; el agente de transportes promete conseguirme un buen camarote...

V

Kandy.

Domingo, 10 de noviembre de 1901.

Esta mañana he alquilado un coche y me he llevado a Kassim, el malayo musulmán que hace de guía en el Templo del Diente. Iremos a ver el Gran Buda que duerme, tallado en el granito. Necesitamos un *jen-rikcha* que siga al coche. Pasamos por Malabarstreet, y de pronto la carretera baja por la falda de la montaña, entre los cocoteros, los bananeros, las palmeras reales y las palmeras de vino. Por todas partes cingaleses que trabajan, rompiendo los cocos sobre piedras planas para extraer las fibras oscuras; mujeres tamules con sus narices horadadas por un botón de plata agujereado. La carretera se inclina hacia profundos valles donde, en gradas de anfiteatro, los arrozales semiinundados esperan semillas. El cielo puro en el horizonte se ve rodeado de grandes nubarrones de lluvia; pero son las nueve y el aire es aún fresco bajo el sol. He aquí la aldea de Talwatti, que bordea la carretera. Un pequeño cingalés se ha colgado de la parte posterior de mi coche. Desde un bungalow hecho de tablones blanquecinos, por la estrecha y alta abertura de la puerta, una hermosa muchachita negra le sonrío y él la saluda con la mano. «*Her sister and family*», me dice Kassim. La carretera sigue descendiendo por lentas veredas; más allá de los valles y de los arrozales anegados, las colinas, repletas de árboles verde oscuro. Nos hallamos sobre un bosque de cocoteros, cuyos troncos, diversamente inclinados, forman tinieblas geométricas y desoladas. Las palmas rojizas cubren el suelo, de donde se levanta entre el enredo de los árboles desnudos una choza con techo de hojas trenzadas. Y la bajada se hace más ruda, por un camino rocoso, hasta el borde escarpado del Mahawili Ganga. Había dejado el río en el jardín de Peradeniya; aquí lo encuentro de nuevo, enroscado en sus aguas rojas y espesas de ocre, y de lodo, y de sangre; a veces, después de las lluvias, su torrente sanguinolento llega hasta el despachito del peaje. Y allí nos espera un pontón hecho de una larga pasarela flotante. Un cingalés a nuestras espaldas manipula una rama fija que sirve de gobernalle; dos hombres sentados en los extremos de la pasarela mueven unos grandes remos. Sobre este puente, algunos miserables sentados visten algodones multicolores, con cestos llenos de cocos abiertos. El *jen-rikcha* embarca, y partimos lentamente. Más arriba del Mahawili Ganga, por una sorda cascada, pasa una barrera rocosa y su fango rojo gira formando un torbellino. Pero nos deja suavemente al otro lado del río. Mi coche ha quedado al otro lado de *Lewelle ferry*; ahora subo al *jen-rikcha*. El camino rocoso sube, muy abrupto. Montes verdes por todas partes, bosques y arrozales. Y ante nosotros caen proyectiles: están recogiendo cocos. Kassim grita a los trabajadores que se paren. En medio del camino ha caído un coco rojo y anaranjado, un *King cocoa-nut*, y es excelente beber su jugo por la mañana, muy temprano, para no tener demasiado calor bajo el sol. Más arriba, de repente sube del valle un sonar de flauta dulce y penetrante; parece un oboe que a la vez fuese pífano y *bag-pipe*. Un son tan suave, fresco y puro, en la calma de esta colina, hace brotar lágrimas en los ojos. Es un niño que, desde la *nalawa*, toca la flauta de bambú cingalesa. El camino se hace cada vez más escarpado hasta la cúpula de roca que lo corona; nos hallamos en *Thagal thoruwa Vihara* o *Thagal thoru*. Una pequeña construcción flanqueada por dos pabellones y coronada por un torreón del cual pende una campana; todo

enjalbegado de cal. Bajo los pilares de madera de la puerta, el pavimento de granito, con una gran flor de loto esculpida entre otras dos pequeñas; luego un recibidor desnudo y blanqueado de cal; tres peldaños conducen a un pequeño pórtico oscuro de donde sale una melopea; entro en una gran cueva baja donde brilla una humilde candela. Jamás experimenté una impresión tan profunda. En la oscuridad de esta cueva, media docena de hombres y mujeres se hallan prosternados; al fondo a la izquierda, de pie, desnudo, rapada la cabeza y cubierto tan sólo por un largo velo amarillo, el viejo sacerdote budista oficia; su melopea ritmada se levanta, aguda, algo nasal; y los creyentes, a intervalos, cantan los responsos. Y la pequeña candela alumbraba un gran Buda, de ocho metros de altura, que duerme tendido, con la cabeza apoyada en su brazo. Gave y Buda están tallados en granito, de una pieza; el buda, en destacado altorrelieve, ha sido pacientemente pulimentado y pintado; su rostro, su brazo, sus manos y sus pies tienen color de carne; su ropa es roja y muy abierta en los costados; tiene las plantas de los pies pintadas de lotos rojos; así como el techo de la cueva está lleno de imágenes de lotos blancos. Y allí duerme el gran Buda, esculpido en el granito, con su rostro impenetrable, que parece disimular una sonrisa, y el sueño del Nirvana. Ante él, una mesa de ofrendas, de granito, sostiene dos bandejas repletas de polvos de arroz y de la flor de Buda, una flor dura, amarillenta, de cinco pétalos, cuyo tallo sostiene cinco flores como los dedos de una mano. Tiene un perfume dulce y espeso, como la gardenia. Hablé con el viejo sacerdote. Guarda al «Buda que duerme» desde hace cincuenta años. Hace cincuenta años que, tres veces al día, canta el largo oficio y cambia las flores en esta cueva de *Thagal thoru*. Sólo acuden allí los habitantes del campo de los alrededores. En esta cueva antigua se talló hace cien años, hace doscientos años, la imagen de Buda que duerme y sueña el Nirvana. Por una estrecha cornisa me conduce a un pequeño patio tallado en el granito; hay un abrevadero cuadrado sin bordes, lleno de agua de lluvia; en un lado de la roca un hueco marca la entrada de la vieja celda del sacerdote. Allí están las cobras sagradas, las cobras salvajes de la jungla, que vienen a dormir, venenosas e inocentes, al mismo corazón de la roca del Buda durmiente. Y el oficio continúa. He permanecido una hora larga en esta cueva. Buda era tenebroso; la pequeña candela alumbraba humeante su rostro; la sombra de su enorme brazo se alborotaba al ritmo de la llama. Las voces cantaban en la oscuridad; la letanía del sacerdote sonaba como un refrán trinado, ritmado de golpes de tambor y de redobles de timbales; Buda, inmenso y prodigioso, dormía y soñaba, apoyado en su brazo, y sonreía interiormente. Y los pobres cingaleses, postrados lejos de los europeos, lejos de los insultos y de los golpes, aguardaban el reposo en el cual sueña Buda y tendían hacia él sus manos. La llama vacilante, tan pequeña, tan azulada, tan humeante, lanzaba sobre el gran rostro mudo la sonrisa oscura del fuego ardiente; y la voz aguda, insistente, del redoble de timbales, cantaba confiada la alegría de la aniquilación. Si hay un Nirvana, el gran Buda de *Thagal thoruwa Vihara* lo ha encontrado en su sueño de piedra, y las cobras venenosas que salen del tamojal para dormir con él le han encontrado en la misma tumba de ensueño. Lentamente he salido; todo era soledad en lo alto de la colina. Un niño cingalés me aguardaba con su *nalawa* en la mano; era el pequeño flautista que Kassim había mandado llamar. Esta flauta de bambú tiene goma vegetal en su embocadura, donde se ha practicado una pequeña abertura; tiene cinco agujeros. Ante el templo, el niño ha tocado su *nalawa*—, y mucho después de haber descendido por la ruta escarpada hacia mi *rikcha*, oía cómo el son límpido subía hasta lo alto de la roca sagrada como humo de incienso musical.

Resthouse of Nalande.

Lunes, 11 de noviembre,

las seis y media de la tarde.

Heme aquí lejos de ti como nunca lo estuve, en un albergue perdido en medio de la jungla, en la ruta de las ciudades ruinosas de Ceilán, de Anuradhapura, de Sigur y de Minneria. Salí de Kandy esta mañana a las cinco con Ting y mi guía Kassim. M. de R. me había dado una carta para el jefe de estación de Natale, punto donde se detiene el ferrocarril. Este *station-master* es un *burgher* de Jaffner, holandés pura sangre, descendiente de los primeros ocupantes, y se llama Ellis Roch. Se ha mostrado admirablemente bueno y atento. Después de obligarme a tomar el té en su bungalow, me ha proporcionado la carreta de bueyes que necesitaba y me ha prestado su fusil de caza y sus cartuchos. Salida a las diez, con provisión de *sodawater*, dado que el agua de la jungla es peligrosa. Séquito: yo, Ting, Kassim, otro joven musulmán, Madji Markar, y dos budistas cingaleses que conducen los bueyes. Estas carretas de bueyes son grandes carretones cubiertos de círculos de madera con tapizado de hojas de cocotero. Detrás del conductor van mis bártulos, maletas, soda, coberturas, etc., dos fusiles (revólver en mi bolsillo), un colchón y dos cojines sin funda. ¡Pero qué viaje! Ting, que ha viajado en carretilla, preferiría recomenzar. El balanceo de una tempestad no resulta tan violento como el traqueteo de esta máquina. Y a las once la lluvia nos coge, torrencial, ineluctable, hasta que llegamos, a las cinco. Debíamos continuar en la noche hasta nuestro segundo descanso: Bambulla; pero nos vemos obligados a pernoctar aquí. ¡Dormir! Una habitación embalsada con seis puertas, todas abiertas –un colchón bajo un mosquitero–, he aquí el descanso de un viaje por Ceilán. Todo ello me encanta y estoy bien. ¿Qué voy a decirte del camino? El cielo estaba blanco de lluvia. Árboles extraños, el árbol de flor de surya, el árbol del pan, palmeras reales, arikas, acacias, árbol de flor de índigo blanco, *pantchenala*, palmera de diez tipos y cocoteros; luego el tamojal verde, macizo, impenetrable, hecho de follaje indescifrable de árboles jóvenes, de plantas, de zarzas y de lianas; todo ello cortado a veces por una gran plantación de té de miles de acres. Aquí hay un *árbol-Bho*, muy viejo; es el árbol sagrado bajo el cual predicó Buda, y por donde se ve preparar a los monos.

Al principio hemos atravesado el largo camino de Matala, que tiene más de una milla, una fila de colgadizos de los cuales penden frutos, bananas amarillas o plantainas, bananas verde-azul para el curry, papayas, cohombros, cocos y, entre ellos, el coco naranja, *the King cocoa-nut*. Luego las casas escasean; algunos *bungalows* cubiertos de rastrojo. Luego el bosque. Lluve, y por el entrelazado de las palmeras secas, las flechas de agua se clavan en la piel. La bóveda de paja de nuestra carreta suena bajo el chaparrón. El cingalés que conduce los bueyes canta una canción salvaje, ritmada por gritos: *Dah, dah, dah!*, que dirige a los bueyes para hacerles avanzar. Kadji Markar intenta obstruir los intersticios de nuestra techumbre. Alto. Kassim ha visto palomos; y yo caigo por una pendiente de lodo rojo al galope para atraparlos. Dos huyen volando en el momento en que les apunto; deliberadamente, disparo hacia las hojas altas donde se han ocultado. Las hojas caen. Me levanto, mientras Ting exclama: «*A rat! A rat in a tree!*». Voy a disparar, cuando lo que veo es una ardillita y me horroriza matarla. Decididamente, nada: la lluvia expulsa a los pájaros del

paraíso que Kassim me había prometido. De repente, golpes de tam-tam. Ayer era la fiesta tamul anual, el *Tamil Christmas*, como dicen ellos, y ante algunas cabañas al borde de una gran plantación de té cuatro jóvenes tamules bailan, golpeando cada uno su tam-tam con una varilla y una paja. Bailan ante un comerciante de plantainas. Mientras Kassim va a comprarme bananas –porque muero de hambre y me gustan; sí, me gustan las bananas de Ceilán–, los tamules se ponen de acuerdo brevemente. De repente, en medio de las risas de la concurrencia, se me acercan y danzan ante mí. Un viejo toca unas castañuelas metálicas; cada uno golpea alternativamente con los pies al ritmo del tam-tam que suena, y en los tobillos llevan ajorcas de cascabeles que suenan. El cuerpo desnudo, y los muslos, con el taparrabos mojado y ceñido, y son muy hermosos. En el centro, hay un sexto con turbante que baila agitando una tela roja. Hago que Kassim les dé cinco centavos, y mi *mitcham salaam* (gracias) es saludado por repetidos *mitcham salaam* y gritos de alegría. Si hubiese encargado esta danza tamul, me habría sido difícil conseguirla por cincuenta rupias.

Son las siete: el curry está a punto de llegar; mosquitos enormes se pasean sobre este papel, sobre mis manos, sobre mi lámpara de petróleo; esta noche te dejo ya, volveré a estar contigo mañana en Dambulla.

Miércoles, 19 de noviembre. Nalanda.

(Retorno de Dambulla. Siete de la tarde.)

Ayer no pude escribirte, pero te mandé, desde Dambulla, una tarjeta postal. Noche de lunes a martes: lluvia ininterrumpida. Mi *rest-house keeper* se llama Johannis Perera, y asimismo es «don»; su hijo, Abraham Perera, quiere aprenderlo todo: el francés, la música, la acuarela. Se habla del viejo Johannis en el libro de Henry Cave *The ruined cities of Ceylon*, que llevo conmigo; pero el pobre hombre cayó en desgracia y le trasladaron de Dambulla aquí, siendo reemplazado por su viejo criado. Me cuenta sus penas. Partida a las siete de la mañana bajo una lluvia torrencial, después té y dos huevos minúsculos. La lluvia no cesa. Ahora estamos en plena jungla. Kassim, sentado en la parte posterior de la carreta, no cesa en su protección, a golpes de cojín y de pañuelo, contra unos enormes mosquitos y tábanos muy peligrosos que penetran en bandada. Hadji Markar, con mi fusil, acaba por cazar una especie de perdiz de garganta rosa. Pero los faisanes no salen cuando llueve. El cingalés Barón canta un aire muy triste en voz baja, con los *dah, tsah, dokh*, dirigido a nuestros dos toritos negros y amarillos que hacen una lastimosa faena. No hay nada tan extraño como los cingaleses y los tamules bajo su paraguas. En principio, cualquier cingalés que se precie viste una larga chaqueta de una ropa abierta hecha de una sola pieza ligada a la cintura; en la parte posterior de la cabeza lleva una diadema de concha; va descalzo y lleva un paraguas abierto. Puedes creer que los más ricos se limitan a servirse de paños occidentales para hacerse su falda. Por lo que hace a la chaqueta, si no es blanca, siempre es de un paño de fantasía. Pero aquí, en la jungla, un taparrabos o una falda de algodón coloreado; nada de diadema de concha (signo de casta elevada), y un paraguas. Sólo en los países muy pobres que atravesamos se sirven de una hoja de *talipot*, especie de palmera cuyas hojas, hervidas y preparadas, sirven para escribir los libros sagrados de los

budistas. Una hoja de *talipot* seca representa exactamente un paraguas cerrado (pero no enrollado), rajado longitudinalmente. Esta mitad, que se extiende a modo de abanico entre las dos manos, se coloca directamente sobre la cabeza. Esta mañana, cuando ya no llovía, hemos visto cómo los niños iban a la escuela budista, completamente desnudos, con un pequeño taparrabos, un zurrón de paja en bandolera, y su hoja de *talipot* enrollada en la mano.

Pasamos por un pobre poblado tamul con chozas hechas de estacas flexibles y hojas de cocotero. Es Kenathora, el poblado de las ardillas; y, en efecto, en cuanto doy unos pasos por la jungla para desentumecerme las piernas, una hermosa ardilla salta desde el extremo de una rama. Quiero beber: pero dado que llueve a cántaros, es una empresa difícil subir a un cocotero para hacerme con un coco (su agua es la única bebida que se puede conseguir). Kassim declara que habrá que pagar veinticinco céntimos para tener tres. Se cogen, se abren y cada uno contiene cerca de medio litro de agua dulce y fresca. Junto con esto me dan bananas. Puedes ver cuál es el régimen del viaje. En los *rest-houses* las cenas se componen de los siguientes platos: pollo al curry, pollo tostado, pollo asado. Curry (es decir, arroz, bananas verdes, coco rallado y huevos con salsa de curry, todo mezclado). Mantequilla en conserva (es francesa, ¡Dios mío!, pura margarina rancia). Confituras en conserva –bananas, las que quieras–. Este menú es invariable. Viene seguido de un cigarro tamul. Este cigarro tiene la longitud de dos tercios del meñique; es una hoja negra enrollada y atada con un hilo amarillo. En cuanto lo enciendes, el humo cálido te quema la boca; es una pipa corta y emborracha como el aguardiente.

He aquí el árbol del azabache; el árbol del pan; el índigo o jazmín español; el pantchapane, flor de Buda; la palmera de vino; acacias en cantidad; y todo chorrea bajo la lluvia. Es la estación de las lluvias. Aquí el monzón del sudoeste es portador de buen tiempo, sequedad y calor; pero yo llegué con el monzón del noroeste y Ceilán está inundada. Finalmente Dambulla, a las tres de la tarde. La lluvia es terrorífica. La ruta de jungla por Sigiri será impracticable. No podemos ni soñar con ella. Tal vez podamos ir al gran lago de Kalawewa, que servía de depósito de agua a la ciudad de Anuradhapura. Kassim quiere que mate algunos cocodrilos allí. Pero, antes que nada, quiero ver el *Rock-Temple*, el Gal-Vihara de Dambulla. Son las cinco; la lluvia persiste, impenitente. Kassim hace objeciones; creo que refunfuña y yo me encalabrino. Él inclina la cerviz: partimos. No sabía ni lo que me hacía y le debo una candela a Buda. Dos kilómetros de ruta bajo la lluvia hacia una cúpula enorme de roca, con una altura de quinientos metros, que domina Dambulla; un sendero a través de la jungla y llegamos al pie de la roca. Hay que subir *dos kilómetros* de superficie de gneis negro, lustroso y resbaladizo bajo la lluvia, cruzar torrentes por sus hendiduras, saltar de bloque en bloque para hallar, finalmente, después de reptar sobre planos inclinados, una escalera de bloques macizos colocados allí y desiguales. Finalmente encontramos un soportal: estoy agotado, empapado de sudor y de lluvia. Y esto no es todo. Hay cinco templos excavados en la roca bajo la cresta extrema de esta masa de gneis. Cada uno, con su patio rodeado por una muralla, y estos patios se han convertido en estanques. Para llegar a la entrada principal, que está al fondo, es preciso pasar sobre la cresta de todas estas murallas. Es un juego de paciencia sobre el arca de Noé. Finalmente, la escalerita: el sacerdote de amarillo nos espera y entramos en una inmensa cueva oscura, al fondo de la cual han tallado un Buda acostado, de más de doce metros. Un olor a cirio cálido y a incienso, una horrible tibieza se apoderan de mí y me deprimen después de la fatiga. Como en un sueño, entro en esta cueva monstruosa donde Visnú está sentado cerca de Buda, donde veo la estatua rica y coloreada del rey Walagam Bahu, que construyó este gran templo, y los cincuenta y tres Budas sentados, de una grandeza terrible, al pie de los cuales hay una mesa de ofrendas. Todo ello se

ilumina poco a poco con sombras amenazantes bajo la luz de la candela que sostiene el sacerdote. La aplica contra la muralla: y he aquí unos frescos que representan el primer desembarco de los cingaleses, en el año 543 antes de Jesucristo, al mando del príncipe Wijayo; el combate entre el rey Dutthagani y el conquistador tamul Elara; la consagración del árbol-bho en la fundación de Anuradhapura por Anuradha. Es tosco, al modo de los frescos mejicanos o egipcios primitivos. Algo singular, los cingaleses parecen haber sido de raza blanca en aquel tiempo: dado que la pintura distingue unos rostros amarillos claro y unos hombres azul negro. Mi malestar aumenta; necesito saltar el recinto de los Budas sentados, con el permiso del sacerdote, para llegar a la puerta. Allí, empapado de sudor, respiro un poco de aire fresco. El sacerdote nos hace partir deprisa: ha llegado la noche. Desde lo alto de esta bóveda negra vemos las altas montañas, la amenazante fortaleza de Sigiri y los pilones de Anuradhapura. ¡En marcha! Baja el día, y nos deslizamos sobre la roca. De repente, la noche. Ting, Kassim y yo nos sostenemos mutuamente. Cada dos pasos, uno u otro resbala y cae. Nos ayudamos. Kassim se hace daño en un pie y abandona el camino. Entonces empiezan las lamentaciones musulmanas: «Pueden cortar mi lengua si no le había anunciado al señor que nos sucedería. ¡Es la novena vez que vengo y la primera que me sucede esto! Claro, el señor lleva zapatos, pero yo no. Y qué mala herida he ido a hacerme. Tal vez venga una cobra a mordirme. Y en este caso, pie perdido, hombre perdido. Y tengo una hermana con seis hijos. ¡Ay, ay de mí!». Nos conduce; va a buscar una luz. El sacerdote ha desaparecido. La noche es densa. Estamos muy lejos de la escalera, en una pendiente pulida de gneis; y cuando la encontramos de nuevo, no sabemos colocar los pies sobre los bloques irregulares. Vagamos durante una hora, siempre a punto de caer. Algo inexplicable. Finalmente la escalera: ¡qué descenso! Ya continuación, nuevas pendientes de gneis. Creíamos haber llegado abajo cuando rodamos sobre bloques y más bloques. ¡*Hamdullah!* Gracias a Dios, una masa oscura anuncia la jungla. Con ayuda de algunas cerillas entramos en ella. Ahora, lodo, ciénagas, todo nos da igual. Me olvido de decir que tengo las dos piernas maceradas. Kassim ha querido llevarme a través de los cinco patios inundados y ha avanzado sumergido bajo el peso del fardo. He aquí la ruta: regresamos al *rest-house* rodeados de un terrorífico croar de ranas que imitan exactamente el ruido de los tam-tams tamules. Debe haber más de doscientas. El dueño del *rest-house* había salido a buscarnos con la carreta, y le encontramos en el camino. Nos da seguridad que venga armado con una linterna. Decididamente, hemos corrido un serio peligro. Ting me desviste.

A bordo del Polynésien.

Océano Índico -3° por debajo del Ecuador.

21 de noviembre de 1901.

... Finalmente puedo hablar un poco contigo. El Polynésien llegó a Colombo el lunes 18 a las dos y media de la tarde; zarpaba el martes 19 a las nueve de la mañana, y he dormido en el Gran

Hotel Oriental. Hacia la medianoche, por la gran puertaventana que da sobre la veranda, se precipita un torrente de lluvia. La habitación entera está cubierta de una pulgada de agua; maleta y baúl casi flotan y el pobre mono de Ting está semiahogado. Luego se levanta el huracán: pero vuelvo a dormirme a pesar de la arremetida del viento que arranca mi mosquitero. El alba es horriblemente negra. Incluso los cuervos graznan lastimosamente mientras las ráfagas desgarran las largas hojas del gran platanero que crece bajo nuestra veranda. ¿Cómo llegaremos a bordo con este diluvio y semejante tempestad? A las seis nos habíamos levantado y he ordenado que bajaran los bártulos rápidamente: hay unos segundos de calma momentánea. El viejecito cingalés Andrew, *boat peon* del hotel, nos ha proporcionado una barca que, gracias a Dios, no es una piragua basculante, y el viento se ha callado –pero incuba un estallido–. «*It is the breaking of the monsoon*», me dice Andrew, y no se puede prever qué tiempo hará un cuarto de hora más tarde. Apresurémonos. Bailamos a placer a bordo de nuestra pequeña embarcación, a través de la rada; contra el muelle, bajo el monzón del nordeste, los haces de espuma se funden en el aire. El Polynésien está completamente mojado junto a la entrada, lejos de los otros buques. Los cuervos circulan sobre nuestras cabezas, graznando; el cielo es de una negrura lívida, de un negro que palidece. Las gabarras de carbón están aún sobre cubierta: cae una lluvia tan violenta que se hizo necesario interrumpir el trabajo por la noche. Ya estamos a bordo, y estoy en manos del comisario, personaje seco y ampuloso, que no quiere recibir a Ting a pesar del compromiso que me hizo firmar en Colombo el agente general, M. Labussière. Será necesario pagar cien libras en Sidney para desembarcar. Y no las tengo –¿cómo voy a hacerlo?–. Localizaré a Cook –pero mucho me temo que tendré que mandarte un telegrama–. Es sólo un depósito y bastará con que M... advierta al Crédit Lyonnais. Que sea a la paz de Dios. Cuando leas esto, tal vez hayas recibido ya la aciaga comunicación, y comprenderás la situación en que voy a encontrarme.

Viernes, 22 de noviembre.

Finalmente las cosas se arreglan y me conceden un buen camarote de tres sólo para mí hasta Sidney. En primera solamente viajan veintiséis pasajeros. ¡Pero qué mañana! Un cielo pesadamente gris, el agua verde y sucia del océano índico agitada, la melena de las palmeras inclinadas temblando y llorando bajo el viento y la lluvia, las piraguas mecidas en su balanceo sobre una mala marejada, las casas rojas de Colombo a través de una calina de agua, los cuervos inquietos, los hacecillos de espuma fundiéndose a lo largo del muelle y, más que nada, oh sí, pasajeros tristes y sucios errantes sobre una cubierta manchada de carbón, entre los últimos joyeros que nos ofrecían con balar cabruno ágatas y piedras de luna. Esta partida triste me llenó de muerte el alma. Hemos pasado el día chapoteando en una marea de un verde mórbido y las nubes se amasaban más negras. Tenía el corazón enfermo y no pude escribirte. Por fin he conocido a un hombre encantador e instruido, M. Bourge, oficial de transportes, que tomará el mando del paquebote realizando el servicio entre Sidney y Numea; un joven y rico australiano, Baldock, de Melbourne, que vende en Bombay caballos de Australia; su mujer, atractiva y coqueta; el conde de Oultremont, joven belga rico que ha realizado ya el viaje que yo emprendo y que retorna a Nueva Zelanda; M. Heaton,

miembro del Parlamento inglés por Canterbury y su colega por Irlanda, O'Brien. Añade una actriz célebre australiana, Nelly S..., con su amante-director M... No he hablado con estos tres últimos.

El 20 a las siete de la tarde hemos pasado el Ecuador. Algo extraño: el mar no es igual. Una hora antes de llegar al Ecuador, una gran banda negra cubría el horizonte; nubes amontonadas desfilan en el cielo. De repente el oleaje aumenta y un horrible alud de lluvia fina azota el barco. Es un contratiempo. Salimos del monzón del nordeste para enfrentarnos a los vientos alisios del sudeste. Ahora el cielo y el agua ya no son los mismos, ni tampoco el aire. A tres grados de latitud sur, el viento arroja frescor, y cuanto más avanzamos, más trabaja el navío, firme contra el viento. El mar es como el Mediterráneo, zafiro fluido –pero las olas se levantan regulares como las ondulaciones a modo de valle de Blois o de Touraine–; cuando el viento refresca, el mar de zafiro espumoso se corona de perlas agitando nuestro monstruoso cascarón con un esfuerzo irresistible.

Sábado, 23 de noviembre.

Ayer sólo avanzamos doscientas veintinueve millas. El buque se fatiga contra los alisios del sudeste, y numerosas «ballenas» se precipitarían por los respiraderos de babor, si no estuviesen cuidadosamente atornillados. Felizmente me encuentro a estribor y puedo disfrutar del aire toda la noche. Pero el buque cabecea y se mueve mucho, y, hagas lo que hagas, te invade la lasitud y el sopor. He necesitado un gran valor para trazar estas pocas líneas. El mar rompe en grandes masas de zafiro; el cielo, siempre azul-blanco en su estallido matinal que dura hasta la noche; las nubes bajas, en forma de espesos copos blancos, desfilan a gran velocidad, menos rápidas más arriba, insensiblemente muy arriba; parecen un cortejo blanco, malva y violeta en el horizonte. El sol se pone bajo una estrecha franja de rojo y oro; la luna es líquida y velada; el aire suave es más fresco, en este hemisferio austral, a medida que nos alejamos del Ecuador, y mañana quizá habremos cruzado los trópicos. Aquí entramos en los verdaderos mares del Sur. No sucede nada a bordo. Lanka (es el mono de Ting), está encerrado en una jaula de pollos. Responde a su nombre –que es el antiguo nombre de Ceilán– y devora bananas, naranjas y bizcochos. Da la mano muy amablemente a través del enrejado y la aprieta con sus deditos negros. Kassim había fabricado para él una caja verde con barrotes de madera, para el viaje en ferrocarril. Pero nos dio mucha pena que Ting le cortara la cola al pobre Lanka hasta el final de la espalda. «*Then he shall be just like a man*», decía Ting.

Mientras te escribo, el viento del sudeste imprime al Polynésien un movimiento de cabeceo y balanceo combinados: es un movimiento temido incluso por los mismos marinos y que se denomina «el golpe de cacerola». M. Bourge, admirable hombre de mar, me dijo que podía considerarme muy afortunado por haber visto el horrible y sublime espectáculo de la puesta de sol en el puerto de Djibouti. Él ha pasado dieciocho veces por Djibouti, y sólo lo vio una vez; me dijo que de todo lo que ha visto en el mar, es lo más bello. Sin embargo, parece ser que la bahía de Sidney, si entramos en ella por la mañana, sólo va a la zaga de la de Río de Janeiro.

En el momento de dejar Colombo, me han traído a bordo el número del *Ceylon Observer*, que acababa de salir, con la tarjeta del joven F... Este número contenía una entrevista conmigo, tomada de manera indiscreta en el transcurso de una conversación y sin yo saberlo. De cualquier modo, todo es exacto salvo que, por mis pecados, subí realmente al Rock Temple de Dambulla, y sobre todo que volví a bajar.

Ayer, al acostarme a medianoche, salí del primer momento de sueño con la impresión de que la hélice estaba callada y que el Polynésien se había detenido. A continuación hubo un tumulto de gritos, de aullidos; una voz de mujer pedía socorro, una carrera desenfundada a través de la confusión y por los corredores. Admiro mi sangre fría: estaba convencido de que se había producido un gran accidente; pero para apretar el botón de encendido hay que levantarse. No lo hice. Informes suministrados esta mañana aseguran que un joven canaco del Polynésien había entrado trepando en el camarote de dos muchachas, que viajaban en segunda, para «hacerles cosquillas». Le han perseguido por todo el barco y finalmente le han encontrado acurrucado entre los sumideros de la cocina. Le han cargado de cadenas con todas las formas prescritas; pero creo que harán la vista gorda acerca de su desatino.

Este viento alisio del sudeste es malo de soportar. Enerva sin dar frescor y agita el mar de manera continua. El sol se puso ayer en un cielo gris sin asomo de luz alguna; toda la noche y toda la mañana el viento ha refrescado, y los «golpes de cacerola» se suceden sin interrupción. No hay nada que hacer. Es el tiempo de la estación. A esta hora el viento cede un poco; el mar rompe sus largas crestas de zafiro en hacecillos de perlas; el cielo de Oriente es puro, claro, azul pálido como el cielo de Francia, por la mañana; todo el horizonte blanco diáfano está rodeado de nubecillas de un fuego ligero y suave, mientras que hacia el ocaso el sol brilla blanco y fuerte. Nos hallamos a 16° por debajo del Ecuador y muy pronto alcanzaremos la latitud de El Cabo, es decir, los climas templados, para volver inmediatamente hacia el verano tórrido de Sidney.

Acabo de releer tus cartas... y veo que he tenido la ligereza de no contestarte con respecto al tema *Romeo y Julieta*. Ciertamente, voy a traducirlo con Morand...

Me dicen que nuestras cartas de Fremantle llegarán por Año Nuevo...

25 de noviembre, lunes por la mañana.

Hemos dejado los trópicos y el alisio del sudeste para entrar en el océano Austral. Es imposible mantenerse de pie por el balanceo del buque, y te escribo en ángulo de 45°, tan pronto por encima, tan pronto por debajo del nivel de la tierra. Estamos a 25°, pero hace frío y he tenido que cambiar mi vestimenta blanca por otra de franela. El cielo es de un gris aborregado; la marejada, enorme. Es la región de los vientos variables y el mar sin duda aumentará su oleaje al sur de Australia –*the long swell of the Australian shore*–. Aprovecho ahora para escribirte, porque ignoro si más tarde, durante la jornada, el mar me permitirá hacerlo. M. Heaton, M. P. y el autor del *Penny post law*, olvida en este momento sus constituyentes de Canterbury: se revuelca frente a mí en el

fumadero, sobre un canapé, en posición poco respetable y que sólo el movimiento del barco puede justificar. Naturalmente ni se le ocurre imponerme una partida de póquer a un chelín la apertura, aunque hasta el momento me he mantenido sin ganancias ni pérdidas excesivas; ahora, como prueba de buena voluntad, mando su póquer al diablo –prefiero mirar al mar–. Es un mar muy feo –y es el mar austral–. ¡Qué desilusión! Es de un azul sucio y negro, y su gran marejada pone por todas partes manchas blancuzcas que parecen mates bajo la tristeza del cielo.

26 de noviembre, martes.

Me equivoqué y hasta la noche no atravesaremos el trópico. Ayer pasamos por la eclíptica, donde el sol de mediodía se encuentra exactamente a 90° por encima del horizonte. Pero la temperatura ha cambiado mucho y esta noche he necesitado abrigo. El mar se agita fuertemente, aunque el tiempo sea bueno; el cabeceo es regular y violento, el agua, siempre de zafiro y de espuma. En realidad el agua ya no es la del océano índico, sino que esta enorme marejada viene del océano Austral, que baña el cabo de Hornos, el cabo de Buena Esperanza, la punta meridional de Tasmania, y se extiende hasta el Polo Sur. Pasado mañana por la mañana, jueves, llegaremos a Fremantle.

27 de noviembre, miércoles.

El balanceo es cada vez más fuerte, pero hace muy buen tiempo. Esta mañana, el cielo es de un azul ligero, el sol, radiante, el viento, muy fresco, la enorme marejada, azul opaca y blanca; nubecitas negras y arboladas corren a lo largo del horizonte. Ayer, antes de cenar, hubo un momento de emoción. Después de unos movimientos cada vez más débiles, la hélice se paró y el Polynésien se detuvo. El silencio parecía siniestro y la marejada movía el barco de parte a parte. Felizmente sólo fue cuestión de cambiar un clavete. Pero este espacio enorme que va de Colombo a Fremantle es un desierto. No hemos encontrado un solo barco. Y si la hélice se rompiera, no tenemos más que un aparejo de velas que no bastarían para contrapesar las corrientes. Pues se ha constatado, por medio de botellas arrojadas al mar, que estas corrientes arrastrarían a un navío desamparado hacia Madagascar o el canal de Mozambique. Duraría seis meses. La experiencia no me parece tentadora.

Llegaremos mañana, y esta carta pronto estará en el sobre... El verdadero problema de mi viaje empezará en Sidney y, en gran medida, estará determinado por las dificultades que me ocasionará Ting. Ignoro si Alemania ha tomado las mismas medidas prohibitivas contra los chinos; en tal caso me prohibirán permanecer en Samoa. Todo está aún en manos de los dioses.

... Quería acabar esta carta más tarde, pero al alba llegaremos a Fremantle y el oleaje aumenta, aumenta; tengo miedo a no poder añadir demasiadas cosas...

A bordo del Polynésien.

Viernes, 29 de noviembre de 1901.

... Una jornada perdida en nuestro diario: ayer no pude escribir. Después de una noche de horribles balanceos, entre el miércoles y el jueves (mi ojo de buey era azotado por un irresistible martillo de agua y el capitán estaba empapado por los golpes de mar sobre cubierta), a las siete de la mañana de ayer avistamos Fremantle. Después de nueve días de ciclo y agua, el aspecto de la tierra debería reconfortar. Pero te aseguro que la impresión de la isla árida y baja de Rottnest, a estribor, no es consoladora. Una franja de dunas blancas cubierta por una espalda de asno que parece liquen negro roído, bloques cuadrados que son casas de deportación; y este islote desolado, golpeado por una mala mar verde; el viento frío silbando a través de un cielo claro; ésta es mi primera impresión de Australia. Gracias a los comentarios que entraña la presencia a bordo de un cargamento de pólvora para Nueva Caledonia, no nos permiten entrar en el puerto hasta el mediodía. Un gran muelle inacabado; malecones con raíles, grandes astilleros por donde circulan vagones cargados, un *wharf* donde unos mástiles suceden a otros mástiles, como en Rotterdam, un rompeolas aún en construcción, grandes almacenes, *stores*, fábricas, y por allí encima un sol cegador: esto es el puerto nuevo de Fremantle, que está junto a la capital de West Australia, Perth, como Saint Nazaire con respecto a Nantes. Un inextricable nudo de raíles corre a lo largo del mar, sin barrera alguna, con anuncios que llevan escrito: *Look out for the train!* Las grúas están cargadas de balas de lana recientemente trasquilada, de un amarillo graso, y de masas de estaño blanco. Bajo la polvareda se perciben algunos bosquecillos de jóvenes bambúes y dos o tres eucaliptos de hojas retorcidas y ya agostadas. Y sólo estamos a finales del mes de mayo australiano: y el 27 de noviembre estaban a 90° Fahrenheit. Acompañado del conde de Oultremont, tomo el tren con destino a Perth. Los vagones tienen persianas recubiertas por un tejido de alambre muy delgado. El campo es estéril, la hierba, chamuscada y quemada; por todas partes arena blanca y algo más lejos unos árboles tristes. Los *stores* flanquean los caminos; las casas, construidas de madera, en poco tiempo, no son más que cobertizos pintados y barracas de señales. El horrible bungalow de columnitas está en todas partes, siempre igual a otro bungalow, con el mismo jardincito y las mismas flores. El sol se hace terrible. Llegamos a Perth, con sus calles rectas, cubiertas contra el cielo por una red de hilos de telégrafo, de teléfono y de tranvías, de troles, con *stores* a lo largo, casas bajas y pintadas, *oyster-rooms*, *refreshment-rooms*, *barber's saloons*, etc. Tomamos un *hansom-cab* para pasearnos. Aquí hay un parque. ¡Dios! El parque de Perth está formado por algunos árboles jóvenes rodeados de flores vistosas y multicolores, dispuestas en macizos según la costumbre inglesa, a lo largo de un camino de arcilla roja. Al cruzarlo contemplamos un admirable espectáculo: *Swan's river*. Imagínate un río ancho como un estuario, con bahías y playas de arena o de guijarros, azul aquí, verde allí, con un fondo de arena amarilla y blancuzca, cabrilleante bajo el viento, abriéndose hasta la mitad del horizonte, y a lo largo de sus bordes, árboles verdinegros, rotas sus masas, a veces, por los tejados

de las casas; todo Perth, ahora, de lejos, bellamente coloreado y visto desde arriba; rodeado de anchas colinas bajas, con una franja de bruma azul, bajo un cielo deliciosamente puro, como de azul recién lavado que no mezcla su azul con la lámina verde de *Swan's river*. Esta especie de estuario baja de las montañas y tiene poca profundidad. Pero cubre una comarca con su agua azul y verde manchada con pequeñas espumas. La ruta rojiza que se inclina a veces entre unos árboles que son tal vez robles, especies de cedros, eucaliptos; otros, los hibiscus, me dicen, tienen unas grandes estrellas amarillas dirigidas hacia el cielo; otros matorrales redondos, también amarillentos, erectos como cirios; pero la hierba es triste y seca, y por todas partes muñones de árboles como quemados, los viejos troncos de los que permanecen, abiertos y calcinados, son testimonio de la fuerza del sol austral. Al regresar después, la ruta se inclina hacia el río, bordeándolo. Una pequeña estacada de troncos rústicos cerca de la cual nadan cisnes negros de pico rojo, el cuello en forma de S, perfectamente dignos; pasamos junto a una plantación de bananeros con sus hojas desgarradas, como recortadas por el viento; pero me parecen pobres y desmirriados, después de ver los de Ceilán. Al regresar a la ciudad vamos a beber con nuestro cochero en el mejor *pub*. Será el mejor, pero no es brillante. Las botellas rezuman en los anaqueles y las hojas de papel atrapamoscas colgadas a lo largo de los cáñamos están negras de moscas muertas. «*Flies, fleas and sands*», tal es la definición proverbial de Perth, según el barman. Después vamos a comer ostras australianas a un *oyster saloon*. Papeles para moscas de nuevo, techo bajo y servilletas de papel. Las ostras tienen la forma de las ostras portuguesas, pero no son mayores que las de Marennes. Están muy ricas. Las mandan de Brisbane y permanecen en viveros de Fremantle, de donde se expiden a Perth. Por lo que hace al «chablis» australiano, es un vino espirituoso y seco, que se parece mucho a los buenos vinos del Rin. Por la noche cenamos a bordo en medio de una nube de carbón a través de la cual a menudo se filtran unos rayos rojo-anaranjados. Una luz inquietante planea sobre los árboles negros que dominan el puerto; y he aquí la luna amarillenta, como un fruto tropical irresistiblemente levantado a través de brumas de crespón negro. Venus brilla con un estallido de plata bruñida; y el mango fulgurante que siempre sube, palidece gradualmente y se aplana como una medalla blanca parecida al estaño lustrado.

Sábado, 30 de noviembre.

Hemos zarpado a las once de la noche, el jueves, con buen tiempo y marejada. Es un pasaje muy temido: vamos a doblar el cabo Leeuwin y el océano Austral no es clemente. Nos zarandeamos toda la noche. El viernes avistamos el cabo Leeuwin. Jamás una costa me pareció más estéril. Hasta King George's Sound, es decir, durante toda la jornada, el Polynésien ha bordeado la costa australiana. Al principio, dunas blancas, lívidas, semejantes en parte a las de Escoublac en Bretaña, pero desnudas, áridas, excepto unos tallos rastreros de zarza negra; luego la costa se eleva poco a poco, rocosa y desnuda; unos islotes de roca, como torres o pilones, surgen del mar; a veces, en lo alto de un acantilado, un coronamiento de rocas grises parece un dolmen. El mar arremete eternamente contra estas rocas; y, junto a un pilón arrancado, los haces de espuma se mantienen en el aire, parece que nunca van a caer. La desolación de la costa australiana occidental, castigada por este mar frío, es horrible. Si alguien naufragase al pie de estas escarpaduras, estaría perdido sin

remisión: las rocas hacia el interior forman un desierto melancólico donde ni siquiera hay salvajes. Por la noche, una enorme luna amarilla arrojaba un manto dorado sobre las olas, y el faro de Albany, hacia medianoche, hendía las tinieblas.

Domingo, 1º de diciembre.

Aniversario de Ting: ¡pobre muchacho! No he podido regalarle nada y estoy desolado por ello. Finalmente he encontrado, en la peluquería de a bordo, unos pequeños salvavidas con el nombre del Polynésien, dispuestos en forma de relojera. El pobrecito, a quien aguardan en Australia tantos embrollos temibles, se mostró muy agradecido. Ayer tuvimos un día de una belleza pura desconocida por estos pagos. Ya de buena mañana el aire era cortante, seco y claro. El mar se extendía como un lago arrugado surcado por curvas de nivel. No encuentro palabras mejores para describirte ese espectáculo de una rareza geométrica. La marea levanta el océano Austral al compás de unas curvas rítmicas que el viento no gobierna; en el horizonte, se ven las ondulaciones del agua que se recortan sobre el cielo; toda la superficie líquida se levanta a intervalos regulares como en las miniaturas de la Edad Media; y estas vastas ondulaciones llegan, profundas y fuertes, procedentes de los bancos de hielo del polo austral. Y, tras el Polynésien, media docena de albatros cruzan el mar. El vuelo del albatros es un planeo más rápido que el relampagueo de un tren que pasa a toda máquina. Gira alrededor del barco, se retrasa y lo alcanza sin esfuerzo. Una masa blanca cuyo pico parece blanco durante el vuelo, con dos inmensas alas tornasoladas y variopintas como las de la mariposa *sphinx*; luego el pájaro, al posarse sobre la marea, parece un enorme pato blanco sobre una charca clara. Por la tarde, una pequeña avería en la máquina ha ocasionado una parada. Inmediatamente, el jefe de tripulación y los hombres se han abalanzado a la pesca de los albatros. Les arrojan una cuerda delgada con un trozo de lardo en el extremo. No es muy largo. En menos de diez minutos tres enormes bestias blancas cubrían la cubierta. Por ejemplo el segundo, mientras era conducido a la baranda, ha derribado a un hombre de un aleteo. Una vez a bordo, el albatros es impotente. Se sostiene unos pocos segundos sobre sus patas palmeadas; pero su cuerpo es demasiado pesado y sus alas, demasiado grandes: no puede caminar. Tienen el cuerpo de una blancura deslumbrante; las alas, negras y blancas, en mezcla abigarrada; a veces, la pechuga moteada de gris. El pico enorme, ahuecado y ganchudo, de un rosa claro hasta el final, de cornácea blanca y terriblemente cortante. El albatros gruñe y chasquea el pico, pero no parece muy salvaje; lo miraban todo a su alrededor, curiosos, con mirada vivaz e inteligente. Los ingleses de a bordo me han delegado para pedirle al capitán que los ponga en libertad (es una superstición), pero no he conseguido nada. Nuestros marineros son feroces: venden las pechugas blancas y las plumas en Sidney; con las patas hacen petacas para el tabaco, y cañones de pipa con los huesos de las alas. El capitán no ha tenido el valor de intervenir.

Por la noche las rugosidades del océano Austral se habían borrado. El sol se ha puesto en medio de una gran bruma de oro que limitaba, en toda la porción de círculo occidental del horizonte, el mantel líquido de un azul puro. Los reflejos amarillos rielaban sobre el oleaje profundamente azul. Luego este gran segmento se hizo anaranjado en unos pocos segundos,

después salmón difuminado cielo arriba, en un verde claro inundado en una bruma índigo, mientras hacia el oriente, en el azul nocturno, Venus solitaria titilaba como una gota de plata aplastada. Luego la parte baja del cielo se incendió con un ardor rojo sombrío y en pocos segundos todo se apagó; el agua se hizo lúgubre y glauca como los ojos de un ciego, mientras la multitud de estrellas australes se reunían en el cielo. Un desorden deslumbrante. La Cruz del Sur, que no pude ver hasta ahora por causa de las nubes nocturnas, se halla a 22° del polo, y se la encuentra a la izquierda de la línea que une A y B de la Lira. Es una cruz invertida que tiene esta forma: como puedes ver, hay una estrellita que rompe la figura. Pero sólo las tres estrellas de la derecha son lo bastante brillantes y es preciso buscar la Cruz del Sur para descubrirla. En el cenit, dos grandes manchas blancas indican dos nebulosas sólo visibles en el cielo austral, y que los marinos denominan Mauricio y Bourbon. Venus es espléndida, Saturno y Mercurio, deslumbrantes.

Las nuevas estrellas, la marea geométrica y lisa en sus curvas, la desolación de la costa, el vuelo silencioso y rápido de los albatros blancos de pico rosado con sus alas pintarrajeadas, el viento glacial del sur, todo ello revela el desierto del polo austral que manda su tenebroso soplo hasta nosotros. No es horrible como los tornasolados sangrantes y verdes del sol muriente sobre las montañas de hulla y de púrpura violeta en Djibouti; pero sube de allí una angustia lenta que viene del extremo del mundo y que encoge el corazón. Esta mañana las grandes olas concéntricas son amarillentas y el cielo, gris –durante una hora se ha hendido en el norte para mostrar un largo y estrecho vientre de pescado azul–. Y los albatros vuelan siempre en círculo alrededor de nosotros.

Lunes, 2 de diciembre.

El balanceo es cada vez más fuerte y me he pasado buena parte de la noche deslizándome en mi litera. En cubierta sólo se puede caminar inclinado, como una espiga bajo el viento. El mar es siempre gris-amarillo, el cielo, encapotado y el viento, frío. Tras el Polynésien los albatros continúan su vuelo. Hoy al mediodía debemos pasar junto a Kangaroo Island y creo que entraremos en la bahía de Melbourne durante la noche de mañana. Desde el 23 de noviembre, en que pasamos por la isla de los Cocos, los nombres acusan los descubrimientos recientes: Dampier, Fremantle, d'Entrecasteaux, Doubtful, Investigator Straits, hasta esta isla de los Canguros que ya tengo ganas de ver. A bordo la vida es muy monótona. El gordo H... ha llegado a incomodarnos a todos con sus pretensiones y su avidez por el juego: hemos intentado darle un fuerte palo en el póquer, junto con los australianos embarcados en Fremantle, pero no hemos tenido éxito. Soy el único que se ha liberado de pérdidas en el póquer; parece algo milagroso. Incluso me he pagado mis cócteles con los beneficios. Los australianos tienen algunos juegos típicos: el *euchre*, una especie de ecarté; el *spoof*, que es un dominó con cartas; el *german whist* para jugar a dos, y el *solo*, que es una modificación del *whist*. Quisiera haber llegado ya a Samoa. Quiero escuchar sobre el suelo australiano la risa del *laughing jackass*, si bien me aseguran que las manifestaciones de alegría del honorable juez Casey son lo que más se le parece. Y no más bromas por hoy. Cerraré esta carta mañana.

Martes, 3 de diciembre.

Hoy cerraré esta carta. Llegaremos a Melbourne demasiado tarde, de noche, para poder desembarcar –pero el correo se expedirá a primera hora de mañana por la mañana y prefiero remitir mi carta desde a bordo–. Hace un tiempo radiante y frío. El mar liso siempre se ve levantado por la larga ondulación que viene del polo. Esta noche nos hemos movido horriblemente y en estos momentos el movimiento recomienza una vez más. Ahora nos aproximamos a la costa, después de haber seguido la cuerda del arco formado por el Australian Bight. Dejaremos Melbourne, con toda seguridad, mañana miércoles por la tarde, hacia las cinco o las seis, y deberemos entrar en Port Jackson, en la bahía de Sidney, el viernes 6 de diciembre al alba: se necesitan unas treinta y ocho horas desde Melbourne. Según el capitán, parece que hemos tenido la extraordinaria suerte de escapar al mal tiempo de la costa australiana. Los albatros nos siguen siempre, pero ya son menos numerosos. Ayer todavía el sol poniente dejó un cielo amarillo difuminado, bajo el cual el mar ondulante parecía azul-negro; luego las tonalidades más exquisitas de oro verde han ganado incluso al azul total. Pero muy pronto unos enormes rastros de vapores negros lo han embrollado todo, mientras las estrellas australes subían hacia lo alto del cielo.

M. Bourge, capitán del *Pacifique*, me encontró un *boarding-house* en Sidney y de cualquier modo me ofrece la hospitalidad de su barco. Así, pues, tengo un recurso en caso de complicaciones. Sin embargo, dado que telegrafíé a Cook desde Fremantle, espero no encontrar demasiadas dificultades...

A bordo del Polynésien.

Lunes, 2 de diciembre de 1901.

A través del Spencer Gulf.

... Finalmente tal vez llegue al final de todo lo que tengo aún por decirte acerca de mi estancia en Ceilán.

Me detuve en Gal-Vihara de Kandy con sus viejas inscripciones cingalesas. En todos estos templos, las escenas del infierno budista están representadas mediante frescos pintados sobre los muros exteriores, detrás de las columnitas. Los demonios de mujeres se convierten en horribles monstruos en colores de descomposición verdusca, blandiendo tridentes y vomitando fuego. Por todas partes Gautama se presenta de entrada bajo la apariencia de un joven rico, bien vestido, con un bonito bigote. A la salida de la galería y por todas partes, alardea de Buda bajo su peinado

tradicional de Ceilán. Las pinturas, más o menos recientes, no ofrecen el menor interés artístico. Llovía a torrentes sobre el sendero rojo del *Rock Temple*, y las gotas crepitaban sobre las alargadas hojas de bananero, cuando el pequeño James Perera, vestido con su ropa blanca, con sus libros bajo el brazo, se aproxima a mí entre los árboles para arroparme. Me dijo que salía de la escuela budista; pero era católico y romano. No es un caso aislado. Por todas partes se encuentran escuelas budistas hechas de un rectángulo de cemento blanco con pilares y un techo de madera. En el interior hay bancos; y los niños aprenden allí a leer y a escribir el cingalés y el inglés. La indulgencia del gobierno con respecto al budismo ha sido tan grande que la religión en Ceilán hace adeptos y gana sobre las antiguas conversiones portuguesas. En Dambulla, la mañana de mi partida, Kassim me ha conducido a un pequeño bungalow donde se mantienen las predicaciones budistas. En la primera sala, un estrado de madera blanca con una especie de cuadros de arlequín rojos decorados de bordados de oro. Al fondo, en un exiguo reducto, algunos jóvenes sacerdotes vestidos de amarillo. También había un anciano de barba blanca corta, vestido con ropa blanca. Sobre una mesa me enseñó dos Budas de cobre amarillo con una pequeña *dagoba* de cuero. Y me dice con orgullo en un inglés excelente: «Fui sacerdote católico, y ahora me he convertido al budismo». Su suciedad era extrema y toda la parte derecha de su cara –los labios gruesos y espumeantes– estaba deformada por la lepra. Acerca de la cual, Kassim me dice: «*Stand further off, master!*». Entonces este hombre me dice: «Le enseñaré una verdadera reliquia de Buda que siempre llevo conmigo y que me preserva de todos los peligros. Me la dio un viejo sacerdote de Anauradhapura». Saca de su ropa un paquetito de ropa blanca y lo desanuda lentamente. Envoltorio tras envoltorio, tela al principio, después papel de seda amarillo. Finalmente veo en la palma de su mano un trocito ovalado de oro pulido, del tamaño de media lenteja. «Es de verdad, me dice, porque, si la arrojas en una escudilla llena de agua, cae al fondo; pero si por encima del agua se presenta una flor de Buda, la reliquia sube rectamente desde el fondo del agua para colocarse en el cáliz de la flor.»

Durante mi estancia en Kandy, dos ingleses partieron con destino a Anauradhapura. Iban vestidos de manera extraña y llevaban los cabellos muy largos. Uno era poeta; el otro se había hecho budista y marchaba a retirarse en un convento de Birmania.

Sidney. Hotel Metropol.

8 de diciembre de 1901.

... He tenido que interrumpir mi diario por diversas razones. La primera es el enfado que me esperaba aquí por Ting. A pesar de todos mis esfuerzos, ha sido necesario depositar dos mil quinientos francos de fianza. Como tú sabes, no los tenía. Cook se ha negado a dárme los. El cuñado de M. Whibley, M. Arundell, está en Europa; su hermano, en medio del Pacífico. Nadie para ayudarme. El cónsul de Francia en Melbourne, Maistre, que es amigo y corresponsal del *Phare*, se ha reído en mis propias barbas. Además de la fatiga del viaje y de la pitanza del barco (pollo marítimo-gallus maritimus, como decía el viejo doctor de a bordo, Prosper Gentilhomme), y sin duda algún trastorno del hígado, he pasado tres días de melancolía muy negra a causa de este enojo.

Finalmente, M. Bourge, hombre pobre y amable, me ha prestado sus economías, mil quinientos francos, y con los mil francos que providencialmente tú me enviabas, he podido desembarcar. Para que esto no se repita a mi regreso, escribo a M... y le ruego que deposite esta suma en la Oficina de Descuento, que tiene una sucursal aquí y creo que otra en Auckland...

He aquí lo que hago ahora. Me embarco para Samoa el sábado 14 en el Manapouri, de la Union Steamship. Felizmente he conocido a Moores, un americano, antiguo agente de Stevenson en Apia, que tiene aquí el hotel y el mayor *store*. Me ha alquilado una quinta amueblada de manera sumaria por dos libras diez chelines al mes. Pero pasaré la mayor parte del tiempo en su casa, en su enorme salón biblioteca, sobre el mar. Durante esta estación no puedo vivir de manera permanente en el interior, a causa de las lluvias. El aprovisionamiento sería imposible. Moores me prestará sus *schooners* para visitar las islas. Me ha tomado afecto. Tendré que escribirte largo y tendido sobre él. Es un literato: tiene empezadas dos novelas sobre las islas del Pacífico, y está impaciente por enseñarme el manuscrito. Desgraciadamente no podremos encontrarlos hasta dentro de veintiocho días, pero ha escrito haciendo que se instale todo lo necesario. Puedes estar tranquila acerca de mi suerte. Moores es una buena persona y cuidará de mí. A partir de ahora escíbeme a:

Apia (Upolu).

Islas Samoa.

Puedes añadir c/o M. Moores. –Cuida el correo, aquí tenemos cinco cada mes–. Para el regreso pienso volver a Auckland, y de allí a Wellington, donde tomaré uno de los frigoríficos de la New- Zealand Shipping y Cia., que me conducirá hasta Londres por el estrecho de Magallanes. Me resultará mucho menos caro y habré pasado una larga temporada en el mar.

Mi salud: algo fatigado los últimos días. Desde el viernes siempre tengo la impresión de estar cabeceando y girando toda la noche en mi cama. Esto empieza a disiparse. Reumatismo y debilidad en las piernas...

Esta mañana desayuno en el Pacifique, cuyo capitán, Bourge, ha tomado el relevo. Tengo una seria deuda de gratitud con este hombre. Felizmente, le gusta la literatura y podré serle útil haciendo publicar los bocetos que toma sobre esta tierra.

Hemos entrado en la bahía de Melbourne el 4 de diciembre por la noche. El Polynésien está obligado a dar la vuelta a la bahía –tres horas de navegación–, antes de atracar en la rada. Finaliza el día y este mar interior permanece silencioso. A lo largo del horizonte una costa baja y negra, a veces remontada, y punteada a trechos por fuegos amarillos y rojos. Hasta la mañana no avistaremos Melbourne. El Polynésien ha fondeado a una enorme distancia a causa de su cargamento de pólvora. Se ve una prolongada línea de fábricas rojizas, de almacenes en forma de bloques cuadrados, de navíos, y algo de hojarasca a lo lejos. Para llegar a Port Melbourne se precisan veinte minutos en chalupa de vapor. Allí un tren conecta con la ciudad, a través de horribles suburbios. La ciudad tiene calles rectas, bordeadas por inmensos bloques entre rosáceos y rojizos que son bancos, agencias, compañías de navegación y de comercio. El cielo sofocante y

amenazador se ve más cargado aún por la presencia de hilos telegráficos, telefónicos y tranvías: un tejido sobre la cabeza. No se puede respirar y un viento tórrido arroja al rostro el polvo australiano. Las moscas se pegan a los vestidos y al rostro. Los *cabs* cuestan un chelín el cuarto de hora. Todas estas calles son rectas, en ángulo recto, rojas, bordeadas de altas casas cúbicas, y el tumulto de los trenes de vapor y eléctricos es ensordecedor. No hay follaje más que, cerca de los ministerios, un parque rodeado por una barrera de madera con eucaliptos y árboles gomeros y algunas araucarias negras.

M. Bourge y yo pasamos una jornada agobiante de calor, de polvo y de moscas, errando entre el consulado de Francia y el bar de Mengie's Hotel, gran bloque lúgubre que mira hacia otro bloque lúgubre. Luego, para volver, nos equivocamos de tren –y como resultado llegamos a tiempo para el último *steam-lunch* al recuperar nuestro lugar a bordo–. Pero el cielo se ha hecho de plomo y la tempestad estalla. En cuanto hemos abordado la chalupa, por nuestra mala suerte, ésta toma la dirección del viento. De pie contra la máquina y fuertemente agarrados para no ser arrojados al mar, nos empapan unas olas que lo barren todo. En un reducto de la bodega, una pobre señora se siente mal: la sacan y tiene el rostro de color anaranjado y carmín. Finalmente, de un salto, ganamos la escalera del Polynésien. De pronto, algo imprevisto: una «ballena» amenaza hundir la chalupa, y M. Maistre, que nos esperaba, después de unas pocas palabras amables y un adiós angustiado por la perspectiva del regreso, nos deja.

Hasta Melbourne, después de los islotes áridos del estrecho de Bass, habíamos avistado de nuevo la costa australiana. Poco después dejábamos el océano Austral para entrar en el Pacífico Sur, tempestuoso bajo el viento pero con un oleaje completamente distinto. Los albatros nos han acompañado todo el tiempo hasta Sidney. Esta costa de Australia es siniestra. Las playas son de una blancura macabra, de una palidez cadavérica, y los matorrales son negros; los arbustos reptan como manojos de cabelleras muertas. Los acantilados son murallas rocosas; a lo lejos sólo apenas se perciben unos declives coloreados por un césped chamuscado; y contra todo ello sopla un viento helado. Junto a nosotros, unas marsopas enormes se sumergen en el mar.

Entre Melbourne y Sidney la noche me ha ocultado la costa. Desde las ocho de la mañana avanzamos junto a la costa de Botany Bay. Algunas construcciones poco visibles señalan el antiguo establecimiento de los criminales deportados. Una bahía larga y árida, de vegetación siempre negra. Desgraciadamente, el tiempo es sombrío. Y ahora la costa se hace siniestra. Una alta muralla de roca cortada a pico, como partida en dos. El mar rompe inexorablemente a sus pies. En lo alto, un pequeño faro blanco. Luego una abertura en la muralla, una brecha de unos cien metros aproximadamente, y más lejos la muralla de roca maciza, erecta, impenetrable. Todas las cimas son áridas. Así es Sidney. El Polynésien vira y entra en la brecha: casi toca la muralla a estribor. Y aparecen unas colinas verdes y alegres con villas esparcidas, un fortín en medio de este gran lago quieto, donde en otro tiempo encerraban a los deportados irreductibles; luego, a medida que el buque avanza, se descubren unas bahías profundamente señaladas que dejan penetrar el mar; unas entradas de mar siempre verdes y adornadas por villas de color, montículos cubiertos aún de eucaliptos, de gomeros y de araucarias, los arrabales de Sidney situados en estas calas innumerables que parecen abrirse y cerrarse a medida que el Polynésien avanza; y ya la puerta de la muralla que da al mar se ha cerrado como deslizándose y parece que estemos encerrados en un inmenso lago interior. Por todas partes hay inmensos navíos amarrados, los barcos de vapor intercoloniales de los mares del Sur, veleros ingleses de casco blanco herrumbrado por el reciente viaje y manchado de

minio, clipers, fragatas escuela con tres líneas de cañones. Y, al fin, en medio de este laberinto, Darling Harbour, el puerto de la ciudad propiamente dicha, en cuyo muelle amarra el Polynésien.

Volveré a hablarte de todo ello, ya que la hora del correo se acerca y tengo que dejarte a la fuerza. Volveré a escribirte desde aquí: el Manapouri no zarpa hasta el 16 de diciembre y por suerte disfrutaré de dos días más en Sidney... Espero que mi próxima carta sea mejor...

Prince Alfred Yacht Club.

Sidney, 16 de diciembre de 1901.

Mi Marga adorada:

Querida mujer mía, he aguardado hasta el último día con el fin de ahorrarte, durante tu gira, una carta descorazonadora. Ahora todo va bien y zarpo esta noche a las once con destino a Apia (Upolu), Samoa, a bordo del Manapouri, de la Union Steam Ship & Cia. (Nueva-Zelanda). Pero he pasado por momentos terribles. Imagínate que hace ocho días el pobre Ting cayó horriblemente enfermo –con 40° de temperatura y una debilidad terrible–. Fue necesario llamar al doctor: una guinea (21 chelines por visita) –y fueron cuatro–. Yo no sabía qué hacer –obligado a cuidar al pobre muchacho con mi propia fatiga y desconsuelo a costas–, sufriendo por la escasez de dinero debido a los mil francos que me obligaron a depositar y que sólo me serán devueltos esta noche a bordo, en el momento de partir. Los domésticos del Hotel Metropol (y en toda Australia) son de tal idiosincrasia que me vi obligado a subir (mi camarote en el Manapouri es muy bueno) yo mismo a Ting todo lo que necesitara, y estaba en el cuarto piso. Para colmo de desgracias, Cook's, esta agencia de bribones, después de contratar mi viaje a Samoa, me comunica que la Union Steam Ship & Cia. exige un depósito de dos mil quinientos francos para dejar embarcar a Ting. ¿Qué hacer? Felizmente, y por azar, la carta de Grobain Balfour me ha salvado. M. Dumet es el socio de M. Henderson de la German Australian Line –estuve en su despacho para hacerle transmitir la carta (no pasaré por Auckland, sino por las Fiji)–. M. Henderson, que conoció a Stevenson en la Janet Nicoll, se ha cuidado de todo, ha arreglado mi pasaje, ha hecho que me inscribiesen en el Royal Exchange Club, me invitó a cenar ayer en su casa con gente encantadora. Te ruego que si te queda alguna litografía mía de Simpson o una fotografía cualquiera, la mandes a

M. Henderson

German Australian Shipping & C^o

Spring Street

Sydney

Olvidaba decirte (dado que te escribo en el desorden de la partida) que Ting tuvo un ataque de hígado. El doctor Warren le ha curado rápidamente –pero aún no está del todo restablecido y debe seguir un tratamiento–. En todo caso, está a bordo y nos disponemos a dejar este lugar maldito. Me siento renacer a la alegría después de las innumerables angustias que he pasado. La única gente que me ha caído bien aquí son los alemanes del German Club. Tengo buenas cartas de presentación para los alemanes de Samoa y estoy seguro de que allí me sentiré bien. Desconfía de Cook con relación al correo: date cuenta de que puede llegarme muy rápidamente por San Francisco. Cuando me mandes dinero, mándame un cheque cualquiera (Crédit Lyonnais o Cook, si quieres, pero prefiero una banca francesa), por carta certificada. Escribo a Mauricio para que me mande un cheque de dos mil quinientos francos (sólo en depósito) –pero necesito tener el cheque en mis manos–, dado que la Union Steam Ship, en caso contrario, no consentiría mi traslado ni a Auckland ni a Sidney. Todo esto es horrible, Marga adorada, y esta carta es muy triste –pero te hago saber que mis perspectivas ahora son mejores–. Espero poder continuar a bordo una historia menos trágica de las cosas que he visto. Aquí el tedio es mortal. He conocido a un ser extraordinario, el capitán Mackay, gobernador de Goulburn Gaol, que ha navegado dieciséis años por el Pacífico para comprar copra. Come y bebe mucho más que Baronet, y ha leído tanto como yo. Te hablaré de él. Pero ahora es tarde y quiero embarcar. Recibirás mi primera carta desde Fiji.

Te deseo éxito, adorada, durante tu gira. Representa *Fedra*: estoy seguro de ti. ¡Bendigo esta gira! Si no llego a saber que tú estás lejos, me hubiera sentido tan desgraciado que habría regresado en el Polynésien. Si Sara me adelanta algún dinero, mándamelo así, como te he dicho, por cheque mediante carta certificada o de valores declarados. Besa a nuestra madre y a los hermanos. Saludos para Alfonsina, besos a Nikko, a Flip, al rey y a la reina; tú, esposa querida, recibe mi amor, que es mayor que mi vida. Te beso tanto como te amo.

TU MARCEL

Muy pronto tendrás noticias. Hasta llegar no podré escribir para *Le Temps*. Aquí hay demasiado bullicio.

27-28-29 de diciembre de 1901.

(Pasados los 172°) a bordo del Manapouri entre Fiji y Samoa, hacia el paralelo 180°, hoy siendo domingo en Fiji, y mañana domingo en Samoa.

Mi Marga Adorada,

Hemos tenido la misma historia que ayer sábado 28 a las cinco y media de la tarde: la oficina de correos de Samoa estaba cerrada y mi carta número doce sólo podrá salir de Apia. El 27 hubo un triste accidente a bordo. El pobre mestizo Chris Kaed, abriendo un bidón de alcohol de metilo, cometió alguna imprudencia, y la explosión le quemó de manera horrible el rostro, los ojos y las manos. El barco emitió rápidamente las llamadas acústicas de socorro llamando al doctor; pero la cuarentena era tan estricta que hubo que transportar al desgraciado Chris hasta el último peldaño de la escalera de embarque para que el médico consintiese en curarle. Ayer noche pudieron transportarle al hospital de Suva. Espero que no pierda la vista. Mientras, Desdichado ha dado alegría a estos últimos días. Parecía el joven personaje de Mark Twain, que mucho tiempo después del sermón pregunta gravemente al pastor: «*What is the chronometer of God?*». En medio del profundo silencio de la mesa, Desdichado pregunta: «*Do the natives in Fiji have their plum-pudding on Christmas-day, captain?*». Y después de un nuevo silencio: «*Are there many flies in this parts, captain?*», y la voz es incolora y monótona. Me desternillaba de risa. El capitán Crawshaw, que me miraba, me ha dicho: «*I know what you want to ask me. You want to ask me what is this chronometer of God. But I won't tell you*». Una extraña puesta de sol. Entre una nube negra, alargada y baja, y la superficie del mar, aparece un vasto tocón, una especie de columna roja como si fuese un pilar redondo de fuego. Es el disco alargado del sol, del cual no se puede ver ni el borde superior ni el inferior. Algunos segundos después el mar se pone sombrío; la luna rosada sube hacia un copo de nube blanca coloreándolo de un arco iris lunar. Venus brilla con una luz casi irresistible.

Por fin ayer, a las cinco y media, el médico sanitario, después de tomarnos el pulso, nos ha permitido desembarcar. Así hemos podido ver algunos habitantes de Fiji algo superiores a los descargadores que vienen a bordo. Son hombres robustos y tienen hermosos cuerpos, pero su rostro, negroide, las fosas nasales enormes y la frente baja, les da una apariencia bestial, que aumenta con esta pelambreira espesa color de paja pelirroja. Se nota que no hace demasiado tiempo que han acabado de comer el *long pip*. Cuatro de ellos, muy hermosos, suben a bordo para ver a Sanka. Nunca habían visto monos. Sanka es el mono de a bordo y los oficiales y marinos le arrojan golosinas.

30 de diciembre de 1901.

(Lunes en Fiji, domingo en Samoa.)

Partimos ayer durante una hermosa velada, bajo un cielo siempre cargado por densas nubes de los trópicos. Los rayos que atraviesan los vapores negros dan lividez al verdor de las montañas. Siguiendo la línea indicada por dos torrecillas blancas en Viti Levu, franqueamos el paso entre las líneas paralelas de espuma. Noche de marejada. Ayer por la mañana avistábamos Mango, macizo de montañas verdes de árboles y amarillas de aliagas, con pendientes cubiertas de cocoteros. En derredor, el arrecife de coral transforma el mar de zafiro en una laguna de agua verde y opaca. Diríase que el agua está hecha de turquesa. Y alrededor de una débil línea de espuma, el mar tempestuoso, azul profundo del Mediterráneo, parece una llamada a la vida dentro del gran lago

glauco de donde surge Mango, verde sombrío y amarillento lívido. Hasta el mediodía hemos avistado islotes del grupo de las Fiji que cubren el océano. Esta mañana hemos pasado junto a un volcán del grupo de Tonga. Arribaremos a Upolu mañana al alba.

Embarcamos en Suva como pasajeros de cubierta a un grupo de hombres y mujeres de Samoa. Duermen al aire libre sobre unas esteras y ellos mismos se preparan la comida. Tienen unos hermosos cofres y cajas de madera llenas de grandes pelucas rojas, violetas y verdes. El color, la estatura, el perfil, les diferencia por completo de los nativos de Fiji. Es una raza espléndida. Aprendo diligentemente el samoano y en dos días ya puedo empezar a hablarlo. Tengo dos nombres: Sivopa y Tusitala, porque escribo historias. Las muchachas pasan el tiempo cantando, bailando con gestos de manos muy expresivos, y riendo. Los niños son hermosos como chinitos. Ya me han hecho prometerles *tusi* (escribir) una *tala* (historia) con los nombres de todas estas *beina* (muchachas), señoritas Ticies, Loia y otros. A cambio, la noche pasa entre canciones improvisadas, melopeas en el «Tusitala». Las voces se conciertan con graves armónicos; la canción es triste y lenta en la semipenumbra, esclarecida a veces por el fuego de un cigarrillo de Samoa liado con una hoja de bananero; y la luna velada es como un inmenso machete de plata que flota en el Pacífico.

Del 30 de diciembre al 3 de enero (viernes).

Heme aquí, llegando al final de este viaje, y la vida es tan dura desde hace tres días que no he podido escribirte. El martes por la mañana, al alba, el Manapouri estaba en la rada de Apia. Una larga línea de montañas cubiertas por malezas verde oscuras, una bahía redonda bordeada de cocoteros sobre una playa negra, los bancos de arena amarilla en los arrecifes de coral, un sol de plomo, largos batientes –y en el centro de la bahía, el enorme armazón de hierro herrumbrado de un navío de guerra alemán (el Adler), lúgubre recuerdo del último naufragio que no se puede romper a martillazos, ni volar con dinamita sin destruir Apia. Porque Apia es tan sólo una línea de casitas bajas de madera sostenidas por pilones–. ¡Qué soledad, y qué inesperado me resulta este espectáculo! No hay nada de nada, nada más que *stores* que ni siquiera son tiendas de especias de pueblo, y tres hoteles (!) cuyos bares frecuentan aventureros alemanes, americanos y escoceses de medio pelo y mujeres de Samoa, hermanos maristas, barbudos, sucios y estúpidos –y los samoanos–. El *shout for a drink* es obligatorio. Cualquier cosa te cuesta al menos un chelín. Es imposible conseguir una cama, una silla, una lámpara de petróleo: se precisan horas de diplomacia para ello. Dieciséis chelines por día en el Hotel de Moors. Encuentro con un americano, el comodoro Weaver, que, después de comerse su fortuna a bordo de su yate, a razón de doscientos mil francos por año, se quedó aquí, reducido a la indigencia, sin otro bien más que su barco. Lo vende, compra quince mil acres de tierra, recolecta cacao, instala una máquina de hielo, servicio de agua, corriente eléctrica (nada de esto se había hecho), tiene una flota entre Apia y San Francisco, y en cuanto se recupera compra su yate de nuevo para traerse consigo a la condesa Tolstoi, su amante. Silencioso, vulgar, con el cerebro siempre lleno de «patentes» para «castores», instalación de bancas, venta de víveres de California. Hemos comido juntos, algo cocinado sobre lámparas de petróleo, aseguraría. ¡Señor! Ni fruta, ni carne (si no es en conserva), nada... Hasta aquí sólo he podido comer, en las cabañas de

los jefes, ñames, frutos del árbol del pan hervidos en leche de coco, mariscos cocidos también en leche de coco, y las deliciosas hojas de *taro* cocidas sobre las piedras rojas. Con los dedos, sin sal, y sobre hojas de bananero –acuclillado en una estera, bajo los techos redondos de Samoa, hechos de hojas de palmera secas y sostenidos por pilares de madera consistente–. Si no tuviese lo que tengo, viviría con ellos. Sus casas están abiertas y la vida es común. Mi nombre samoano es Maséis; me fue dado por los dos jefes de Apia: Semanu y Amituanae. Cuando bebo *kava* o *ava*, lo cual es toda una ceremonia, mi nombre es proclamado antes de los aplausos sacramentales. Tengo una casuca horrible desde ayer –siempre llena de samoanos–. Soy un *talk-man*, un *tulafale*, un *tusitala*, y me piden que les cuente historias hasta la medianoche o la una de la madrugada. Se me hace difícil pensar que puedas imaginarme sentado en una estera entre todos estos hombres desnudos y tatuados, al lado del *alii*, el jefe que me espanta las moscas con un espantamoscas, mientras su hija me abanica, y alrededor de mí los otros *tulafale*, oficiando uno de ellos de traductor, y risas de placer, preguntas acerca de los detalles, *malie* de admiración. Durante la Nochevieja tuve a Fod junto a mí. Lleva bigote blanco y es célebre porque hace dos años le cortó la cabeza al hijo de Mataafa y la entregó al jefe Seumanu, un gran honor, sin duda. Fod luchaba por el joven Malietoa, actualmente relegado a Levuka, en las Fiji. Me contó cómo cortó cierta cabeza (*ulumutu*). Toda esta gente está endurecida, son guerreros que sólo piensan en el momento de luchar. Soy el amigo (el *meamamao*) del primer *tulafale* de Apia, Aboa, que tiene veintidós años, magnífico y tatuado desde las rodillas hasta la cintura. Creo que pronto cambiaremos de nombre: si él me da el suyo, costumbre de Samoa, lo pierde –y se necesita celebrar una Asamblea General (*Filifili*) para elegirle otro–. Anteriormente lo cambió ya: se llamaba Polito. Amituanae tenía el nombre de Sitrona tatuado en su brazo, cerca del enorme agujero de la bala alemana que le hizo saltar el hombro en pedazos. El príncipe Tuimalealisfano, que me ha invitado a su casa para el sábado por la noche, se llamaba Zaivale, pero dio su nombre a Loia (Hayd Osboured). El día siguiente a mi llegada fui a la punta de Unulinu'u, residencia real, a visitar al viejo rey Mataafa.

Sábado, 5 de enero.

Mataafa no estaba en su choza cuando llegué. Un joven fue en su busca. Esperé fuera. Pronto vi llegar a un hombre robusto, aunque viejo, con algo de Bismarck en su aspecto, cabello blanco, rapado y bigote blanco corto. Llevaba un *lavabuva* alrededor de la cintura. Después de humedecerse las manos en un poco de agua, me saludó con el tradicional *talofa!* '*ua maléu mai* y, aceptando su invitación a entrar, me senté, inmóvil y en silencio, de acuerdo con la etiqueta que corresponde a Su Majestad. (Lona Afiionga) Mataafa, después de hacer que le leyesen la carta de Loia, me dio la bienvenida. Un intérprete traducía, atreviéndose tan sólo a hablar en voz muy baja y casi arrastrándose por el suelo. La conversación fue de este modo: «Mataafa desea saber... Mataafa dice que... Mataafa pregunta...». Se interesa por la mujer de Loia, a la cual no conozco, que seguramente es muy querida por los samoanos. Me dan a comer *breadfruit* cocido con leche de coco; luego, una muchacha me prepara *lava*. Pero Mataafa no come ni bebe: el *tupu* come solo. La conversación ha sido clara y formalista: nada más. Al partir, el joven Tulafale me dijo que Mataafa me quería mucho. Lo dudo, porque he ofendido sus afectos. Mataafa, al igual que los príncipes de

Mulinu'u, está actualmente infeudado a los alemanes. Las gentes de Apia, al contrario, odian a los *siamani* y les tratan de *Matapua'a* (cara de cerdo).

El *'ava* se prepara y se bebe de la siguiente manera: o bien van a buscar hermosas jovencitas a las cuales entregan las raíces del *'ava*, (*piper anthycticum*) que ellas mastican hasta que esta raíz, parecida a jengibre grueso, se ve reducida a fibras como un manojo de hilos de cáñamo (antes de masticar, todas se enjuagan la boca) o bien, mucho más corrientemente, esta trituración, bastante trabajosa, se hace entre dos piedras. Cuando se tiene el manojo de fibras, un hermoso joven y una bella muchacha se sientan ante el *kava-bowl*, que en Samoa es una cuba de madera negra, apoyada en seis, ocho, diez o veinte pies –en Fiji solamente cuatro–. Los dos se lavan las manos. Cuando el *'ava-bowl* es viejo y bueno, su interior está revestido de un color blanco, claro y transparente. Se vierte en el *tànoa* (*kava-bowl*), una copa de agua o dos. La copa es de madera de cocotero y contiene alrededor de medio litro. Dos nueces de coco peladas y trabajadas, ligeramente agujereadas con clavijitas de madera, contienen el agua que se le añade. La muchacha coloca el manojo de fibra al fondo del *tànoa*, luego lo retuerce y lo exprime; el agua que se desprende es lechosa; luego la pasa alrededor de los bordes del *tànoa*, la sumerge de nuevo y vuelve a exprimirla, y después la pasa al muchacho, que sacude las fibras fuera de la cabaña, de las cuales cae un polvo fino. La operación se repite muchas veces. Finalmente, sin intermisión, las fibras quedan plegadas y exprimidas. A esta señal, empiezan todos a batir palmas. El muchacho lleva la copa, que la muchacha llena agitando el manojo húmedo del cual cae el *'ava* en la copa. En este momento, el anfitrión pregunta al invitado cuál es su nombre (nombre samoano acompañado del título). Una vez le han contestado, el nombre se proclama con batir de palmas. El muchacho se aproxima al invitado dando un largo rodeo, sin mirarle, y con la copa en la mano, el brazo estirado: se la tiende así, con los ojos desviados. El invitado toma la copa, se la lleva a los labios, dice al anfitrión *manùia, soifùa* y se bebe el contenido de un solo trago; el fondo debe vaciarse sobre el lecho de guijarros negros de la cabaña, fuera de las esteras, entregando la copa con una *fâafatai* (gracias); luego se llena de nuevo y, según la importancia de los personajes, se entrega alternativamente con señales de respeto más o menos pronunciadas. Si un hombre que no pertenece a la «familia» entra para beber *'ava*, lleva en la mano dos o tres trozos de raíz de *'ava* que entrega a la persona de más elevado rango. En cuanto se ha bebido el *'ava*, la muchacha se levanta, dice *tofà* y sale de la cabaña con el muchacho. Luego se pasan cigarrillos siempre de Samoa, elaborados con largas hebras de tabaco (dos o tres), liadas con una hoja de bananero secada al fuego –y anuladas con otro fragmento de hojas de bananero.

10 de enero.

Un poco fatigado, mi Marga adorada, acabo de escribir a Mauricio. Me hallo estancado: no tengo un céntimo y *es necesario* que regrese en seguida, no soporto el clima. Actúad con mucha rapidez. Podéis telegrafiar a Mme. Stevenson, 2323 Hyde Street, San Francisco (California), o bien a M. Henderson, German Australian Line, Spring-street, Sidney.

Te adoro, te adoro, no pienso más que en ti, querida, mi mujer –¡con tal de que me hagáis regresar *pronto!*

TU MARCEL

A bordo del Manapouri.

25 de enero de 1902.

Mi Marga adorada,

Caí abatido por la fiebre el 8 de enero y creí morir. No estaba en posesión de mis cabales. Iba de la cama a la ducha para hacer descender la temperatura, que durante doce días osciló entre los 39,8° y los 40,5°. Hacía lo que podía *porque quería volverte a ver*. Una mañana, la sola vista de la resaca gris sobre los arrecifes de coral me dio un deseo tal de arrojarme al mar, que supliqué a Ting que me ayudase a ir hasta la playa. Y mientras tanto, yo padecía una neumonía sin saber nada, excepto que sufría y no podía respirar. El día 9, mandé llamar al médico alemán Funch, que no vino –luego al doctor americano Brancht, de la secta de los adventistas del séptimo día–, pálido, delgado, con barba muy negra. Me atiborró de antifebriles y de *fenacetina* –siempre con duchas– a cada hora, casi de día y de noche. Yo sentía que me moría. El doctor tiene una gran casa donde a veces cuida a los enfermos. Le pedí que me llevara allí. Al principio gritó: «¡No!», después dijo que lo consultaría con su mujer. Media hora después me llevaron en camilla y me sumergieron en un baño frío con un chorro de agua caliente a lo largo de la columna vertebral y las piernas con un balde de agua hirviendo. Repitieron esto sin cesar. Por fin la temperatura cedió un poco. Pero era y sigo siendo un esqueleto y no puedo tenerme en pie. ¡Oh, querida! ¡Temí tanto morir sin ver de nuevo tu amado rostro! Tuve valor. Me mantuve bajo el agua fría rechinando los dientes, y lo que hube de soportar del calor, de los mosquitos y de las moscas es algo que no se puede explicar. Pero quería *verte de nuevo* y regresar a casa.

26 de enero.

Hoy me siento algo mejor. En esta casa del doctor Brancht, entre los cocoteros, me cuidan Ifi –Ifroad, una muchacha de la misma secta–, Miss Mc. Coy, de Pittcaira Island, nieta de uno de los amotinados de la *Bounty* que ocuparon la isla Pittcaira hace cien años con jóvenes tahitianas. Los adventistas del séptimo día celebran en sábado el día festivo; creen en la inminente venida de Jesús

y en su reinado sobre la tierra, en la total aniquilación de los malvados, no en su castigo, y en el bautismo por inmersión total. Son estrictamente vegetarianos. Sus libros sagrados son Daniel y el Apocalipsis. A duras penas tuve allí huevos, caldos, frutas en conserva y zumos de uva no fermentada de California. ¿Cómo recuperar así las fuerzas? Entonces supe que el Manapouri estaba amarrado en el puerto. Con enormes esfuerzos hice llegar unas palabras al capitán Crawshaw, que hizo que me transportaran a bordo en angarillas, sin dinero, bajo su responsabilidad. ¡Al fin a salvo! El aire del mar me da fuerzas. Aunque la horrible neumonía me aprieta el pulmón derecho y paso noches espantosas. Pero te veré, esposa querida, ¡te lo juro! Brancht no me decía nada, limitándose a tomarme la temperatura. Lo supe a través del médico alemán Schweiginger, que le reemplazó durante dos días. Telegrafiaré a Mauricio desde Sidney para que me remita dinero con que pagar a Brancht, Moors y la Union Steam Ship & Cia. Y volveré. Si me siento algo mejor, regresaré por El Cabo, para permanecer mucho tiempo en el mar y recuperar en parte las fuerzas perdidas.

Embarqué el 24 a las cuatro de la tarde y partí el 25 a las diez de la mañana. Desde el mar, Upolu es bonita, una especie de esmeralda sombría en zafiro líquido. Toda la mañana un mar de zafiro, con las lagunas quietas bordeadas de arrecifes amarillos de coral, y las montañas de esmeralda bajo las nubes pesadas, Manono, Apolina, y a lo lejos Savair. Hacemos la travesía de regreso hacia Fiji y creo que mañana al mediodía estaremos en Levuka, donde se encuentra el legítimo rey de Samoa, Mahétoa. Todas las historias sobre la belleza de Samoa son mentiras. Pero quiero mucho a los indígenas. *Lui Mahe alu fano* me entregó a su hijo, *Fa'a nu'u*, para servirme. La nobleza de este muchacho durante mi enfermedad fue extraordinaria. Creía, como yo, que me moriría. Con frases emocionadas me recomendaba a Levu, y me daba *soghi*, sorbetones en las manos, ya que los polinesios desconocen nuestro beso. Su padre, Tuimalealiifano, hijo de rey, me ofreció una gran cena donde sólo había personajes reales: Tupu'a, Tamasese, Saipai'a, Fa'alata; dos *tulafale* (*talkman*), que en las reuniones hablan por el pueblo, los jefes o los reyes Au'clua y Tolo. Una muchacha, Fu'a, estaba cerca de mí, para trocearme la comida y darme de beber y de fumar. La cena era espléndida, servida sobre inmensas hojas de bananero a modo de mesa. Todos los pilares de la casa estaban enguarnaldados por largas trenzas de flores de *hibiscus* y de *fu'a* (el *svyva* de Ceilán), con un gran cáliz amarillo claro manchado de marrón al fondo. Tamasese me hizo un largo discurso, al cual respondí lo mejor que supe. Luego comimos. Cerdo asado entero, pollos asados, hojas de taro con leche de coco, pastel de taro, escolopendras vivas, huevos duros, *breadfruit*, pescado hervido, agua de coco para beber, luego un balde para lavarse las manos, cigarrillos de Samoa envueltos en una hoja de bananero secada; por fin danza (*siva*) por Fu'a y otra muchacha. Todo precedido por el *kava* tradicional, y grandes gritos *¡O le alir!* lanzados sobre una melopea por un viejo *tulafala*. Finalmente, ofrendas de abanicos y la sortija de Tui, caña de azúcar, *kava*, etc., que Mulinu'u y Franu'u transportan hasta mi estancia.

27 de enero.

Dentro de una hora llegaremos a Sevuka. Durante toda la mañana hemos navegado entre multitud de islotes negros sobre un mar gris pizarra. Es el grupo de las Fiji. Pero en Samoa se

pronuncia «Fiti» y en Touga, «Fisi». La «s» es siempre dura. Me cuesta mucho escribir: esta pulmonía ha paralizado mi brazo. Paso unas noches horribles y estoy muy débil. Pero Dios me devolverá a ti, querida mía. Mientras estaba tan enfermo, un misionero wesleyano me predicó mucho tiempo, y, cosa extraña, su inacabable sermón, en el cual me llamaba «hermano» y me hablaba de la muerte, me dio valor. Te aseguro que lo he necesitado y lo necesito todavía. Por toda Samoa hay misioneros. Desde Mata'uta al este, Apia, Motarpete, Songhi, Mulinu'u, domina la misión de los maristas franceses con una iglesia de vidrieras y un obispo (son unos brutos nada hospitalarios), los wesleyanos, los mormones y los adventistas del séptimo día. Todo ello entre los *stores* de Blacktock, Moor's, la compañía alemana, etc. Los blancos son unos bandidos nunca vistos. La historia del comodoro Weaver es extraordinaria. Al llegar a Samoa había acabado sus recursos y sólo le quedaba el yate, y una mujer que se lo tenía hipotecado, fumadora de opio y profesional de los naipes y del billar, que cazaba con reclamo a sus invitados; vendió su yate en Anettland y compró, a precio tirado, un terreno a unos indígenas. Allí instaló una sociedad equívoca y ahora ha instalado una máquina de hielo, luz eléctrica y agua corriente. Sus valores no valen nada y va a quebrar... Pero él cree que se hará rico en un año, que comprará un nuevo yate y volverá a París para casarse con la condesa Tolstoi.

Las muchachas de Samoa no son guapas –gruesas muñecas y gruesos tobillos, nariz chafada y labios demasiado carnosos, cabellos erectos enrojecidos de cal y todo el cuerpo y los cabellos, brillantes de aceite de coco–. La belleza polinesia es un señuelo. No son mujeres, sino muchachas, alegres y que aman el *siva'*, o el *peti*, la danza, las canciones. Pero me gusta la gente de Samoa y añoro la casa polinesia, con su enguijarrado de piedras negras, con sus esteras, su techo redondo y su complicado maderamen, sólido y flexible, y sus pilares de madera de árbol del pan. Pero el paisaje de Samoa no es nostálgico. Sólo los cocoteros, los *fá'u* y algunos hibiscus, el árbol del pan, el bananero. La resaca sobre los arrecifes no tiene la gravedad profunda de la resaca en Ceilán y los colores no son tenaces. Espero, si Dios me permite sobrevivir, poder escribir todo esto con lenguaje más cuidado. Aquí hablo contigo. Tenemos muy buen tiempo, pero muy caluroso. El mar es llano y el cielo de los trópicos, azul pálido y blanco, con su enorme cinturón de vapores espesos y coloreados en el horizonte, donde se persiguen formas semejantes a los bocetos de Miguel Ángel –barcas de fuego, pañuelos de batista negros, llamitas con tres rosas, islotes negruzcos y bancos pesados cortados por debajo con un cuchillo–. Y siempre surgen islas sobre el mar, montañas cónicas amarillas verdes con árboles negros, espaldas de cetáceos que duermen. Es el país de las islas –en verdad es la Polinesia.

No te he hablado de las danzas de Samoa que vi el día de Año Nuevo. Las de las muchachas, muy lascivas, son vibraciones de manos y de brazos, a menudo entre los muslos. Llevaban la cabeza pintada de cal, desnudas hasta la cintura, y una especie de falda hasta medio muslo, hecha de no sé qué largos pelos negros. Las viejas también danzan. Collares de flores y de frutas rojas, parecidas a pimientos. Luego llegan jóvenes de Artua y de A'ana; danza de guerra con gruesos bambúes hendidos, porras de colores variados. Cabeza y cuello ceñidos con hojas, en la cintura una falda de hojas de bananero, el rostro embadurnado de hollín y de rojo. Se acuestan por tierra; uno se sienta y se junta al otro, luego, de pie, le ataca con la maza; después, acostados y por parejas, se toman las piernas y se levantan de nuevo. Todo tiene el fondo ritmado del golpear sobre un gran bambú vacío.

28 de enero.

Ayer a las dos estábamos en Levuka. A medianoche salimos para Suva, donde llegamos esta mañana. Levuka está en una isla diferente. Como todas las ciudades de estas islas, es una calle de *stores* a lo largo del mar, con casas de pisos sobre las colinas. Pero aquí, por así decirlo, no hay más que una orla de arena negra. La montaña de basalto verdusco cae cortada a pico en el mar. El basalto aparece al descubierto bajo la vegetación intensamente verde oscuro y amarillo claro; hay torres de rocas y, de la paja de un valle profundo y verde, brota un chorro fresco en una piscina. Las cimas de las montañas verdes están brumosas de nubes. Al salir la luna, de repente, los techos de las casas de Levakala, frotados con bruma blanca, parecían deslumbrantes de nieve a 81° Fahrenheit. Luego la luna lanzó sus rayos bajo una enorme nube que los esparcía sobre el mar.

Suva es la bahía verde de la cual ya te hablé, hermosa, hermosísima, verde tierna y verdinegra, y verdeamarilla, con el Pulgar del Diablo erecto entre las ondulaciones esmeraldinas, y el extraño banco de arena paralelo donde viene a romperse el océano. Ayer, antes de llegar a Levaka, vimos una de estas grandes lagunas verdes y muertas, contra la cual las olas espumean en altos hacecillos blancos. Y en el centro se levantan las montañas verdes de la isla y un volcán protegido por madréporas. Resulta singular ver sobre el mar en calma una larga franja de espuma sin divisarse arrecife alguno.

Creo que me siento algo mejor, pero no puedo andar sin la ayuda de Ting. He podido dormir un poco durante la noche. Pero en mi espalda persiste el horrible arañazo de la bestia que me asfixia. Querida mía, hoy me he sentido triste; pero le he rogado a Dios con todo mi corazón que me permita volver a verte y besar tu hermoso rostro. Ya ves, carezco de fuerzas por completo, y si puedo escribirte es porque me parece estar hablándote, y que tú estás junto a mí. Jamás la distancia me ha atemorizado tanto como en este momento. Si Dios me permite volver hasta ti, volver a ver a mamá y a Mauricio, y a nuestra madre y a todos los nuestros, habré vivido más que la vida de dolor de un hombre. Después de lo que he pasado en sufrimientos, ésta es la angustia más horrible que me ha sido reservada. Ruego a Dios que sea la última prueba y la definitiva. Mis hombros ceden bajo el fardo del dolor; ya me ha llegado de él más de lo que me correspondía. Pero te tengo, adorada mía, es preciso que me concentre en ello. Tal vez sea por compensación por lo que sufro todo esto. En tal caso, ¡bienvenido sufrimiento! Todo mi valor al servicio de encontrarme de nuevo con mi Marga querida. Lo deseo con toda mi voluntad y todo mi corazón. (Gracias a mi corazón que me ha sostenido, he podido resistir esta terrible fiebre.)

30 de enero.

Ayer no pude escribir a causa de la cantidad de pasajeros que embarcamos en Suva. Ahora el barco está lleno y resulta bastante inconfortable. Vi al doctor Suva (me costó una guinea). Mi neumonía tiende a desaparecer, me asegura, pero estoy muy débil y necesito muchos estimulantes: whisky, champán, etc. Haré lo que pueda, pero no tengo dinero. Dejamos Suva a las dos, cruzando el paso cercano al pequeño armazón rojo del naufragio. A las cuatro estábamos en Navua, siempre en Viti Levu. Es una bahía de cocoteros, sin fisonomía. Calor sofocante, con una puesta de sol hecha de rayos al rojo vivo, sobre una ciudad negra dividida en torrecillas, almenas y cúpulas, en una especie de rayado rojo ardiente. Partimos de nuevo a las cuatro de la mañana, siempre costeando Viti Levu para ir a Lautoka. Es una hondonada verde, como un trozo de los Pirineos que ha brotado fuera del océano con el verde amarillento de los collados herbosos de las montañas, donde la hierba es corta junto al límite de las nieves y de la maleza negra, y la corona cabelluda de las líneas de los cocoteros sobre las cimas. Luego una sorpresa. Playas, calas de arena amarilla jamás vistas fuera de Europa. Están protegidas del azote del agua. Un galón verde recorre el litoral –y una delgada franja de espuma–. Luego este galón de repente se alarga, se convierte en una gran bahía, una laguna de nácar donde se estremecen ondulaciones esmeraldinas y contra la cual se abalanza el agua azul noche de la marejada del Pacífico. Y al fondo de este mar muerto y glauco, con su invisible cinturón de coral vivo, unas montañas verde amarillo, según la sombra de las nubes, rojizas y tenebrosas, y violetas y lívidas, con el pie mojado en la ola glauca donde tiembla un rayo verde puro. Sobre la gran laguna bostezan bocas de espuma blanca, por todas partes, mientras la marejada del Pacífico permanece inmutable en su color de acero bruñido. Y hay zarzales, árboles de cúpulas negras, como bosquecillos que van al mar, sumergiéndose a veces en un agua plateada, si lo permite el sol, a veces en una lámina de agua dorada, más a menudo en la laguna glauca, con un estremecimiento verde. Por todas partes hay un calor denso y húmedo, con moscas lentas, bajo nubes tan próximas que se siente en la nuca su algodónosa humedad, presagiando un huracán que nunca llega.

14 de febrero de 1902.

Esta carta no será remitida. La llevo conmigo –pero la continúo para ti, mi Marga querida, y para que sepas, si me sucediera algo, que te amo y que mi último pensamiento ha sido para ti. De cualquier modo, estoy mejor.

¡Hace quince días inacabables que no te he escrito! He pasado por una extrema miseria física. Lautoka no tiene nada de atractivo. Una línea de matorral cruzando el mar, como un conjunto de estacas a través del cual se deslizan las olas cortas del puerto. Luego la línea baja de la tierra con su plantación de cocoteros, y más arriba los rosales amarillos y verdes, espesos como la hierba corta, y los cuadrados de plantaciones de caña de azúcar. Santoka es, sobre todo, una estación azucarera de una riquísima compañía, la Colonial Sugar Company, que explota las islas Fiji.

El Manapouri ha continuado su ruta.

Hacia Sidney, y durante siete días, sólo hemos visto el cielo y el agua. Yo estaba demasiado débil para gozar del mar y de las nubes; y el capitán Crawshaw, agotadas sus historias, bebía su cóctel casi silenciosamente. Olvidé decirte que durante nuestro viaje de ida, al hacer la cuarentena en el puerto de Suva, mató una serpiente de mar de un tiro de fusil. Existen y las he visto. Ésta medía alrededor de un metro, tenía la forma de una culebra plana como una cinta, gris sucia, con franjas negras de través y una cabeza triangular y viperina. El océano Pacífico Sur está apeestado de ellas.

Finalmente Sidney, y la entrada del puerto por la brecha de la muralla. ¡Tantos enojos y debilidades! Finalmente, tomo una habitación en el German Club, donde me acogen con una amabilidad extrema. Allí hay un viejo profesor de música, Kretschmer, que él solo merece un libro, como Crawshaw. Anoto su nombre para describirle más tarde. Aquí no sabría hacerlo. Por debilidad, me hallaba tendido en mi cama casi todo el tiempo; hubiese querido volver por El Cabo – ha sido imposible–. El Orient Line me aseguraba un buen camarote para mí solo, pero tomé el Austral, desde donde te escribo y en el cual embarqué el 12 –anteayer–. Partimos al mediodía de una mañana radiante, brumosa en el horizonte, de modo tal que las hermosas bahías de Sidney Harbour estaban completamente confundidas. El Austral va primero a Tasmania, y nos dirigimos directamente al sur. Pasaremos cerca del límite de los icebergs. La bruma cubre el cielo y el gran círculo del mar; una bruma al principio hecha de azul y de oro, luego de plata, de polvo, de niebla plateada. Luego el viento se levanta, glacial y ensordecedor. Entramos en una perturbación austral anunciada bajo el nombre de «Onias» y que circula entre Nueva Zelanda y la noche australiana, yendo a caer en el océano Antártico. Las sillas de cubierta vuelan bajo el empuje del ciclón. Pronto caen las cortinas de tela. El mar embravecido se pone furioso y la espuma es como agua que vuela. En media hora, la cubierta está bajo el agua y el *spardeck* es impracticable por las olas que se rompen en él. Sólo cinco o seis personas cenan en el comedor. Tempestad toda la noche. Los martillos de agua se abaten sobre mis respiraderos; mañana de tempestad. La cubierta está impracticable. El cordaje suena bajo el huracán y todo el aparejo del Austral silba. Intento ir al fumadero y el agua y el viento me empujan con fuerza hacia mi camarote. Tres personas para el almuerzo: un deán protestante, un canónigo y yo. Intendentes y marineros y algunos oficiales enfermos. Por la tarde, en el fumadero, una ola fuerza la puerta e inunda el suelo, sobre el *spardeck*. A pesar de todo, nos quedamos. ¿Dónde ir? Al anochecer, «Onias» se calma un poco; de noche ya, la calma es completa; esta mañana, con un deslumbrante cielo azul pálido delicadamente nuboso, bajo un viento frío, entre el vuelo de los grandes albatros blancos, aparece la tierra de Van Diemen. Ayer, al ponerse el sol, en la bruma anaranjada, entre el cielo y el mar, vi cisnes negros semiahogados en el polvo de oro. ¿Montañas o vapores? Pero esta mañana tengo ante mí una costa de dunas blancas y de matorrales negros.

16 de febrero de 1902.

Tres horas largas para entrar en la rada de Hobart. Pero tengo ante mí un espectáculo extraordinario. Acantilados erectos de basalto, cortados a pico, sobre el mar, riberas desoladas y

estériles, desnudeces negras y rígidas, despedazadas desde arriba, como si sus columnas impenetrables cantasen la tempestad en una formidable sinfonía menor siempre alrededor de Storm-bay. Las olas rompen contra sus murallas estriadas y los haces de espuma saltan hasta media altura fuera del mar gris y taciturno, espumeando bajo el viento como si arrojaran un furor impotente. Después, en un recodo de la costa, una gran bahía solitaria y pedregosa, abierta hacia la costa brava, con la cima horriblemente poblada de árboles rígidos, desnudos y negros, tallos sin ramas como pasmados de horror, entre los cuales se filtra el cielo verde. El mar muge contra la cala y, sobre su desnudez, un vuelo de mariposas blancas, una nube de alitas relampagueantes de blancura que giran en círculos y espirales –de mariposas esparcidas sobre el océano mate–, bajo este viento austral que silba frío –¿mariposas?, no, albatros; cien, doscientos tal vez–, que giran y dan vueltas, al ventear la tempestad, más cerca del Austral, como paquetes de nieve alada, el pico largo, blanco y rosa, diligentemente inclinado hacia las olas, deslizándose en silencio en la borrasca glacial; y otros, con sus grandes alas negras desplegadas como velas siniestras; y otros aún, que parecen amenazar el cordaje, acechar la carena, girando vertiginosamente en espera del naufragio, aguardando el huracán. Sin embargo, la muralla estriada se erige allí, formidable, porque permanece recta, desnuda y negra, con su cabellera de terror. Y alrededor de la bahía mate, un nuevo órgano de piedra avanza, mancha por todas partes los flancos de verde; está unido a la costa tasmaniana. Estas rocas se denominan *organpipes* y esta extraña formación basáltica se encuentra con el mismo nombre entre las alturas que rodean el monte Wellington.

Hacia la una, el 15 de febrero, Hobart se nos muestra al fondo de una hermosa bahía coronada de montañas y en el plano posterior de una de las riberas se alarga el monte Wellington; la víspera se hallaba aún cubierto de nieve y algunas manchas resplandecientes todavía dejan su marca entre las zarzas negras. Dunas aún resplandecientes e irritantes como dientes demasiado blancos, con su pelaje de boj, tonos tenebrosos, y la hojarasca sombría de los gomeros y de las araucarias. Un *wharf*, tiendas al fondo de un largo muelle; las villas instaladas sobre las ondulaciones cercanas, y, al aproximarse, la sorpresa de jardines ocultos con grandes geranios, flores de Europa, y altas *passion-flowers*. Los habitantes de Hobart se apresuran y acuden a visitar el gran paquebote; triste distracción que sólo pueden gozar entre febrero y Pascua, en la estación de las manzanas. Embarcamos diecisiete mil cajas de estas manzanas, que deben mantenerse a una temperatura constante hasta Londres. ¡Pobres tasmanianos! La tristeza tapiza los rostros de los desgraciados que cruzan en procesión la sala de fumadores, el salón, y vienen a levantar las cortinas de los camarotes. El *Mercury*, gran diario de Hobart, anuncia que el Austral ha encontrado *very heavy weather*. Me doy cuenta de ello cuando veo que un golpe de mar ha hundido los sólidos paneles de la puerta cerrada del doctor, en su camarote de cubierta.

Por la noche, un cielo verde lívido se extiende detrás de la maleza negra de las colinas, verde de fósforo claro, como un roce de luz emanado del mismo cielo y a través, cerrando la cresta del monte Wellington, una nube de gasa muy negra, de humo de noche, se alarga, se estira, y se dispersa en copos de lana infernal que flotan entre la claridad verde y sorprendente de un cielo muy puro.

Partimos al día siguiente a las tres y, desde la entrada de la rada, el mar recomienza furioso y levanta montañas móviles, oblicuas, verticales, lanzadas en todas direcciones y listadas de barras de espuma, manchadas de círculos de espuma, glaucas y negras. Los portillos sufren los martillazos de las masas líquidas. Éstos son los impresionantes juegos de órgano de basalto, singularmente mudos,

en vez de resonar durablemente bajo la tempestad. He aquí la bahía solitaria y pedregosa donde giran constantemente los albatros. Luego el viento ataca; el Austral se desliza por el océano. Esta mañana el aire es más suave; se perciben los contornos de Flinders Island y de Swan Island; subimos hacia Melbourne por el estrecho de Bass. De repente emerge en el mar, apenas se vacía una gran extensión de agua, una pirámide gris y rosa cuadrangular y puntiaguda, una caña de columna, una roca que parece el final petrificado de un dedo de gigante; y estos tres objetos extraños se hallan eternamente aislados en medio de este paso austral, significando algo desconocido de este mar que agita el misterio del polo antártico.

A bordo del Austral.

Océano índico por el costado de Cocos Island.

1º de marzo de 1902.

Hace muchos días que no te escribo, querida mía. Mi viaje me parece tan monótono que no he tenido el valor de hacerlo. Cuento los días que me separan de ti. Cada veinticuatro horas ganamos de veinte a veinticinco minutos, y ello constituye un modo de acercamiento. Hoy entramos en el mes en que volveremos a encontrarnos, y tengo algo más de energía para hablar contigo desde tan lejos, en este trozo de papel que regresará conmigo.

El estrecho de Bass, donde te dejé, está completamente sembrado de masas rocosas, semiinundadas, grises y rosas bajo un cielo azul frío. Desde allí, costeano otro pequeño ciclón, ganamos Melbourne y su vasta rada, que hay que bordear durante tres horas. Melbourne, con sus bancos y sus tiendas marítimas, bajo un cielo pesado, devastado por un viento sofocante, por un polvo que abofetea las mejillas y ciega los ojos ya deslumbrados por la radiación opaca de las nubes, con sus oleadas de moscas que se agarran, agresivas, a los vestidos y a la carne. En la gran bahía, los enormes paquebotes, los *cargo-boats*, los *steam lounches* parecen aminorados por la tensión de la superficie, arrugada apenas por un mar cerrado.

Tenemos con nosotros al deán de la iglesia anglicana de Adelaida, Dean Marryat, sobrino del capitán Marryat, un viejecito afable de cara redonda y glabra, hermosos ojos gris claro, y muy sordo. Algo extraño: en Sidney encontré a George Chamier, el sobrino del capitán Chamier, que escribía, al mismo tiempo que Marryat, novelas marítimas.

Desde Melbourne, vislumbro Adelaida a lo lejos, rada inmensa e incierta donde sólo permaneceremos tres horas. Luego cruzaremos *the Australian Bight*. Durante un tiempo, Kangaroo Island nos protege, pero pronto la gran ondulación austral se apodera de nosotros y el buque se mueve de un lado a otro. Casi arrojado fuera de mi litera, asisto horrorizado a la salida de todos los baúles que se deslizan sobre el suelo y al abrirse esparcen todos los objetos, paquetes, libros –un caos horrible que me sume en la desolación y en el cual las curianas hallan su beneficio–. Según parece, me he perdido la mejor distracción de los trópicos en los mares del Sur. Se coge una curiana

y se pinta de verde. En cuanto se la deja, es destrozada por los demás insectos inmundos. Éstos son los placeres de las islas. El comodoro Weaver se pasaba horas olvidándose de su máquina de hielo, cazando y devorando las arañas. Toda la vajilla de la cocina cruje y rueda por los suelos a cada golpe de la marea, con un siniestro tintineo de porcelana. Al día siguiente nos hallamos en la cuerda del arco que forma la tierra de Australia. El océano está apenas agitado por un rizamiento móvil; pero esta misteriosa marejada geométrica levanta en él profundas ondulaciones, que vienen del límite extremo de los icebergs. ¿Es el furioso remolino del océano que rompe el Sur contra los bancos de hielo, y que muere aquí, en estos grandes círculos concéntricos pacientemente ondulantes, como los anillos de serpientes líquidas y prodigiosas? Por todas partes, hasta el borde del horizonte, sube esta enorme marejada, en curvas límpidas, como curvas de diagrama, y la línea precisa del gran círculo donde la esfera del cielo encuentra el plano del mar es rota por una ondulación móvil donde el ojo aprehende todavía, entre el aire, la masa del agua.

Fremantle, tórrido, con sus anchas colinas donde crecen los eucaliptos, las araucarias y los gomeros negros. Hemos bordeado la horrible costa de Australia, hacia King George's Sound, con sus monstruosas dunas de arena blanca como polvo de osamentas y manchadas por una lepra negra. Rottneest aparece árido y desolado. Sólo a la noche el puerto se pone misterioso de luz. Un fanal amarillo expande una lámina de oro envuelta en sombras. En algún sitio, una luz roja centellea desde el centro de una costa desierta. Las estrellas australes brillan como acero azul.

Aquí la arbitrariedad de las leyes australianas alcanza su cima. El inspector de la *water police*, a bordo, ha apresado a Ting y a cinco hindúes. Les han encerrado bajo candado en un reducto, cercano al *ice room*, a donde se llega por corredores tortuosos, escaleras empinadas, entre charcas de inmundicias donde pululan las cucarachas. De una trampa oscura emerge un hombre con el sombrero de fieltro cubierto de nieve, y detrás de él, en las tinieblas, la rojez de los corderos muertos y de los bueyes abiertos en canal. Bajo a tierra indignado y le pido al inspector de aduanas el atestado escrito de este encarcelamiento arbitrario. Nada. Encuentro al capitán y protesto. He firmado una garantía de cien libras y esta violencia corporal viola la ley del *habeas corpus*. Ante mis intenciones de tomar represalias, la aduana cede; Ting y los hindúes son liberados a las seis, después de permanecer prisioneros dos horas y media. A las nueve salimos para Colombo.

2 de marzo de 1902.

Ya estamos en camino hacia los trópicos.

El cielo se ve anaranjado después de que el sol se ha hundido al final del mar, de un naranja delicado y lavado, como todos estos colores celestes al norte de la línea de Capricornio. He aquí la última luna australiana. De repente, al ras del océano, en el centro de un nubarrón negro y algodónoso, un signo telegráfico resplandece: una barra y un punto de fuego amarillo. Dos segundos; la barra se borra. Es el fanal blanco de un buque invisible que flota a través del cielo. La nube blanquea y se aureola; toda su franja estalla de luz de oro y por encima, amenazante, una

excéntrica lámina de metal rojo, blanco después de calentarse, lámina curva y radiosa que ofende a la noche.

Esta noche, una enorme rata, gris y negra, con el vientre blanco, me ha visitado entre la una y las dos. Muchas cucarachas le hacían cortejo. Sobre el Manapouri mi té de la mañana a menudo estaba sembrado de sus patas finas. Aquí el puré rebosa tanto de puntas de cigarrillo como de trozos de jabón amarillo. La costumbre se impone sobre el desagrado. En Samoa yo miraba cómo los mosquitos se depositaban en mis brazos y soportaba el enervante cosquilleo de las moscas corriendo sobre mi rostro.

El capitán Nicholson, de Manchester, es un ejemplar singular del Lancashire. Muy grande, muy delgado, muy negro, con cabellos a media melena, retorcidos en forma de bucles sobre las sienes y los ojos lejanos de un azul mojado. Sus dos muñecas están rodeadas de tatuajes rojos y azules de pólvora. Infinitamente silencioso, de repente se hace locuaz como una máquina que, puesta en marcha, hablaría nasalmente, con trescientas treinta y tres mil revoluciones por segundo. Es inmenso jugando al póquer y al ajedrez, y siempre fuma una pipa nueva porque perdió la otra. Su memoria inexorable está llena a la vez de malos poetas, de logaritmos y de genealogías. Alguna vez ataca a un pasajero y le impone una lectura nasal a n vueltas de hélice de su libro de a bordo. A bordo tenemos un millonario que posee una mina de oro en Nueva Zelanda, desprecia a todo el mundo, bebe champán y fuma habanos sin ofrecerlos, y pone telegramas de Melbourne a Sidney, porque, expedidos desde New South Wales, tienen una bonificación de un chelín. En su juventud, este mastodonte con botones de diamante se aprendió de memoria el undécimo libro de *El Paraíso Perdido*, para ganar una apuesta. Le sirvió de instrucción. «¿Se acuerda usted –dice abruptamente– de si Milton dice “Sol” en masculino o femenino? ¿No? Es en relación con este verso:

Remteremterensteimtein

Puede usted encontrarlo en el segundo libro de *El Paraíso Perdido*.» Pues bien, el capitán Nicholson, habiendo tomado por su cuenta a M. Marshair, se apoyó contra la barandilla y le impuso la lectura de la descripción del cielo austral en el *Manual de Navegación*. El pobre millonario, dolorosamente inclinado hacia delante en su sillón de tela, temiendo lastimar a una autoridad que respeta a bordo, se esforzaba en escuchar y también en comprender; el capitán, mientras tanto, halagado por la sonoridad de su nariz, se hundía entre D. y B. con la lira, como don Quijote discutiendo sobre la edad de oro, con un queso de Cabrales en la mano, entre los pastores de la caverna.

3 de marzo de 1902.

El cielo de los trópicos con su cinturón vellonado de nubecitas de fuego, malva y salmón. Son bandas manchadas y paralelas que parecen atar al espacio. Pero es nuestro ojo quien las crea. Arrumbando la cabeza hacia esta barrera de vapores variopintos, hacia el norte o hacia el sur, la barrera desaparece. El horizonte se recrea más lejos. Toda esta fantasmagoría constituye los pequeños cadejos de bruma delicada esparcidos en el cenit y concentrados por la perspectiva. Cielo que se enreda y se desenreda incesantemente. El aire es suave, fresco y húmedo, y su tierna caricia hace aparecer perlas de sudor. El sol se pone en franjas de gasa, de guata negra templada de sangre cuajada; se estremece como una palangana de oro fundido cubierta con harapos escarlata, flanqueados por bandas de púrpura. Ahora es un lago de fuego rojo con una gran playa de oro. Los islotes de escorias ennegrecen y enrojecen alternativamente. Más arriba, el cielo palidece; su mejilla se pone lívida, clara con una claridad de rostros muertos. En el cenit, verde pálido; en occidente, ocre; el mar oriental, bajo un cielo sombrío, está azulado como acero templado, y bajo la gloria de púrpura y oro que sombrea en un tornasol fugitivo que muere y renace a cada segundo, el mar poniéndose espejea en franjas sangrientas, llano como un lago que reflejara muertes celestes entre un halo de victoria.

4 de marzo de 1902.

Espacio lluvioso sobre el mar. Un círculo de azul mórbido reina al pie del cielo. El océano mate parece bordado de luto bajo una atmósfera de llanto. Pasamos la línea con cuatro o seis golpes. Dejando el alisio, encontramos en estas regiones inciertas el monzón del noroeste, y, por encima del ecuador, el monzón del noreste nos alcanzará en el mar de Arabia. Todas las brumas marinas, refugiadas entre las corrientes aéreas de los alisios y de los monzones, aportan, alrededor de la tierra, un triste cinturón de lágrimas. Este borde líquido del cielo hecho de azul deslucido está cortado en diversos sitios por mazacotes de grisalla, acantilados de vapor oscuro que son la lluvia ecuatorial. Donde el viento ya no silba, el cielo llora silenciosamente sobre el globo. El mundo boreal y el mundo austral se confunden en el luto de sus estrellas. El mar bajo el ecuador está eternamente triste, arrugado de lluvia. ¡Oh, puertas hechas de lágrimas que hay que franquear para abordar las Islas Afortunadas! Mi corazón está henchido de la melancolía de las nubes y de los copos. Y sin embargo, los *boristes* alados voletean como mariposas. Un rasgo húmedo y plateado se lanza, flota a ras del agua en un beso prolongado. Diez, veinte, treinta brincan, llenando el mar triste de minúsculos rumores. Pobres pececitos, con las alas tan débiles, esforzándose hacia un cielo desolado. Y la lluvia crepita; y el mar se estremece con su risa inefable a través de las profundas lágrimas.

8 de marzo de 1902. Mar de Arabia.

El monzón del nordeste nos ha cogido al sur de Ceilán, y, doblando la punta de Galles en las primeras horas de la noche, las olas golpean a estribor. Son las cuatro de la mañana. Bajo el cielo rosa, el mar está sembrado de piraguas que se balancean, de catamaranes, y de pequeños cingaleses de pie, desnudos y negros, que reman con el canaleta y con la espadilla, a veces a caballo sobre un tronco mal escuadrado. Los gritos son ensordecedores. Esta vez, para el Austral, se oyen *dai! dai, dai, dai (dive)*. El acento es resuelto, insistente, casi feroz. Los cuervos giran sobre la gran rada forana de Colombo, donde entramos. El cielo es fresco; la brisa, deliciosa. Los grandes palacios rojizos brillan cerca de los cocoteros, más allá de las masas lucientes de carbón bajo los hangares. Un *jen-rikcha* me conduce por Galles, hasta la ruta roja bordeada por una franja amarilla, por la línea de espuma y el mar azul cielo; y por otra parte, las grandes alfombras de césped verde, el lago y los macizos de cocoteros y de bananeros. Vamos hacia el monte Savinia, donde esta vez el océano azul celeste se pierde en el cielo azul con un punteado de buques huyendo, en un suave centelleo de azur; y las grandes olas mueren al pie de las rocas con una planta suave. Las flores de hibiscus cuelgan como pequeñas lámparas mellizas, brillando en la luz de un fuego escarlata; y me acuerdo de las muchachas de Samoa, y del gracioso dije rojo encendido que acaricia sus mejillas. El índigo está aún en flor. Todas sus ramas grises y desnudas tienden siempre hacia el cielo sus santos cálices imbricados, pesados y olorosos como pétalos de magnolia; el resplandor, desnudo de hojas, parece agitar llamas suspendidas en sus finas ramas negras; el *king cocoanut*, como un fruto de ocre, yace en apretados racimos en el interior de una corona de palmas; inclinados, rozando el suelo, oblicuos, verticales, los tallos de los cocoteros se lanzan hacia el cielo; la palmera de los viajeros, con una hinchazón parecida a un túmulo de corteza, añade sus anillos a otros anillos, hasta el estuche verde que la cubre con un abanico real; el *sûryle* deja colgar sus largas corolas de azafrán; y todo a lo largo de la línea de cabañas de fango seco y enrejado de palma, las mujeres, agachadas, despiojan las largas cabelleras negras de sus hijos desnudos. Perros de Ceilán duermen a la vera de la ruta, con las orejas tiesas, muy parecidos a los dingos de Australia. Los tamules, con un lienzo en los riñones, llevan sobre los hombros una barra de madera flexible de donde penden grandes platos de balanza de paja trenzada, cargados de especias y de frutos; las confiterías indígenas están repletas de pasteles dorados y de azucarillos verdes; las *chattiés* de tierra roja amontonadas ante los alfareros parecen salidas de una zanja abierta en la vieja tierra de Egipto; los barberos, el rostro contraído, rapan la cabeza negra de su cliente musulmán, poniéndole una mano en la nuca. Por la larga abertura que deja el desplazamiento de una sola plancha, que es una puerta, se ve el cuerpo gracioso de una niña que avanza la cabeza entre unos andrajos coloreados; las bananas, verdes, amarillas y anaranjadas, las *mychees* rojo sombrío, en bolas con garras, parecidas a crisantemos que fuesen frutos, las moscadas desventuradas, los granos de cacao, las hojas de bananero con betel para mascar, los frascos llenos de bombones de coco, calabazas de todo tipo, algunas curvadas, como de madera verde; el pavimento brilla; a derecha e izquierda, reina el misterio del claroscuro con sus abigarramientos de sol y sombra, su silencio tembloroso de vida y salpicado, como una tela solar hecha de sombra y de círculos de luz, de una representación del interior de un bosque de cocoteros. Y pasan pobres tamules, con sus largos cabellos negros y brillantes flotando sobre sus hombros; y parsis, musulmanes con la cabeza rapada, malayos de ojos inyectados en sangre, cubiertos con una toca; y siempre, por la larga hendidura tenebrosa de las casas, un rostro de mujer con una sonrisa roja, con la boca sangrante de betel. Un crepúsculo hecho de polvo de turquesa y de hojas de rosa; el temblor del aire nocturno cerca de los bosquecillos de grandes helechos; la luna, pálida como la gasa, luego dorada como una mejilla, desvelada por completo, totalmente desnuda en su impudor de Oriente y la Cruz del Sur oblicua con relación al cielo como un ciervo volador claveteado de diamantes.

A las seis nos hundimos en el cielo rojo –hacia el Oeste, hacia ti, querida mía–; tengo tu carta, tu adorada carta, por fin. ¡Piensa! ¡Sin noticias tuyas desde hace tres meses! La carga de carbón en Colombo hizo del Austral el más negro de los *Nibelungen* donde yerran formas blancas, tristes y sucias. El millonario Marshall, editor del diario «gastronómico» *The Table*, para *Marshall's Gelatine, Marshall's food*, bebió mucho champán en Galle Face Hotel. Sus bolsillos rebosan de topacios falsos, que ofrece a veinticinco libras y ha comprado a dos chelines. Su traje blanco está indescriptiblemente tatuado de carbón. Veinticinco pasajeros han embarcado en Colombo, entre ellos lord Durrameer. La cena constituye un gran acontecimiento. En el momento del asado, Marshall entra, vacilante, con un balanceo independiente, pintarrajeado de hulla en una blancura que se mezcla con las tinieblas –espectro del carbonero–, *the ghost of coaling*, y se instala cerca de su descotada vecina con una sonrisa paciente y beatífica.

9 de marzo de 1902.

Ayer, sin duda, pasamos nuestra primera lluvia tropical. Todo el cielo occidental era sólo una muralla de estrías negras. Con toda prisa arriamos las dos velas izadas por la mañana. Se abren las cataratas. La palabra está inundada en el tumulto del agua; tiembla el navío entero; pasa un gran resplandor, ondulante en el chorreo del aire, y la tempestad se abate con el oleaje sobre un cable del Austral. Toda su fuerza se consume en este golpe prodigioso. Recomienza el chorro; las cataratas descargan sobre la cubierta y la muralla estrías negras, entreabiertas detrás de nosotros.

Después, poco a poco, la luz se impone sobre la noche; el cielo más puro está revestido de rosa, de vigas hechas con nubes inflamadas, alargándose hacia Occidente, paralelas como en el techo de una sala de castillo, y, entre ellas, se desliza un gran disco de oro que se tiñe de sangre, un sol aprisionado detrás de la verja de hierro del Paraíso.

11 de marzo de 1902.

El Austral se desliza sobre el mar de Arabia, azul sombrío bajo un cielo azul pálido. La luz matinal irradia el aire. Mientras, el millonario ha encargado una botella de champán; le ha encontrado gusto al descorche: *This wine is Cooked. Cooked champagne!* Payne, el barman, está consternado. *That's always the way with those «onnaysurs»!*, gime M. Cue, un banquero encantador de Ballavat que me cuenta cómo asistió al descubrimiento de las minas de oro en Western Australia. El magistrado del distrito, coronel Angelo, era un anciano agitado y nervioso. Un minero dejó su mochila bajo un matorral y un cuervo acudió allí, saltando, para picotearla. El hombre coge una piedra para ahuyentar al cuervo. *Shyes at him*. Le resulta pesada, la mira: estaba vetada de oro. El

minero llega corriendo ante el coronel, y éste, asombrado, telegrafía al Gobierno: *A miner took up a stone to throw at a crow*, punto. El secretario de Estado responde: *Nonsense. What became of the crow?* Lord Durrameer habló largamente conmigo. Hermoso y regordete, ojos claros y bigote pelirrojo, es ingenuo y simple como un niño. Fue a cazar el tigre a la India, y creo que no es capaz de matar ni a una mosca. Esta mañana a las nueve, a través de una bruma azulada en el horizonte, Abdalcarray, los dos islotes situados al sur de Socotra. El monzón del nordeste nos deja; a las once y media aparece la tierra africana. El hocico de león del cabo Guardafui se dirige hacia el norte; detrás, altas colinas negras terminan en el océano a modo de dientes de sierra; a cuatro millas se elevan acantilados volcánicos y desnudos, orlados a penas por una arena cegadora –y he aquí un largo collado de dunas que reverberan en blanco supuestamente calentado, estriadas por bandas negruzcas que son chozas de Somalia–. Entramos en el golfo y el mar se eriza de crestas de espuma bajo una corriente contraria al viento. Aquí la tierra es inhóspita; el desierto parece el esqueleto desnudo del globo; la costa brava amenazadora y la arena estéril exhalan el olor del naufragio; y sin duda de allí partieron, en sus canoas de velas cuadradas bajo los monzones eternos, las razas negras que han poblado el Oriente. La risa somalí es hermana de la risa polinesia; allí, como aquí, los cabellos están enrojecidos con cal y los dientes, frotados con madera. Tal vez un mundo ha tomado desarrollo cerca de esta línea de puntos sombríos, sobre la duna cegadora y desolada, entre techos de cabañas que, desde lejos, parecen manojos de algas muertas; y después de haber poblado como enjambre las islas orientales, la raza somalí, unida a su arena y a sus riberas, vivió despojando los navíos que regresaban de las islas de Oriente, entre la incomodidad de su naufragio nocturno, al pie del cabo siniestro resplandeciente de falsos fuegos en los confines extremos del mundo africano, y el cabo Guardafui, Saturno con cara de león, devorando a sus hijos pródigos.

Ayer noche bailamos. El segundo de a bordo, junto con los demás oficiales, me invitó a cenar. La mesa estaba colocada sobre el *spardeck*; el lugar sólo daba para dos bancos recubiertos con el letrero *Union Jack*. Cenamos en compañía del monzón. Una sola lámpara eléctrica al extremo de un cabo se balancea alumbrándonos. Sherry, whisky con soda y Port Wine. A los postres, *toast the King*, luego, el segundo, *the French Republic*. Lo hacen en mi honor. Yo propongo *British Navy*; luego, *the chief and speedy promotion to Commander. Three cheers –it «for he's a jolly good fellow, for he's a jolly good fellow, for he's a jolly good fellow; that nobody will deny!»* Historias más bien sazonadas con pimienta después de los *toast, arsholes, tites, cunts and pricks*. Y después el baile. El joven doctor Paterkin, adolescente de enormes orejas de bróquil, nariz regordeta, ojos pequeños, presbítero de la iglesia escocesa, es quien dirige la danza. Nunca te fíes del agua mansa. Este hombre tímido de Aberdeen parecía mudo; pero sabía cómo invitar a las señoras y llevarlas hacia M. Nevett, rostro escarlata y bigote blanco (padre de la bella miss Nevett, que tiene un álbum de *country-houses* en Inglaterra y en Escocia, donde van por temporadas - Londres en otoño - pesca en Noruega - Riviera - India y *da capo*. Esta bella muchacha está hastiada de todo). M. Nevett baila, magnífico, escarlata, en medio de un cuello de camisa blanco inmaculado.

12 de marzo de 1902.

Un cielo delicado como una joven corola verde pálido, y que se decolora en azul de brezo; toda la primavera de los trópicos esparcida a través de los pequeños nubarrones rosados; el mar arrojando mil lengüetas de espuma; los borbotones del agua a lo largo de la carena; languidez, languidez, languidez; el ser entero disuelto en la suavidad y la blandura; a pesar de sentir a penas la caricia más fresca de la brisa y el hálito que dora el aire oscureciendo insensiblemente el día. Una venda de ópalo ciñe el océano; y entre su transparencia nubosa, se desliza un triángulo de puntas negras –un vuelo de pájaro en el confín del cielo–. El triángulo se angosta y se hace línea; los puntos negros se espacian, se desvanecen en el ópalo, reaparecen como un collar de perlas negras deshecho en una copa hialina, luego disminuyen, disminuyen, y el ojo las sigue hasta ignorar si flotan en su pupila o más allá de este vidrio mágico que cierra el mar (el horizonte).

La leche de la gran copa de ópalo se ha transformado en sangre; bogamos hacia el sol en fusión; las escaleras de cordajes negros dibujan sus cuadrados sobre el metal rutilante; el globo de oro escapa de malla en malla y el mar lo corta con su ala despiadada de acero sombrío; una ebullición escarlata sobresale al fondo del Occidente; luego, la sombra abre sus brazos sobre el mar y un crepúsculo lívido exhala su planta clara hacia el cenit. En el ángulo de dos drizas, la joven luna está inscrita en azul pálido como un carácter árabe, arco de sonrisa pura e inflexible, delicioso tatuaje del cielo vespertino. Y en las tinieblas, hay suspendido un precioso racimo de estrellas finas, las siete hermanas, tan pequeñas en su emocionante unión en el centro misterioso de la noche austral.

El fanal, semioculto por el mástil de mesana, luce amarillo rojo como un carbúnculo; un golpe de campana –navío a estribor–. Me inclino por encima de nuestro fuego verde; y he aquí, en la noche líquida, una línea de luces temblorosas, dos luciérnagas que parecen flotar por encima y que guían, con sus llamas amarillas, el fuego rojo que horada las tinieblas: pasa un buque sobre el mar nocturno.

13 de marzo de 1902.

Durante toda la jornada, el agua deslumbrante ha brillado como un plato de plata de cincelado moviente, y la noche muere entre su reflejo cambiante garganta de paloma, y revela un bloque negro que parece suspendido en un vapor de berilo, entre el cielo y el océano, parecido a la oscura montaña de imán de *Las mil y una noches*: es el peñón de Adén. De estribor, el viento pasa a babor; el mar se levanta y parece ligarse a la carena; a lo largo de las portañolas, las olas suben como tentáculos espumosos y tenaces; el islote de Périm huye a través de la sombra bajo sus dos faros centelleantes; el Austral franquea esta puerta marina, Bab-el-Mandeb, y nos hallamos en el mar Rojo, erizado de dunas y de islotes. Algunos de ellos, redondos como dorsos de *béheмоths* flotantes, llevan bloques blancos coronados de cúpulas que la luz acariciante de la mañana, que yerra entre África y Arabia, azulea y dora alternativamente.

¡Nos volveremos a ver dentro de diez días! ¡Qué largo me resulta! No me siento bien; voy de medicamento en medicamento y ¡necesito tanto un poco de salud, de reposo, de trabajo! Dios es cruel conmigo. Cuando sufro, recuerdo con lágrimas en los ojos la gracia de Fa'a nu'u y su ternura. Velaba mi fiebre con sus grandes ojos tiernos y me abanicaba pacientemente con su abanico desplegado, el *fa'a* de Samoa, al modo de Samoa. Y cuando yo le hablaba, él escuchaba con todo su rostro el murmullo rauco y roto de mis palabras samoanas, gimiendo *talofa, talofa!* para compadecerme y calmarme. Aún escucho el dolor de este *talofa* tan lastimoso, la caricia de la inflexión de su voz; y creo que sentado en el borde de la gran casa redonda de su padre, mira, más allá, el esqueleto de hierro herrumbrado del Adler que aprisiona el sol poniente, más allá de las barras vivas de coral, hacia las regiones de Occidente, adonde huyó para morir su *tama Maselo*.

Hace ya mucho tiempo que no te doy noticias de Lanka. Habita los apartamentos del carnicero y el *spardeck*. Los marineros le sacian de todo cuanto puede comer y le adoran con el nombre de *Jinny*. Tuve que resistirme a las súplicas apasionadas del carnicero, que quiere quedarse con *Jinny*. Se ha consolado a medias comprando en Colombo una pequeña criatura triste de pelaje gris, la cara negra rodeada de un vello blanco, ojos de carbón y de oro, que llora sin cesar como un niño con su carita rosada. Cuando toman en brazos a esta criatura, *Jinny* tira de su cadena para hacerla volver. *Oh, nothing beats Jinny!*, ruge el coro entusiasmado de los marinos.

14 de marzo de 1902.

Los jóvenes pasajeros han pedido un baile improvisado y tres lámparas eléctricas bajo un sombrero de chapa alumbran un lienzo de pared que los marineros han dejado muy blanco. Las hijas del coronel Verschoyle valsan juntas y el joven doctor Peterkin, enardecido, gira vertiginosamente con la osada esposa del pastor Anson. Mientras, la luna se ha levantado; en el cielo, de una negrura límpida, su *croissant* de oro parece estrechar entre sus cuernos un globo de ébano polvoreado de plata. Así se balancea por encima de la tierra etíope y cubre el mar con un ropaje luminoso. Y he aquí que su metal cambia, como por encanto alquímico de los magos de Etiopía; estaba hecha de oro amarillo; es de oro rojo, de oro blanco, de oro verde; algún horno celeste le insufla un color nuevo, y ahora es de bronce pálido. Y luego rosada como el borde extremo de un pétalo de rosa; y ahora es el perfil de una encantadora uña femenina pintada de alheña, fina como un cabello descolorido. Luego desciende en el cielo de Occidente; su curva toca el mar; por un instante flota en él como un frágil esquife de fuego, y luego se apaga como una flor quemada. Y la profunda noche, se apodera de nuevo del *Austral*; la danza ha terminado; apoyadas en la baranda, las muchachas hablan en voz baja; y el sombrero de chapa extiende a sus pies una lámina de luz.

17 de marzo de 1902.

Como te escribía el 14, en mis últimas líneas, pasamos el islote donde se eleva el faro blanco de los Brothers y un cruel viento del norte empezó a levantar el mar bajo un cielo azul y frío. Largo tiempo el viento del norte nos dio el soplo cálido de las arenas, y el viento del sur, el helado aliento de los bancos de hielo. Ahora regresamos hacia el Mediterráneo. Mientras, la borrasca crece; nada a la vista, pero la fuerza del viento se precipita en el estrecho pasadizo que separa África de Arabia. El puente superior está barrido por el rocío del mar que salta a cada golpe de ola para volver a caer en un deslumbrante arco iris anegado de espuma. El navío pasa silbando por un espectro solar, a través de una crin blanca mojada de gloriosos colores; toda la fantasía de la luz se lanza hacia el cielo y cae de nuevo en un pecio reverberante. Después, la noche hincha la tempestad, y detrás de la sierra negra que marca en Occidente el límite del desierto del Alto Egipto, el sol se pone rojo y brumoso. Una luna despiadadamente blanca blanquea aún la cresta de las olas cuando penetramos en el golfo de Suez; y el macizo amenazador del Sinaí se nos escapa en las tinieblas.

Un cielo gris y frío, el 16, cuando a las siete de la mañana llegamos a la rada de Suez. El termómetro ha bajado más de treinta grados Fahrenheit, desde unos noventa hasta cincuenta y seis. El sol pálido colorea apenas la gran ribera de arena donde parece morir el desierto, en una última ondulación; pero al oeste, la muralla estriada como por una corredera de montañas se tiñe de rosa y el mar expira en azules. Al fondo del horizonte, de pie, los bloques de las altas casas del puerto, regulares y blancos, y la vasta llanura donde desaparece el canal sinuoso. Y la brisa empuja hacia Occidente, a través del cielo gris tierno, un torbellino estriado de un humo gris oscuro. El canal está bloqueado. Este humo sube de un navío ardiendo, de un vapor cargado de petróleo que arde en medio del lago amargo y se teme que explote. El siniestro ha alcanzado a dos buques de la misma compañía inglesa; uno, cargado igualmente de petróleo, ha encallado, en su huida aterrorizada, en la ribera oriental; el otro se consume como un brulote. Esperamos. Cae la noche, con sus colores de Egipto; las montañas se difuminan de brumas violeta, el azul del cielo se hace más espeso; tres casas blancas se tiñen de pizarra, el mar es una laguna encantadora, verde y azul, y la ropa tendida del desierto amarillo se pierde de vista bajo un crepúsculo rosa. Los vapores del horizonte, sutiles, parecen fundirse en el éter, diluyendo todas sus tintas en una acuarela clara y suave (las gaviotas).

La explosión del brulote no es temible: su pontón queda destruido; partiremos de nuevo a las dos de la noche. Son las seis de la mañana. Hemos franqueado las veinticinco mil millas que nos separaban del navío incendiado, y el Austral se desliza suavemente sobre las aguas del Bitter Lake. La ancha franja de colinas, de un violáceo sombrío, apenas se ilumina bajo la luz del sol que empieza a irradiar un plano celeste surcado de gris. El lago es azul gris; por todas partes, una línea de verdura y de boyas de chapa pintadas con colores claros marca nuestro canal. Ante nosotros, un transporte francés, el Cholon, y más lejos el Persia, que viene de Bombay.

Y allí, entre el ligero rumor de la aurora, encuadrado por las drizas y las escaleras alquitranadas del Austral, sube una triple columna pesada (la columna de humo que guiaba a los hebreos a través del desierto de Egipto), negra maciza, cuyas franjas se ensanchan desde la base, y las volutas superiores forman gigantescos anillos bajo la bóveda del cielo. Desde el centro de esta

bárbara arquitectura, hecha de tinieblas de hulla, el rojo guiño de un ojo, que es una brasa escarlata; y aunque el viento se eleve hacia el oeste, esta tromba de hollín volatilizado sube, maciza y tenaz, recta hacia el cielo que alumbra los campos del Nilo. El Persia vira a estribor para adelantar al transporte francés Cholon. Todos los oficiales, ansiosos, están en la pasarela. El Austral fuerza la máquina, y en una curva rápida nos enfrentamos con el peligro. Henos aquí a unos pocos cables de distancia. El buque nos presenta estribor, con su almacén de acero pintado; de los tres depósitos de petróleo se escapan tres inmensos penachos de humo negro; un monstruo de fuego se tuerce en una nube de huracán. La vida se escapa como por un chorro de sangre resplandeciente, de este esqueleto de hierro; la línea de delante corta el cielo, límpida como una lámina. En un incendio terrestre, el viento ulula en los maderos, cruje la mampostería, el chorro de las bombas silba, el vapor se difumina temblando por las juntas de los suelos; los techos se abaten y el clamor de la multitud responde al tormento rojo de la conflagración; aquí, entre el aire matinal, el fuego que se arremolina devora calladamente en la gran soledad del lago amargo. No hay un solo ruido, y sin embargo los poderosos brazos de humo, dirigidos hacia el cielo, se retuercen de agonía. Los tubos de los ventiladores y de las mangas de aire, rígidos, parecen laringes secas por donde se escapa el mudo ronquido del buque; y uno de estos tubos vomita un torrente de llama carmesí, cuya cabellera, al estallar, es azotada por el viento, antorcha solitaria fijada allí para iluminar lo siniestro. Y nosotros huimos hacia el este, presentamos babor; luego, enderezando nuestra ruta, nos dirigimos hacia las regiones superiores del canal, dejando detrás de nosotros esta forja marina cuyo jadeo se apaga en su pesada humareda. La triple columna negra, con un temblor total, se aplasta contra un cielo más gris a medida que se aleja la línea del desierto, desnudada por la luz, de manera que parece prolongar el delicado color de la extrema ribera del mar. Ya el terrible brulote de acero es sólo una ligera mancha de un gris más oscuro; y el capitán Nicholson, vencido por la vigilia y la ansiedad, se duerme en su capota con el cuello levantado, la pipa entre los dientes. (*The captain's spotted dogs.*)

18 de marzo de 1902.

Lluvia suave sobre el agua muerta. Los vastos pantanos rodean las tristes dunas erizadas de bosquecillos de cañas pálidas. Pasan algunas formas errantes a lo largo de atajos inundados, envueltas en sombríos abrigos; pueblos pobres por todas partes, con casas cúbicas de techos planos, hechas de barro seco, y que, abiertas a veces por una brecha, dejan escapar la paja como espantapájaros desventrados. Sobre el agua sin brillo de la comarca inundada flotan islotes de puntos negros, islotes de manchas blancas; los puntos negros se hunden y las manchas blancas se mueven; son manadas de ánades y de ocas salvajes que pescan, taciturnos como el desierto y como el cielo. El viento del este, amargo, sopla sobre esta desolación. En la noche lluviosa, a través de la bruma, aparecen las casas de Port-Saïd, de colores tristes. Pero una vida ficticia anima el puerto donde los buques se reúnen como para un motín; los gritos árabes desgarran el aire; los fanales se encienden y las lámparas eléctricas centellean; y sobre los montones de carbón se agita un ejército de seres negros, iluminados por espuestas de hierro rutilantes, donde el viento quema furiosamente la hulla, linternas de carbón incendiado, fijadas a unas pértigas, y que lanzan a lo lejos sus destellos difuminados. La noche se abate bajo la amenaza del crepúsculo y estalla un concierto de luces en la

rada; fanales verdes y rojos y azules y blancos, suspendidos de los mástiles, colgando de los cabos, balanceándose en las drizas y en las vetas de filástica, atadas en los peldaños de cuerda; y ante nosotros el Mediterráneo, amarillo y triste como el mar del Norte, agita grandes olas, cuya espuma pálida parece clarear la noche.